
3 1761 09544698 5





LA MUJER DE NADIE

LS
F8157muj

JOSÉ FRANCÉS

LA MUJER DE NADIE

NOVELA

SEGUNDA EDICIÓN



180757.
25.5.23

EDITORIAL
MUNDO LATINO
MCMXXI

ES PROPIEDAD DE SU AUTOR.
RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS DE REPRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y ADAPTACIÓN.
COPYRIGHT 1921,
BY JOSÉ FRANCÉS

Imp. de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. [illegible]-30.—Madrid.

OBRAS DE JOSÉ FRANCÉS

NOVELA

Dos cegueras.—Agotada.
Abrazo mortal.—Segunda edición.
La guarida.—Segunda edición.
La débil fortaleza.
Miedo.—Segunda edición.
Páginas de amor.
La ruta del Sol.—Segunda edición.
La danza del corazón.—Segunda edición.
La estatua de carne.
El misterio del Kursaal.
El alma viajera.—Tercera edición.
El espejo del Diablo.
La peregrina enamorada.
Como los pájaros de bronce.—Segunda edición.
Cuentos del mar y de la tierra.
La mujer de nadie.—Segunda edición.
El muerto.

TEATRO

Guignol.—*Teatro para leer.*
Teatro de amor.—Segunda edición.
Más allá del honor.—*Drama en un acto.*
La bondad en el engaño.—*Comedia en un acto.*
La moral del mar.—*Idem id.*

CUANDO LAS HOJAS CAEN.—*Comedia en un acto.*
EL CORAZÓN DESPIERTA.—*Idem íd.*
LIBRO DE ESTAMPAS.—*Paso de comedia.*
LA DOBLE VIDA.—*Drama en dos actos.*
LISTA DE CORREOS.—*Sainete en un acto.*

CRITICA

EL AÑO ARTÍSTICO, 1915.
EL AÑO ARTÍSTICO, 1916.—Con ilustraciones.
EL AÑO ARTÍSTICO, 1917.—Idem íd.
EL AÑO ARTÍSTICO, 1918.—Idem íd.
EL AÑO ARTÍSTICO, 1919.—Idem íd.
EL AÑO ARTÍSTICO, 1920.—Idem íd.
LOS PINTORES ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS. Con ilustraciones en tricolor.
LA CARICATURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA.
EL ARTE DE ANGLADA.—Con ilustraciones.
EL PINTOR DE LA RAZA: IGNACIO ZULOAGA.
JOAQUÍN AGRASOT, SU VIDA, SU ÉPOCA, SU ARTE.—Con ilustraciones.
EL ARTE DE LÓPEZ MEZQUITA.—Idem íd.
EL ARTE DE JOSÉ CLARÁ.—Idem íd.
EL ARTE DE GUSTAVO MAEZTU.—Idem íd.
EL ARTE DE FEDERICO BELTRÁN.—Idem íd.
EL ARTE DE EDUARDO ROSALES.—Idem íd.
EL HUMORISMO Y LOS SALONES DE HUMORISTAS.—Idem íd.
LIBRO DE ORO DE LA EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA DE ZARAGOZA (1919).—Idem íd.
LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE 1917.—Edición de *La Lectura*, Madrid.

VARIAS

La Muerte danza.—*Comentarios a la guerra.*
El teatro asturiano.
Mientras el mundo rueda.—*Glosario sentimental.*
El mundo ríe *(La caricatura universal en 1920).*

TRADUCCIONES

El alma viajera.—*Traducida al italiano por Luigi Callari.—Roma.*
La danza del corazón.—*Traducida al holandés por M. Van Raalte.—Amsterdam.*
El espejo del Diablo.—*Idem id. id.*
La danza del corazón.—*Traducida al italiano por Giulio de Medici.—Florencia.*

EN PRENSA

Detrás de la Cruz.—*Novela.*
Sortilegio.—*Novela.*

PROXIMOS A PUBLICARSE

Los galápagos.—*Novela.*
Testa de Castilla.—*Novela.*

Todas estas obras pueden pedirse directamente a la Editorial Mundo Latino.— Apartado 502.— Madrid.

A

MARCELIANO SANTA MARIA



POSENTADO *en tu hogar de castellano leal, aquietado en tu afecto de fraternal amigo y deslumbrado por las maravillas de que me fuiste revelador, pasé el verano en tu ciudad de Burgos.*

Las horas sugerían motivos emocionales y ofrecían, como estampas de cuento o de poema, las piedras de ayer y los paisajes eternos. Todo ello bajo el cielo sutilísimo, de una diafanidad que parecía inédita, recién creada, acariciado por la suave frescura del cierzo que nunca duerme y a la sombra rumorosa de los árboles que empenachaban la Testa de Castilla.

Un alto en la vida de esos días estivales, paralelos a una dilecta amistad donde descansar y aprender. En la vida jornalera,

en la vida forzada, del pan que se compra con médula esparcida por los libros y las revistas; en la vida--también—de antifaz y recelo, de los frívolos conocimientos, las frías murmuraciones y la lucha tenaz contra la hostilidad multitudinaria.

¡Y quedaba tan lejos aquella vida! Se borraba de distancia y de luz, como esos pueblos entrevistos a la mañana en el vértigo del automóvil y que se recuerdan vagamente después, cuando ya es de noche y el auto empolvado, trepidante aún, se abre para descansar de nuestros cuerpos ajetreados con un cansancio feliz que culmina en el rostro, ardiente de sol, de aire y de horizontes.

En cambio todo era cordialidad de confidencia y pompa de espectáculo en tu hogar, en tus palabras, en la ciudad-relicario donde naciste y a lo largo de los caminos que conocieron y formaron tu niñez, tu juventud, tu madurez granada en una creciente amplitud de hidalguía.

Siempre amé a Castilla con la fidelidad filial, un poco adormecida. Porque esta varia grandeza étnica de nuestra patria, donde unas regiones se sobrepujan a otras, aletarga el amor del nacido en Castilla, y salido de ella cuando el alma es de cera y de eco para la novedad extraña de otro cielo y otra tierra. De cuando en cuando, viajes espirituales por los tópicos del arte y de la literatura, fugas efectivas hacia el norte o el sur, iban dando a este amor de hijo la misma indiferente ternura que a la filial gratitud de la carne. Mujeres para el deleite, para el tormento o para la perpetuidad racial, disipan no poco el amor a la mujer que fué nuestra madre. Y todos pecamos de ol-

vido a ella, de no mirarla con la misma apasionada entrega espiritual que nos miran sus ojos y nos aguarda su regazo.

Así, como de la madre algunos, me iba descuidando un poco de Castilla. Y pensaba en ella como en algo inválido, yerto y viejo. Tierras adustas, leyendas remotas, cielos implacables, fanatismos tozudos, mendigos tostándose al sol calcinador y ruinas desmenuzándose polvorientas.

Pero, súbitamente, Castilla se me ha revelado frondosa, fértil, alegre en su jugosidad y dinámica en sus bríos eternos. No la región decadente que roe sus pergaminos, vende sus piedras nobiliarias o católicas y somnolece en los eriales esteparios; sino la región viva, con sus ríos fecundos de los nombres sonoros, con los bosques prolongados más allá de las centurias, con sus campos hinchados en la preñez dorada que alimenta a media España, con sus praderas que el ganado ondula de blanco, de rojo, de negro—rebaños, vacadas, yeguadas—, con sus huertos donde los frutos no excluyen las flores, con sus fábricas que no hay temor nieblen la azulosidad limpia del cielo ni asfixien los pulmones, porque «ancha es Castilla»; con sus canteras de donde salieron las piedras de tres siglos de palacios, templos y fortalezas y que aún precisarán más de diez siglos para verse exhaustas. Y también la otra castellana belleza del pasado que ni está podrida, ni vencida, ni agotada.

Sucesivamente iba creciendo en mí el deseo de exaltar en un libro de novelesca fábula y de fondos copiados del natural esta revelación de Castilla a través de Burgos y su provincia.

¡Oh, la calma romántica de Fresdelval y San Pedro Cardeña, su hálito secular oculto en el fondo de un valle que es preciso ir a buscar, como un don de melancolía exquisita! ¡Bullicio y trajín de Salas de los Infantes, de Aranda de Duero y Villarcayo, que parecen capitales de novela de nuestro siglo de oro con sus

hombres de camino, de bodega, de botería, de oficios fraternos al agrario empleo de las horas! ¡Silencios augustos de Lerma y Peñaranda, que sabéis a romance caballeresco! ¡Extensa fertilidad del Valle de Valdivielso, que el Ebro cruza y magnifica! ¡Muros de oro, rumor de fontanas y oquedad de ingentes desfiladeros de Oña, que el larvismo negro de los jesuitas no puede envilecer! ¡Colegiatas, altivas y evocadoras, de Covarrubias y Sasamón! ¡Recóndito refugio de Santo Domingo de Silos y su claustro donde un admirable exégeta de hoy va desentrañando la voz del Oriente remoto y gentilico en la arquitectura piadosa de un templo occidental! ¡Tardes de la Cartuja tumultuaria y de la feudal residencia de las Huelgas! ¡Granada riqueza trigal de las eras! ¡Páramos majestuosos en su soledad alta, por donde vuelan las águilas libres! ¡Espadañas de aldea, con la japonesa ilustración de su cigüeña coja! ¡Paseos sentimentales a la sombra de los chopos recios y los álamos esbeltos! ¡Meriendas en los sotos a orillas de los ríos lentos que también van así por la historia heroica de nuestra raza! ¡Palios de lectura y de charla amistosa ofrecidos por encinas y robles! ¡Castillos de Sotopalacios, de Olmillos, de Coruña del Conde, de Peñaranda, de Frías! ¡Y los de Lara Muño y Cellorigo que ornáis el pecho del Caput Castellæ! *¡Princesas, condestablesas y damas que sonreís yacentes en los sepulcros tranquilos de las viejas iglesias o profanados de los claustros al aire libre y la incuria transmitida! ¡Hospital del Rey, espejo de peregrinos e imán de errantes, donde son acogidos con preferencia los que de más lueñe vienen!*

Pero, aun sin salir del mismo Burgos, con su collar de paseos y sus latidos de campanas catedralicias, del Burgos que alarga paralelos sus puentes, ¡con qué energía tan poderosa y tan soñador encanto retienen el alma y azuzan la inspiración

desde los barrios altos, bravíos y pintorescos hasta la moderna alegría de las calles bajas, desde que se entra por la puerta triunfal de Santa María hasta salir por las moriscas de San Martín—donde el verdugo se cobija—y de San Esteban, donde las mozas del partido y los soldados sugieren el recuerdo de aquellas retaguardias de los siglos XVI y XVII, ruidosas con el amor mercenario y oloroso al vino áspero y los dulces frutos de la tierra!

⊞

Yo quisiera, amigo mío, el bien nacido y el bien nombrado, hacer ese libro y lograr que tuviera sobre el hervor vivo del Burgos actual la sombra áurea y el agudo clarineo guerrero del Burgos pretérito. Quisiera que ese libro fuese el menos torpe de los míos y ofrecértele entonces.

Pero esto retrasaría un poco el público testimonio de mi gratitud y ruborizaría algo el acto de ofrecer un boceto al que tantos cuadros bellos y comprensivos ha hecho de Castilla.

Iban, en cambio, con mi humilde bagaje de escritor español, las cuartillas de La mujer de nadie, *con propósito de añadir a ellas otras nuevas hasta dar remate a la novela en pleno verano.*

El embrujamiento feliz de la amistad y de Castilla impidieron terminar la obra. Tornaron al humilde bagaje las cuartillas y es ahora, en la calma—toda palpitante de los recuerdos estivales—cuando la termino.

*Vaya hacia ti y hacia la región donde mejor se habla el castellano—¡oh, legítimo orgullo de Castilla, que adjetivó el idioma de tantos millones de hombres!—*La mujer de nadie *por segunda vez.*

Y me mueve a hacerlo el que esta novela tiene para ti el curioso aliciente de su fondo y de sus personajes. Es una obra creada al margen del arte, pero en contacto con los artistas. El mundo que ambos elegimos gustosamente y del cual—a pesar de pasajeros desalientos y transitorios pesimismos—no querremos salir hasta que la muerte tire de nosotros hacia fuera.

Acaso algunas de las figuras te recuerden otras conocidas en ese mundo y sientas la necesidad de poner un nombre distinto al que en el libro lleva, No lo hagas, pues te equivocarías. Esta novela no es un libro de clave, ni mucho menos de sátira. Si algún amigo o enemigo nuestro pasa por él irá con su verdadero nombre, ya que es coetáneo de la época que yo quise reflejar. La semejanza de los demás es ese raro parecido que liga a todos los hombres de una vida igual en diferentes razas. Un pintor sueco, un escultor yanqui, un arquitecto inglés, tienen los mismos rasgos espirituales que un arquitecto español, un escultor alemán y un pintor italiano.

Además, La mujer de nadie *no pretende hacer reseñas de exposiciones, charlas de estudio y sesiones de Academia. Fué imaginada y encaminada a un solo retrato femenino: el de esa pobre mujer que quiso ser buena y no la dejaron, que quiso ser feliz y no pudo, que amaba a todo y de nadie tuvo verdadero amor.*

(Simbólicamente se oye sonar el lamento de Castilla incomprendida, mientras arriba, abajo, a ambos lados, los hombres de allí y de acullá viven la propia vida que quieren.)

⊠

Abre la puerta, amigo mío, a esta mujer, como la abriste a mí y a la compañera, elegida para siempre, de mi vida. Y en ese

mismo hogar tuyo, a la sombra de las torres de la Catedral, escúchala.

Y si prefieres aquel claustro gótico de aquella tarde, o la foscamente leal soledad de aquel monte de tal otra, o el arrullo bullente del agua junto al molino, como en otra no menos inolvidable, hazlo también.

Porque en cualquier sitio que me leas será para mí grato por su complicidad sentimental. Ya que en todos escuché tus palabras de hermano y tus enseñanzas de maestro.

José Francés.

Madrid, Setiembre, 1920.

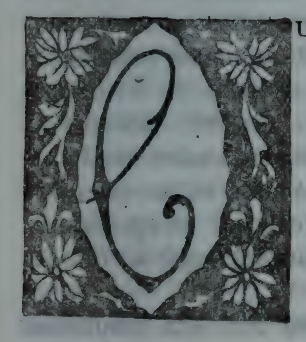
NON SI PUÒ AVERE MAGGIOR SIGNORIA CHE QUELLA DI SE MEDESIMO.

E SE TU SARAI SOLO, TU SARAI TUTTO TUO.

Leonardo de Vinci.

RRIMERA PARTE

I



UANDO el tren salió ya de la estación y el aire fresco de la noche invadió triunfal los vagones recalentados, Javier Tasara leyó de nuevo el telegrama, aunque se lo sabía de memoria:

«Me muero, Javier. Mi hija y yo te necesitamos. Ven pronto.

LOSADA.»

Volvió a doblarle cuidadosamente, a guardarle en el bolsillo y, dentro del bolsillo, a estrujarle entre los

dedos con esa lentitud distraída de las grandes preocupaciones.

Se rasgaban, simultáneos en la noche, los estridentes silbos y el humo denso de la máquina. Veía Javier Tasara, desde su ventana, cuadricularse fugitivamente el campo de temblorosa luz amarillenta, y en ella, gesticulando guiñolescas unas, inmóviles otras, destacarse las figuras de los viajeros.

De pronto se oyeron los organillos de la Bombilla. En lo hondo brillaban las luces de los merenderos. Inclinándose un poco se veían las siluetas negras de los que estaban sentados a las mesas o bailaban en los espacios anchos, luminosos. Y en líneas perpendiculares, los caminos en sombra que llevaban hacia El Pardo, propicios a una romántica complicidad de las paseatas y los contactos de amantes.

Javier Tasara sonrió a sus pretéritos recuerdos moceriles y aun al más reciente, de la noche anterior, en la Ciudad Lineal, con aquellas locas de Trini y la Monterito, que se hartaron de perderle dinero y de beber champán anónimo, y con las cuales quedó citado en Parisiana a esta misma hora, en que el exprés del Norte le llevaba hacia el lecho de un agonizante, en un pueblo desconocido y seguramente hórrido de la provincia de Avila.

¡Bah! Ya sabrían consolarse con una infidelidad concienzuda y tarifada de antemano.

Tragaban la sombra y la distancia el chulesco bullicio de los merenderos. Madrid desaparecía ya, fundiéndose sus luces y sus torres en una niebla rojiza, espesa, cada vez más lejana. Por los caminos ocultos

entre las frondas negras, cual estrellas caídas en tierra se adivinaban los automóviles, sin oir su resuello afanoso de kilómetros.

Serena, la noche de julio acombaba su cúpula blanquecina sobre el campo huérfano de luna.

Iban los pasillos llenos de gente. Dentro de los coches se oían reir o llorar niños, y, de cuando en cuando, una furtiva silueta de mujer, envuelta en su flotante abrigo de gabardina, pedía perdón a los hombres para pasar delante de ellos, rozándoles con el velo de su cabeza y excitándoles con el perfume de su cuerpo.

Tasara recordó entonces aquella rubia tizianesca que, ya en el andén, había inquietado su rijosidad siempre alerta. La vió comprando libros y periódicos; le cruzó, altiva de actitud, pero sin poder reprimir una sonrisa a su piropo cálido. Después le pareció que entraba en el mismo vagón, seguida de una vieja insignificante, con trazas de madre o de alcahueta; de ambas cosas tal vez.

A codazos, a «perdone usted», a «¿me hace usted el favor?», a pisotones, seguidos de un «perdón» mordiscado entre el puro, recorrió todo el pasillo buscándola en los departamentos casi llenos. Desde dentro acogían hurañas sus miradas, temiendo la incomodidad de un nuevo compañero de viaje que impidiese el sueño.

Hasta el último no la encontró. Iba al extremo, junto a una ventanilla, absorta en la lectura de uno de los libros recién comprados. Frente a ella su acompañanta, que ya reclinó la cabeza y fingía dormir en

su tal vez habitual discreción. Y todos los demás asientos ocupados por hombres, impregnados del perfume de ella, obsesionados por esa cerebral lujuria que acomete a los españoles junto a las faldas femeninas.

Debió sentir la mujer rubia, de carnes pomposas, de indumento cocotesco, la mirada de Javier Tasara, porque levantó la vista del libro y la sostuvo, fijamente, sin sonreir, en el rostro de él. Tasara tampoco sonreía. Sus ojos negros seguían en la línea indolente del cuerpo su ritmo sensual; presentía la carne dorada con el leve resplandor de la pulpa rubia de su pelo. Se le secaba la boca de deseo y, al mismo tiempo, le complacía tentadoramente la emoción estética de un buen modelo.

Sin darse cuenta seguía de pie mirándola, no viendo el rencor naciente de las pupilas hombrunas, con la misma expresión de temeroso reto que los ojos de madre o de esposa, los ingenuos de señor formal y los egoístas de casi todos que en los otros coches recibieron su investigación a lo largo del pasillo.

La rubia tornó a leer, e incluso se volvió un poco más hacia la ventanilla, con lo cual su grupa acentuó la mórbida audacia del escorzo; pero al mismo tiempo alguien del coche nombró a Tasara.

—¡Hombre! ¡Javier! ¿Qué tal?

Se levantaba ya y venía con las dos manos tendi das hacia él. Uno de tantos conocidos, cuyo nombre no acude al saludarle.

Javier Tasara le contestó con aquella inconsciente afabilidad que ponía siempre en sus palabras cuando

se sabía escuchado por una mujer. Porque ella le escuchaba. Había levantado otra vez la cabeza para mirarle.

—¿A San Sebastián?—preguntó el importuno.

—No. Aquí cerca. A un asunto triste. Me llama un amigo que se está muriendo.

—¿Pintor también, Tasara?

¡Oh! Esta vez sí que ella sostuvo más tiempo la mirada, sonriendo levemente al rostro ancho de Tasara, donde chispeaban de codicia amorosa sus pupilas negras. Sin aguardar respuesta, el espontáneo interlocutor añadió:

—Buena Venus, ¿verdad?

Era un hombrecillo feble, enclenque, con trazas afeminadas que pretendía disimular. A Tasara le molestó la camaradería.

—Sí. Hasta luego.

Y les volvió la espalda, encendido, sin embargo, por el resplandor capitoso que de ella emanaba. ¡Qué lástima! Debía ser fácil, y como aventura de viaje le habría satisfecho plenamente. Pero ella iría lejos, al mercado más amplio de San Sebastián, mientras que él...

Al meter la mano en el bolsillo de la americana buscando la fosforera tropezó con el telegrama. Mentalmente repitió las palabras trágicas, angustiosas, como una mano que se agitara en la turbulencia obscura de las olas. De súbito se abstrajo en el recuerdo. A su corazón vino a buscar fraternal cobijo la figura de Faco Losada.

¡Infortunado amigo! Desde hacía tres años no sabía

nada de él. Le dejó en Alicante, confiado en vencer su tuberculosis incurable. Le envió lienzos y colores y libros. Cuando llegó la Exposición Nacional le escribió preguntándole si enviaba algún cuadro, y no obtuvo contestación. Escribió al dueño del hotel y éste le dijo que Paco Losada con su querida—la italiana morena y vampiresa—y con la hija de ambos se marchó hacía un mes. Había tenido dos vómitos de sangre con el breve intervalo de algunos días.

Colérico alzó entonces los puños Javier Tasara y colérico volvía a crisparles ahora, como si amenazase a las sombras chinescas en los rectángulos luminosos que el tren proyectaba sobre el campo negro.

Paco Losada tenía honda huella en su espíritu. Se le había adentrado de un modo súbito y perdurable.

Le conoció doce años antes, una tarde que visitó el estudio de Emilio Sala, su antiguo maestro. Javier Tasara había obtenido ya una primera medalla. Sus cuadros empezaban a cotizarse alto y las damas aristocráticas, las cocotas de precio aprendían el camino de su estudio, que era, además, garzonera de aventuras galantes.

Paco Losada tenía entonces veinte años; unos veinte años ardientes y tímidos. Espigado, flaco, muy moreno, con la frente avanzando sobre las niñetas sombrías y zahoríes. Emilio Sala le amaba como a su discípulo predilecto, con esa melancólica ansiedad de los artistas detenidos en un renombre pálido y corto, que desean prolongar su nombre en la obra ajena. A espaldas del muchacho le elogió de tal modo que

Javier Tasara sintió el remusguillo de la envidia y del temor.

Pero fué sólo un instante. Le borró en seguida aquella timidez noble y humilde de Paco Losada, tan infantil, tan inconsciente de su propio valer, que lloraba de rabia frente a sus lienzos imaginándoles mediocres, que llegó a acuchillarles con la espátula, aun estando como estaban animados ya por un soplo de perdurabilidad genial.

Javier Tasara quedó sorprendido de los estudios, de los bocetos, de tal cuadro a medio concluir de Paco Losada. Detrás de él su antiguo maestro sonreía y se mordía los recios bigotes grises esperando la opinión de Tasara. Al fin rompió a hablar con palabras fervorosas y entusiastas, con los términos de taller, sin separar la mirada de los lienzos, siguiendo con la mano derecha—pulgar rígido y doblados los otros cuatro dedos—las líneas y señalando los toques tan hábiles.

Y cuando se volvieron ambos para felicitar al muchacho, el muchacho había desaparecido.

Sala se incomodó.

—No puedo hacer carrera de él. Es un ogro, un hurón. Le asusta la gente. Le acobardan los compañeros. ¡Paco! ¡Paco! ¡Ven aquí, estúpido!

Acudió con el rostro abrasado de rubor y los párpados bajos, como un niño a quien llaman para castigarle. Tasara le abría los brazos.

—¡Enhorabuena, amigo mío! De todo corazón. Dentro de poco tiempo será usted el maestro de todos nosotros.

El viejo Sala mordiscaba sus bigotes.

—¿No te lo decía yo?

Paco Losada quiso hablar y no pudo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se soltó bruscamente del abrazo para llevarse la mano al corazón, que le dolía de jubilosa angustia. Precisamente Javier Tasara era uno de sus pintores favoritos. En las clases de San Fernando, en esas discusiones implacables e inexpertas que enardecen a los principiantes cuando las Exposiciones Nacionales, Paco Losada había defendido siempre a Javier Tasara. «Era el continuador legítimo y capacitado de los grandes maestros españoles. ¡Sus sienas *olían* a Velázquez; sus rojos *sabían* a Goya!»

Y él, tan asustadizo, tan apocado, tan hundido en su hurañez torva, se exaltaba de un modo agresivo. Agitaba los puños, barbotaba blasfemias y por los ojos le cruzaban fulgores lívidos.

Javier Tasara le invitó a cenar con él. Losada se negó al principio. Luego los bondadosos insultos de su maestro, la cordialidad juvenil del propio Tasara le convencieron.

Temblando de emoción subió al coche. Temblando de emoción cambió las primeras palabras con aquel pintor que sólo era cinco o seis años más viejo que él, pero que había expuesto y obtenido recompensas en todo el mundo, y representaba al Estado español en las Exposiciones internacionales de Italia, de Francia, de Alemania.

Y que jugaba al amor con las mujeres más bonitas y célebres de Madrid, según era notorio y envidiado entre los muchachos que acudían al caserón de la ca-

lle de Alcalá y a las clases nocturnas del Círculo, o que consumían su moceril sexualidad con las modelos a escote en los estudios míseros, con las rameras de prostíbulo barato o—lo que envidiaría a su vez Tasara—con las menestralas recién iniciadas, de la carne dura, fresca y palpitante por los primeros misterios venusinos.

Desde aquella noche el afecto de Paco Losada y de Javier Tasara fué afirmándose con más íntima solidez. El mocetón arisco y ceñudo se cambiaba ante su amigo en un chiquillo jovial, expansivo, capaz de todos los sacrificios por servir de algo a quien consideraba como un hermano mayor.

Rápidamente la reputación de Losada crecía, enconaba más permanentes envidias y rencores que aquel furtivo impulso de Javier Tasara al oir el entusiasmo de Emilio Sala. Su arte viril, enérgico, de un realismo tranquilo y reposado, como nacido de los principios eternos de la belleza, iba además derivando hacia las amplitudes decorativas, hacia una pompa cromática que el propio Tasara empezaba a reprochar de poco ortodoxas.

Y, mientras tanto, seguía siendo el niño medroso y azorado a pesar de sus barbas de Cristo árabe. Llevaba una vida sórdida, penumbral, en casas de huéspedes ínfimas, donde se codeaba con seres pintorescamente desnivelados: burócratas de corto sueldo, negociantes sin fortuna, pensionistas hediondas a quienes su fealdad no redimía de una improductiva prostitución en las noches frías y largas del hostal, viejos jubilados que gruñían por la carne dura y las ropas

de dudosa limpieza y que las tardes claras de marzo salían embozados en sus capas de un negro verdoso en busca del sol.

Javier Tasara se empeñó, sin conseguirlo, que frecuentara el mismo ambiente que él, donde menudeaban los encargos y se lograban amistades útiles. Luego acabó por dejarle. Tenía ese temperamento fácil a la indolència y al egoísmo de los hombres afortunados en materia amorosa. Paco, incluso, tuvo que espaciar también sus visitas al estudio, obligado a huir casi siempre por la escalera interior, porque entraba una mujer nueva, distinta de las modelos o de las habituales, ya acostumbradas a no disimular delante del amigo íntimo.

Y aun de éstas procuraba escapar también. Las mujeres le abordaban, le enmudecían de terror y de deseo al mismo tiempo. Se consumía de sensualidad, una sensualidad enfermiza y feroz, de levantino, distinta de aquella brava, impetuosa y arrogante de moro que tenía Javier Tasara.

Le desvelaba el amor y sus parodias obscenas en la yacija plebeya de la casa de huéspedes y, sin embargo, huía de las mujeres como si estuviera aquejado de feroz misoginia. Por los estudios hicieron correr sus compañeros divertidas historietas acerca del exagerado respeto, de la timidez áspera de Paco Losada. Alguna modelo que avanzó más allá de los límites de la palabra procaz y de la actitud tentadora, le vió enfurecido y capaz de golpearla. Después, ya a solas, Paco Losada caía de bruces sobre la *chaise-longue*, desfondada, desteñida, hirviente de chinches, de su

estudio, para rugir de rabiosa lujuria, para golpearse la cabeza.

Javier Tasara le sorprendió en una de estas crisis.

—Pero ¿por qué eres así, Pacorro?

Frente al amigo no disimulaba sus lágrimas, como disimulaba, en cambio, su penuria económica.

—¿Lo sé yo, acaso? Soy un bruto, un imbécil, un miserable; pero no puedo remediarlo, Javier de mi alma... Ya, ya me desquito los lunes.

Era su día. Su madrugada, mejor. A la salida del café se separaba de sus compañeros y empezaba a vagar por las calles tortuosas, mal alumbradas, donde parecían crepitar los siseos y las ofertas salaces.

El aire sutil y frío de la alta noche buscaba sus pulmones, sin que él se diera cuenta de ello por cómo ardía todo su cuerpo en una dolorosa concupiscencia. Ya, muy de amanecido, agotado de cansancio, aterido, infernado de brutales ardores el cerebro, asía el brazo de una mujer, la menos apetecible, la desdeñada por tantos durante la noche, la que no regateaba, la que tenía un gesto de estupor y una imprecisa delicia al oir después de las jornadas bárbaras del sábado y del domingo aquella ternura humilde del desconocido, donde se saciaba su satiarisis contenida tanto tiempo.

Cuando, media hora después, salía de la guarida, escupía de asco, se reprochaba su flaqueza, temblaba de espanto ante la posibilidad del contagio ya inevitable.

Javier Tasara le aconsejó que hiciera las oposiciones a Roma. Confiaba que los viajes, la vida colectiva

de la Academia, el contacto con otros artistas extranjeros cambiaría su carácter. Obtuvo, lógicamente, la pensión, y al cabo de cuatro años volvió para lograr la medalla de oro. Pero volvía ya enfermo, consumido por la fiebre y las repetidas hemoptisis, y con aquella querida, Leonora, y la hija de ambos, Heliana, una niña de tez olivácea, de ojos color de caoba y una extraña cabellera fulva que irradiaba como su nombre.

Tasara quiso libertarle de la italiana, que apenas llegada a Madrid se le ofreció una noche, agresiva, ronca de vicio, a pocos pasos de la alcoba de su amante, donde Losada guardaba la quietud siguiente a un vómito.

Pero Losada se encogió de hombros.

—Déjalo, Javier, déjalo. Sé que esa mujer me matará. Bueno, ¿y qué? Antes de llegar a mí, y estando conmigo también, era y sigue siendo capaz de todas las porquerías. Tú no sabes las cosas de Roma, los episodios que no me atrevería nunca a decirte y que corrían de boca en boca entre los pensionados. Y, sin embargo, no puedo separarme de ella; se me ha metido en la carne, la quiero por encima de todo, por encima de mi propia vida, que me voy dejando en sus labios, porque tú no lo sabes todo, Javier. Mírame bien, cara a cara. ¿No ves nada?

¡Oh! Sí. Veía al amigo fraternal con amarguísima pena. Veía el rostro exangüe: los ojos febriles, las orejas apartadas del cráneo, los pómulos—libres de la barba que se afeitó, porque le asustaba su demacración—agudos y relucientes del mismo sudor frío que le perlaba las sienes y le humedecía los ralos cabellos.

Veía, además, la boca entreabierta en un jadeo constante; los brazos y las piernas flacas, flotando dentro de las mangas y las perneras, que cada vez parecían más anchas.

—No veo nada, Pacorro. Estás muy bien.

—Muy bien para modelo de un tísico. Es inútil que mientas, mi pobre Javier. Quizás separándome de esa mujer podría salvarme o, por lo menos, vivir unos años más. Pero estoy embrujado de sus caricias. Al fin puedo saciar en ella lo que me consumía de muchacho. Y ella, además, goza sorbiéndome lentamente. Lo veo, lo comprendo, hasta he llegado a decírselo.

—¿Y qué contesta?

—Se ríe y me acosa más aún. Alguna vez, a media noche, siento durante el sueño una opresión extraña; abro los ojos, y a la luz de la lamparilla, que nunca dejamos apagar—¡le tengo miedo a la sombra!—, veo a Leonora inclinada sobre mí. «¿Qué haces?»—la pregunté la primera vez.—«Verte»—contestó riendo.—«¿Por qué no duermes?» «¡Calla. Duerme tú!» Y ya no reía. Tenía un gesto duro de odio, de parricidio, que me espantaba. ¿Tú, qué crees? ¿No será que acecha mi muerte?

⌘

Javier Tasara sintió un frío repentino. Bruscas volvían las nociones del tiempo y del sitio. Miró en torno suyo. El pasillo, casi vacío. Sólo un poco más lejos otro individuo, de pie como él, ante una ventanilla abierta fumando, y, al final, en un cuchicheo que él

sorprendió, su conocido y la rubia alta, de las carnes exuberantes y el traje llamativo.

Todos los departamentos, excepto el de ella, habían amortiguado las luces. Algunos cerrados completamente y en el silencio de fuera y de dentro sonaban isócronos los ruidos de hierro, de madera, de vapor a lo largo de los campos solitarios y mudos.

Consultó el reloj. Antes de media hora, cercana ya la una de la madrugada, llegaría a la primera estada de su viaje. Allí acaso le aguardaran con un coche...

Entró a tientas en el departamento donde había deado su equipaje y su abrigo. Tacteó sobre cuerpos echados y dormidos o que fingían dormir.

Luego, nuevamente en el pasillo, miró hacia el grupo del conocido y la rubia, por curiosidad, por disgusto de una aventura arrebatada. Y quedó sorprendido al ver que él le llamaba y ella le sonreía.

—¡Eh, Javier! ¿Hace usted el favor?

Se acercó a ellos. Su conocido les presentó.

—Rocío, la *Rondeña*, artista. Javier Tasara.

Antes de que el pintor pudiese decir nada, ella se apresuró a hablar.

—Tanto gusto, maestro, en verle otra vez. ¿Usted no se acuerda de mí?

—¡Oh! ¿cómo no? Ya lo creo. A usted no se la olvida tan fácilmente.

—No. No mienta. Usted no se acuerda de mí. Cuando nos conocimos, usted estaba muy comprometido para fijarse en nada. Fué en París, hace tres años.

Tasara sonreía fingiendo que la dejaba hablar por cortesía; pero en realidad deseando saber lo que no

recordaba en absoluto. Por eso, cuando ella, hábil, coqueta, se calló, él tuvo que confesar:

—Cierto.

—¿Cierto qué?

—Cierto que no sé dónde...

Los tres rieron tan estrepitosamente, que de un departamento alguien les siseó furioso. Entonces bajaron la voz. Se acercaron. El perfume penetrante, a rosa, de Rocío la *Rondeña* empapó a los dos hombres.

—Una noche en el estudio de Julio Medina. Hubo una fiesta española. Yo entonces volvía de Londres con un amigo, secretario de una legación americana. Usted estaba con una que la llaman la Duquesita...

—La llamaban y lo es. Pero yo no *estaba* con ella, aunque estuviéramos juntos allí.

—Bueno. A mí, ya comprenderá usted que...

Volvieron a reir. Javier Tasara la miraba codicioso.

—Y ahora ¿recuerda?

—Ahora sí. Y ya para no olvidarme nunca. Usted cantó unas granaínas y unos tientos que emborrachaban.

—Allí estábamos todos un poquito borrachos de algo. De mujer unos, de vino los otros, de coraje alguna...

—Cierto. Que usted y una francesa terminaron pegándose.

—Bueno. La dí unas bofetadas como para estar diciendo *pardón* toa su cochina vida. Figúrese usted—añadió dirigiéndose al conocido del pintor—que le dió por timotearse con mi amigo.

La *Rondeña* tenía una gracia vivaz y picaresca en

la voz, en los ademanes, en el rostro. Su charla contagiaba de frivolidad y Javier Tasara olvidó totalmente la agonía de su amigo, perdido en el fondo de un pueblo de Castilla. Recordó unos minutos antes de llegar a la estación, al insistir la mujer.

—Ande. Véngase a San Sebastián. Me verá trabajar. Me oirá como aquella noche.

Se prometía con los ojos, con el cuerpo gallardamente avanzado. Él vacilaba.

—No puedo, Rocío... Luego, ¿quién sabe? El pobre Paco morirá fatalmente.

—O habrá muerto ya. Y entonces, ¿para qué?

Javier Tasara se puso serio. Pensaba en la súplica del telegrama: «Mi hija y yo te necesitamos». Y reveía la chiquilla morenucha con la cabellera roja y radiante, como su nombre pagano.

Ya el tren detenía su marcha. Apenas tuvo tiempo de darle un apretón de manos a la *Rondeña*. Del conocido, ni siquiera se despidió. Saltó al andén. Ella, floreciendo en el rectángulo de la ventanilla su busto opulento, le emplazó de nuevo agitando el pañuelo. O el viento o su voluntad le hicieron caer a los pies del pintor, que le cogió llevándole a los labios.

—¿Hasta San Sebastián?

—Hasta San Sebastián.

Y vió desaparecer el tren con una vaga melancolía, arrepentido casi de haber desaprovechado aquella ocasión.

Sentía algún malestar al encontrarse hostilmente solo en una estación de pueblo a la una y media de la madrugada.

Por una puerta se iba un hombre con un farolillo.

—¡Eh! ¡Buen hombre!

No le contestó; pero volvió a salir ya sin el farol.

—¿Vamos?

—Vamos.

Fuera un cochecillo, del que empezó a tirar un caballo blanquisucio a través de las sombras duras y ásperas del camino. Olía a pinares primero; después, cuando ya salieron a un largo espacio desolado, sin frondas y un poco más fresco, olía al perfume de la *Rondeña*.

—¿Hay mucho?

—Poco. Una hora lo más.

—¿Y vive aún?

—Vivía esta tarde. Pero habrá palmao ya.

Tasara se arrebujó en su abrigo. No valía la pena hablar con aquel hombre del rostro negruzco y el alma dormida. Las colleras del caballejo blanco tintineaban en la sombra con una mansa alegría. El oído del pintor, acostumbrado al silencio, percibía esos rumores suaves y humildes del campo en las madrugadas estivales.

Después se fué adormeciendo al acuneo igual de la marcha. Acaso se perdió en un sueño, porque al llegar al poblado pareció recobrar el sentido de las cosas, como hacía tiempo antes en el tren. Pasaron delante de varias casas cerradas y chatas de altura. Ladraban canes ocultos, y empezaban a clarinear los gallos.

—Allí—dijo el cochero señalando con la tralla una casa que, por la puerta abierta y por las ventanas, vertía lumbradas pálidas.

«Lumbrada de cirios», pensó Javier Tasara.

Al ruido del coche ya salía gente: un hombre, dos mujeres. Cuando saltó al suelo se dirigió en seguida al hombre. Era un individuo joven, desaliñado en el vestir, con la barba a medio crecer.

—Buenas noches. ¿Qué? ¿Vive?

—No, señor Tasara. Ha llegado usted tarde. Murió al anochecer...

Las mujeres lloraban. Una de ellas, la más vieja, explicó:

—Y eso que aquí don Damián, el señor doctor, hizo lo que pudo. Lo quería mesmamente como a un hermano...

Javier Tasara entró lentamente. Ya en la antesala vió algunas obras de Paco clavadas en las paredes. Y en un rincón, una silueta confusa, acurrucada.

—¡Tú! ¡Heliana! ¡Ven! Aquí está don Javier.

La silueta se rebulló, se acoquinó más aún. Era como un hornillo negro, y en lo alto de él un resplandor rojizo: la cabellera.

Las mujeres quisieron alzarla. Se resistió, gritando. Y cuando el pintor, tembloroso de angustia, la puso la mano en la cabeza y la habló dulcemente:

—¡Pobre nenita!

Ella le miró, secó de pronto su llanto, fieras las pupilas, y huyó hacia lo hondo de la casa.

—¡Como su padre!—suspiró Javier Tasara.

—Es muy suya, muy suya—comentó una de las mujeres.

El médico preguntó a Tasara:

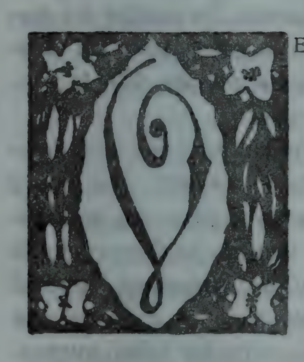
—¿Quiere usted entrar a verle?

—No. Todavía no. Esperemos un poco. ¡Pobre Pacorro!

Y sentía que las lágrimas le oprimían la garganta y le nublaban los ojos. Sacó el pañuelo, y la antesala se llenó con el perfume penetrante de Rocío la *Rondeña.*



II



ELARON al muerto los dos hombres. Las mujeres se acostaron. Acostaron también a Heliana, que se obstinó en no ver a Tasara, en huirle el rostro y callar tozudamente cuantas veces el pintor intentaba acariciarla con la voz y la mano. Pero no escapaba ya de él; se acercaba a su cuerpo como buscando su amparo, y la serenaba el llanto aquella parla cálida, grata a las mujeres, que tenía el artista. Y cuando ya la separaron de él, y él, distraído, volvía la espalda, Heliana le miró largamente, avaramente, con una mirada de reflexión y de análisis que parecía envejecerla el rostro.

—¿Es guapo?—preguntó a Sixta, la más vieja de las dos mujeres.

—Eslo. ¿Y qué te importa eso? Lo importante es que sea bueno.

Heliana se encogió de hombros. Instintiva, hereditaria, amaba la belleza sobre todo.

—¿Por qué no le miraste entonces?—añadió Mónica, la más joven.

—Porque tenía miedo.

—Miedo, ¿a qué?

—A que no lo fuera. Y dejadme en paz. No decidme nada. Me duele la cabeza.

Volvía a llorar. Un llanto copioso, convulsivo, que de pronto se secaba y le daba al rostro moreno extraña expresión de fatalidad y dureza. Se pasaba las manitas por la frente y por los ojos para apartar la crespa rojez del cabello, y quedaba abstraída, fijas las pupilas en algo que ni siquiera veía.

Dormía en el cuarto de Mónica, pero no en la misma cama. Desde el primer día se resistió enérgica a ello. Hubo que traer otra cama, y aunque no estuviera dormida, cerraba los ojos cuando se desnudaba la mujer sus pobres ropas de dudosa pulcritud. Tenía el recuerdo de su madre, pronta siempre a mostrar su cuerpo desnudo, surgiendo de entre las telas nuevas, limpias y perfumadas, que eran el único lujo de la casa. Por eso, cuando Losada se agravó, cuando ya la dolencia incurable adquiría mayor frecuencia en los detalles nauseabundos y era incapaz de amor y arte tarifable, Leonora desapareció con sus telas, ya no tan nuevas, ni tan odorantes, y con su cuerpo pronto

a ser mostrado en un egolátrico impudor a los hombres. Quiso llevar consigo a Heliana. Serían dos, tres años de espera. Después, la pubertad de su hija empezaría a suplir la decadencia de la madre.

Pero Heliana, a pesar de aquella fascinación que ejercía sobre ella la belleza sensual de Leonora, se negó a seguirla. Losada, en uno de los arrebatos aislados que sacudían su voluntad, cada vez más languidecida, más resignada a la inercia, defendió el derecho a su paternidad, sin cuidarse de invocar la insaciabilidad amorosa, aquel fuego inextinto de sus entrañas y de su cerebro que la italiana avivaba a pesar de todo.

Sabía que Leonora, pretextando un viaje a Roma para obtener dinero de unos parientes fantásticos, mentía. Tenía prisa de abandonarle, como las ratas los barcos cuyo hundimiento adivinan. Sabía incluso que no marcharía sola. Y en el fondo le agradeció aquella última mentira piadosa, después de tantas crueles verdades.

Incluso la última noche, Leonora, venciendo la repugnancia que le inspiraba su amante, le agravó consintiendo, agudizando sus paroxismos de lujuria, esos paroxismos con que los tuberculosos aceleran la muerte, queriéndose probar a sí propios una vitalidad falsa.

Apenas un poco repuesto quiso abandonar Alicante. Soñaba con las alturas, con el aire puro de las cumbres, y recordó entonces que en otro tiempo, a su madre, que murió también tuberculosa, la recomendaron un pueblo de Avila: Villahonda de los Pinos...

Javier Tasara volvía a mirar el cadáver de su amigo. Con uno de los lápices de él, en uno de los álbumes a medio llenar de siluetas campesinas y de estilizados paisajes, iba copiando los rasgos, afilados hasta una delgadez esquelética. La nariz larga, la frente enorme, los labios exangües, como desinflados de su faunesca sensualidad, que desnudaban los dientes en un rictus de caballuna mueca; las manos cruzadas sobre el sayal gris, aquellas manos que crearon tan bellos cuadros y que temblaron de deseo y de súplica frente al cuerpo, reseco de ardor voluptuoso, de Leonora.

Mientras tanto, don Damián, el médico, seguía hablando, explicando la vida de Losada durante el año que pasó en Villahonda.

Sixta, la vieja, se había dormido. Por las ventanas abiertas al campo, aún seguía entrando la noche. Todavía faltaba cerca de una hora para las primeras opalescencias ortales. De vez en vez alguna ráfaga sutil agitaba la luz de los cirios y hacía arrebujarse a Javier Tasara en su abrigo.

— ...y mire usted, don Javier, había cosas a las que nunca me acostumbré. Oirle, por ejemplo, decir a Losada, siempre que hablaba de aquella mujer, dirigiéndose a Heliana: «Una vez la zorra de tu madre» o «No hagas eso, que te parecerías a la zorra de tu madre». Y la chica le oía impasible, acostumbrada a aquel dicterio, cuyo alcance ignoro si ella lo conoce. Para probarla un día le pregunté bruscamente: «Tu madre ¿qué era?» Ella tardó en contestar. Heliana rehuye en ocasiones la mirada ajena, pero casi siempre mira de un modo fijo, agresivo, antes de contestar: «Si lo sabe—

me respondió—¿por qué me lo pregunta?» «Yo, no. Pero como tu padre dice que...» «Mi padre es el único que tiene derecho a decir lo que quiera. Usted, no.» ¿Qué le parece la mocosa?

—Si la hubiera conocido—respondió Tasara—tal vez también usted tuviera derecho a decir lo mismo que el pobre Pacorro. Se iba con todos.

—Pues la chica me parece que no va a salir a la madre.

—¡Bah! ¿Quién sabe? Deme usted un poco más de coñac. Gracias.

Bebieron. Desde hacía una hora bebían y fumaban delante del muerto, en un egoísta deseo de calentarse el cuerpo y alejar el sueño. Tasara dió por terminado el apunte.

—¿Le gusta?

—¡Oh! ¡Figúrese! ¡Admirable! ¡Cuántas veces le he visto sentado en ese mismo sillón donde está usted, donde murió, hundido en el sopor comatoso! Era ya exacto a esa mascarilla lívida y huesuda. No le diferenciaba más que el sudor, un sudor constante que le barnizaba el rostro y atraía pegajosas a las moscas. Heliana, de pie junto a él, sin hablar, sin dejar de mirarle, le limpiaba de cuando en cuando con el pañuelo, y con el mismo pañuelo, pesado de tan húmedo, espantaba las moscas.

Javier Tasara se incorporó en el sillón. No le hacía gracia la coincidencia del asiento. Y por un instante se arrepintió de haber venido. Su egoísta exuberancia vital tenía miedo de todos los contagios. Y más que ninguno de aquel de la tisis, que le acometía después

de algunos excesos amatorios, al sentir una leve opresión en el pecho.

—¿Otra copa, don Javier?

—Venga.

Se sentía estragado en la madrugada de una segunda noche sin dormir. Dolorida la frente y la nuca, con calofríos nerviosos a lo largo de la espalda. Sonrió al contraste de las dos vigilias tan distintas. La noche anterior, con dos mujeres propicias y preparadas por el champán. Ahora, ante el cadáver de su amigo, junto a un hombre desconocido, en una casa mísera de un pueblo humilde.

¡Con tal de que no le costara una enfermedad! ¡Y para remate, aquel sillón empapado del sudor del agonizante, contaminado para siempre! Se levantó de un brinco.

—¿Qué? ¿Deseaba usted algo?—preguntó el médico.

—No. No... Ver si amanecía...

—Aún falta media hora.

Se asomó a la ventana. Lejos, casi imperceptibles, se oían unas esquilas. El horizonte era como un tapial negro. El viento había cesado.

Sin separarse de la ventana, pero volviendo espaldas a ella, y apoyando las manos en el alféizar, preguntó a don Damián:

—¿No habrá dejado nada el pobre?

—Nada. Ni deudas siquiera. Ultimamente pagaba con retratos al panadero, al camisero, a la lechera... Algunos lienzos, sin embargo, quedan... los verá usted luego.

Javier Tasara bajó los ojos para contemplar desde

lo alto a su amigo, como siempre le había mirado. El médico, mientras, le veía a él a la luz demasiado próxima de los cirios.

Era alto, robusto, con una varonil belleza de buen mozo que sabía cuidar y resaltar. La noche de holgorio y la de melancolía le empalidecieron un poco el rostro y hundieron en obscuro livor las niñetas negras. Pero no habían vencido aquel gesto un poco fanfarrón de su persona bien vestida, ostentosamente enjoyada. La punta de sus zapatos de charol rozaban con el extremo inferior del ataúd, recubierto de una tela tan pobre que transparentaba la madera, y contra esa madera los pies del muerto calzados con unos burdos calcetines llenos de remiendos...

—¿Y usted qué piensa hacer de Heliana?—preguntó el médico.

—¿Yo?

Miró asombrado a su interlocutor. No se le había ocurrido hasta entonces la posibilidad de que él tuviera que fijar la suerte de aquel animalejo de la cabellera fulva. Como siempre que presentía una amenaza a su tranquilidad, le temblaban las piernas y se le estrujaba algo en el estómago.

—Claro.

—Hombre... Yo... Naturalmente... Un colegio, ¿verdad?

Don Damián, astuto, un poco amargo, insistió:

—Usted verá. El pobre Losada confiaba en usted. ¡Tenía una ansiedad de verle antes de morirse! Luego, al convencerse de que usted no llegaría a tiempo, me suplicó que le hablase con toda sinceridad. El no

tenía nada ni a nadie. Ni un solo pariente, ni una sola peseta. Los colores se los compraba yo... y yo... ¡Bueno! No merece la pena hablar de ello. Más de una vez le aconsejé que le escribiera a usted pidiéndole auxilio. «No, no—decía—; bastante le he molestado a Javier. Le apenaría, le distraería de sus líos y de sus combinaciones de mujeres.» Usted perdone; lo decía él así.

Javier Tasara hizo un gesto ambiguo.

—Sí. Claro. Continúe...

—Pero al ver que se moría ya, me hizo caso. Pusimos el telegrama. Esperamos con ansia su respuesta. Yo sabía que viniendo en el exprés no llegaría usted a tiempo. «Tomará un auto del Círculo»—decía el pobre...

El pintor frunció el ceño. ¿Era un reproche? Pero al mirar al médico le vió una mirada tan franca, tan humilde, que sintió vergüenza de ella. ¡Oh! ¡Tenía razón! El, tan pronto siempre a citas de amor, no había tenido prisa en acudir a la cita del moribundo. Pudo ir en el mismo auto que conservaría el perfume y las huellas carnosas de las dos mujeres paseadas locamente la noche anterior a través de Madrid en una furia de besos, pellizcos, sobajeos y risas detrás de la indiferencia acostumbrada del chofer.

—No se me ocurrió. Es verdad. ¿Y Paco...?

—Losada me pidió que le rogase a usted no abandonara a su hija. «Heliana es ya una mujercita. Tiene unos doce años reflexivos y tristes que equivalen a diez y seis o diez y siete—me decía ese infeliz—. Javier puede enseñarla a pintar. Yo lo intenté; pero no

tenía bastante energía para ello. Heliana podrá ganarse la vida pronto... Además, para los primeros gastos Javier podrá hacer una Exposición con todas esas porquerías mías. Vivo, no valen nada. Muerto y protegidas por él, tendrán algún valor. De este modo Heliana no le sería gravosa del todo.»

Javier Tasara, con uno de aquellos enternecimientos súbitos que tantos éxitos le producían en las conquistas difíciles, protestó:

—¡Bah! Lo de menos es el dinero. Se hará la Exposición, pero como un tributo a su memoria. Yo no venderé nada. Y Heliana será como mi hija... ¡No faltaba más!

Sacó el pañuelo de la *Rondeña* para limpiarse las lágrimas.

—Un papá algo informal. Realmente no sé si mi vida es la más a propósito para Heliana.

—¡Bah!—exclamó el médico—. Está acostumbrada. Ya ve usted su madre. Y no crea usted que Losada era un modelo de educadores.

Javier Tasara deseaba concluir pronto la conversación. Temía que su egoísmo no se escapara en alguna palabra imprudente.

—Bien, bien. No se hable más de ello. Pacorro tenía razón. Yo no podía abandonar a Heliana.

Pero no se atrevió a mirar al muerto, hundido en su ataúd de limosna, esqueletado dentro del burdo hábito, con las barbas dejadas crecer en los últimos meses, y aquella mueca sarcástica de caballo despanzurrado en la plaza de toros, sin la cual tendría el seráfico rostro de San Francisco.

Suavemente amanecía. El negro tapial iba aclarándose. Y de nuevo el vientecillo frescachón agitó los cirios y despeinó un poco más la cabeza de Javier Tasara.

—¿Quiere usted que salgamos al campo?—propuso el médico.

—Sí, sí.

Despertaron a Sixta, que automáticamente empezó a rezar, y ellos salieron al camino.

La casa estaba situada en lo más alto del pueblo. Abajo se apiñaban las casas en torno de la iglesia. Estaban como caídas en el fondo de un enorme embudo de piedras. Y de ellas ascendía un vaho de establos, de cuadras, de cochiqueras, de yacijas humanas.

Subían los hombres y sus bestias. Tardos, malhumorados, con las guadañas al hombro, tirando de los ronzales de los burros cargados de aperos agrícolas, camino de los trigales y de las huertas. También los rebaños a esparcirse por el monte próximo.

El aire se llenaba de ruidos claros y distintos; silbidos, esquilas, rebuznos, colleras y alguna que otra voz juvenil que lanzaba la primera copla del día.

—¡Oh! ¡Vea, vea qué curioso!—señaló el médico.

El sol surgía de entre las copas de los pinos como un medio disco ígneo.

—La cabeza de Heliana—dijo Tasara.

Y los dos sonrieron, súbitamente alegrados por el optimismo radiante de la mañana.

⊞

A la tarde fué el entierro. No muy alto ya el sol, la

tierra crujía ardorosa bajo los pies. Sobre su polvorienta blancura las siluetas negras, de un negro verdoso por la luz tan cruda, se destacaban rígidas y escuetas.

Delante iba el sacristán con una cruz de madera pintada de negro y contornada de un amarillo acre. Luego un hombre astroso, cubierto de una ropa mugrienta, color excremento seco, agitaba, sin más que un leve movimiento de muñeca, una campanilla, como si dejara caer primero a un lado y luego a otro el sonido igual: tin-tin, tin-tin. Después un viejecillo, con trazas de mendigo, que tocaba un fagot de sonido ronco y roto a veces en unos galleos salivosos y desesperantes. Luego la caja a hombros de los que habían de enterrarla, lugareños acostumbrados a clavar el azadón en las tierras de labranza y en la tierra del cementerio. Detrás del féretro, el cura; detrás del cura, Javier Tasara, Heliana y don Damián. Y detrás las viejas, todas las viejas del pueblo, las fuertes y robustas, como las débiles y enfermizas, que arrastraban los pies y suspiraban en voz alta; las viejas que tenían hijos bien hacendados, y las que pedían de talanquera en talanquera, y las que se arrastraban hasta el camposanto en una suicida esperanza de ya quedarse allí.

No iban los hombres, no iban las mujeres jóvenes, ni los ancianos que somnolecían a la sombra de los pinos o delante de las casas entre el revuelo de las moscas y los gruñidos de los cerdos. No fué siquiera Mónica, la que cuidó del enfermo hasta los últimos instantes. Solamente las viejas, las viejas de Castilla que alcanzan la más dilatada senectud y soportan la más roedora miseria.

Todo inquieta en ellas. Sus pupillas zahoríes, donde el espíritu se ha refugiado; sus manos sarmentosas que bajaron tantos párpados de muerto; sus harapos negros que saben del roce frío de las losas bendecidas y que la cera agarró con anchos y cálidos goterones de cirios votivos. Sus rostros sin sangre, sus rigideces espectrales.

No tienen el terrible y misterioso poder de las meigas célticas; no se florecen de biznagas o clavellinas el blanco hopo en lo alto del cráneo casi mondo, mientras una inmarchitable alegría les brinca dentro del cuerpo, como las viejas andaluzas; no aguardan el instante de partir hacia lo desconocido, frente al azul consuelo del mar y a la sombra bíblica de una palmera, como las viejas levantinas; no contemplan más de cerca el cielo, desde lo alto de cumbres empenachadas de románticas brumas o en la ubérrima monotonía esmeraldina de los valles mimosos y blandos, como las viejas asturianas y vascas.

No. Aquellas viejas que iban detrás del ataúd de Paco Losada consumieron su vida en el fuego chirriante del sol, sobre la tristeza infinita de la llanura.

Ignoraban las leyendas de las tierras nórdicas, las coplas gachonas o trágicas de las mujeres del Sur. No tembló nunca en sus pupilas la infinitud del mar.

Todo en ellas era pardo; todo en ellas polvoriento. De color de tierra sus niñetas mates; de tierra sus carnes que parecen van a desterronarse después de tantos años de calcinamiento solar. Y sus palabras, al salir de las bocas sumidas, parecen que levantan sutiles nubecillas terrales...

Guardan dentro de sus ropas negras largos éxtasis silenciosos. Cuando más, somormujan oraciones. Cuando menos, contemplan el horizonte lejano e inaccesible, quién sabe si con tardío arrepentimiento.

Y como ya su vejez no les consiente la emigración que la pobreza castellana exige, un día estas viejas abandonan sus pueblos abulenses, segovianos, salamanquinos, y a lo largo de las carreteras polvorientas llegan a las capitales y buscan el santo o el nobiliario cobijo de una puerta de un templo o de palacio para guarecerse del sol y esperar la muerte con la mano tendida en un ademán de súplica y estremecidos los labios por un rezo arcaico.

Pero hasta entonces van detrás de todos los entierros. Han oído muchas veces aquel tin-tin siniestro; han acompañado incluso a varios de los hombres que hicieron sonar la misma campanilla y vistieron la misma ropa sucia.

El cementerio estaba lejos. El camino se estrechaba y reptaba por una loma. Javier Tasara volvía la vista hacia atrás y veía las viejas de una en una jadeando, siguiendo, como las horas negras de la pobre vida de Paco Losada, su cadáver.

Y delante de aquel horrible tin-tin, tin-tin, isócrono, de una igualdad matemática, sin crisparse la mano de una vez, sin que nada alterase su ritmo ferozmente torturador del oído. Y además el fagot ronco, a quien el viejecillo transmitía su asma.

—¿Te cansas, Heliana?

—No.

Iba pálida y tranquila, como insensible. Su mano

oprimía, un poco sudorosa, la mano de Javier Tasara. Era ella quien se asía a él; no él quien la llevaba a ella. De cuando en cuando le miraba furtivamente.

No hubo medio de impedir que fuera. Se obstinó en una cólera violenta, en rudas puñadas a Sixta y a Mónica. Javier Tasara accedió al fin, tranquilizado por el médico.

—No tema usted. No le pasará nada. Cuando llegue el instante no la dejaremos ver. Si se quedara en casa se escaparía, la daría un ataque de nervios.

Y allá iba, bajo el sol, al frente de las mujeres viejas, astrosas y gemebundas.

Cruzaban por los campos de trigo. Los segadores suspendían su tarea y levantaban el rostro curtido, y se ponían la mano de la hoz ante los ojos como flamígera diadema. Los perros aullaban al paso del cortejo. Sus aullidos así, a plena luz diurna, eran más calofriantes que en la noche, bajo la calma plateada de la luna, cuando sólo los fantasmas van por las calles yertas de los pueblos.

Javier Tasara estaba rendido, y para engañar su fatiga preguntaba a Heliana:

—¿Te cansas?

—No.

Como la madrugada anterior, al padre inmóvil, miraba desde arriba a la hija andariega. Su cabellera roja aparecía amortiguada por un sutil velillo negro. Era como esas nubes que en los vésperos pasan fugitivas delante de los cobres encendidos. El rostro, acentuada su olivácea palidez, se aguzaba con la línea vertical de la nariz sobre la tajante de la boca voluntario-

sa. Los ojos, secos, fulgían, y en la mano libre apuñaba un rosario inútil. Su otra manita oprimía la ancha de Javier Tasara, como si temiera que pudiese abandonarla. Y tan firme era la presión, que el pintor sentía incrustarse las sortijas en sus dedos.

—¿Más lejos aún?—preguntó al médico.

—No. Ya está ahí.

En una brusca revuelta aparecieron las bardas pedregosas del cementerio. El fagot lanzó una nota aguda, calofriante. Las viejas bendijeron a Dios en voz alta. Heliana tuvo un estremecimiento que pasó a través de su mano al pintor. Solamente la campanilla seguía implacable en su isocronismo: tin-tin, tin-tin.

—Nosotros nos quedamos aquí, ¿verdad, Heliana?

—No.

Y tiraba de Javier Tasara hacia adentro del cementerio.

Allí, en la cumbre, aquel cementerio parecía más mísero que ninguno de esos cementerios del llano, contiguos a los pueblos, en una fraternal camaradería de los muertos que esperan y de los vivos que son esperados.

Ni un árbol, ni una flor. Los rígidos y punzantes matojos de las alturas, resquebrajando las escasas lápidas. Las cruces de madera, despintadas por el sol y por la lluvia; unas cruces ingenuas que tenían un corazón como base. Al entrar la gente en el recinto espantaron unos pájaros enormes: ¿cuervos? ¿buitres? ¿aguiluchos? No lo sabrían decir, porque volaron tan rápidos y tan altos, que sólo eran ya puntos negros en la inmensa comba azulina...

Y en aquel preciso instante Javier Tasara sintió que la manita de la niña se enfriaba y se aflojaba la presión de la suya. La miró, y gracias a ello pudo evitar que Heliana cayera al suelo.

Se había desmayado.

Acudieron unas cuantas viejas. Entre las ropas negras, su cabellera roja, libre del velillo, tenía resplandores ígneos. Y entonces fué el pintor quien dijo al médico:

—Mire. Como el sol esta mañana...

—O como será esta tarde.

Y los dos callaron súbitamente entristecidos por el presentimiento del crepúsculo vespertino.

III



E aburres, Helia?

—No. ¿Cómo voy a decírtelo, hombre?

—¡Como no leías...! Por eso...

—Miro...

Y casi se incomodaba al contestar. Inhasi, el viejo atlético, inmóvil para que Javier Tasara le pintase, dentro de su camiseta cadmia y sus holgados calzones de lienzo azul, apoyado en el remo que muchos años de mar ennegrecieron y carcomieron, la sonrió:

—Me mira a mí. Que no es usted sólo a mirarme.

Heliana, lentamente, con su voz de mujer en sus labios de niña, respondió:

—Tampoco. Era más allá de usted.

Pero volvió a la lectura del libro que tenía sobre el suelo entre los brazos desnudos que la sujetaban la cabeza y tendida toda ella de bruces. Otra vez absorta en lo que leía hasta que el pintor y el modelo la olvidaran, y entonces levantar de nuevo los ojos para mirar con toda libertad de su pensamiento.

Estaban en una exigua meseta del montecillo, erguido a la izquierda del puerto como un faro. A un lado el mar libre, extenso, que el cielo, ya pálido, de septiembre, veía como un espejo de acero.

Al otro lado, la escarpadura violenta que moría en el reducido abrigaño de agua mansa, con sus moarés profundos entre los muelles de madera y los malecones de piedra; el anfiteatro de las casas escalonadas, empotradas en el monte, ofreciendo la policromía de sus tendales marítimos: las redes, los chubasqueros de hule, las camisetas estridentes de color, las calzonas rígidas por el agua salada.

Más allá, tierra adentro, las praderas eternamente jugosas, los caseríos con su paz virgiliana, los manzanos de ramas crujientes por el peso de las pomas, que lucían como bolas esmaltadas. Y, por último, negando horizonte, la ingencia ancha de la montaña encapuchada de nieblas que el invierno iría espesando y haciendo descender a la blandura del valle y la fosquedad del puerto.

Había llovido las tardes anteriores, y una vaga sensación de tristeza parecía flotar sobre los seres y las cosas, anticipando el otoño.

¡Cuán remotos creía Tasara los episodios de Villa-

honda de los Pinos! Y, no obstante, los recordaba con cierto arrobo de gratitud, debiéndoles su nueva vida, la pausa de aquietamiento y serenidad en el recóndito puerto de Vasconia, entregado por entero a su arte y a la curiosidad de conocer el alma extraña de Heliana.

⊠

Al día siguiente del entierro de Paco Losada comió en casa del médico. Don Damián vivía en la plaza mayor del pueblo, luego de atravesar las calles estrechas, los cantales hostiles, entre grupas cálidas de bestias atadas a la argolla de los muros, pisando el estiércol donde hozaban gruñones los cerdos plomizos.

La casa del médico estaba frontera al Ayuntamiento, en cuyas rejas altas se apiñaban los rostros cándidos o torvos de los presos. A la izquierda, la iglesia, una construcción híbrida de finales del siglo XVIII, pobre por dentro, sin belleza por fuera, con su hastial negruzco. A la derecha, el cuartel de la Guardia civil, y entre aquellos cinco edificios, los días de feria, se celebraban las capeas sangrientas.

—Raro es el año que no muere alguno—dijo lúgubremente don Damián.

—¿De los mozos del pueblo?

—¡Oh, no! Ellos, nunca. Los torerillos, a quienes azuzan con pinchos de boyero, con facas atadas al extremo de las varas, cuando los infelices tienen miedo de una cornada de los toros ya corridos varias veces. La enfermería es aquí, en mi despacho, sin

condiciones ningunas, con este mísero instrumental que me sirve para todo: para rajar granos, para sacar muelas, para operaciones ginecológicas y—Dios me perdone—, pero me parece que hasta algunas veces les he visto rodar por la cocina en los días de la matanza.

Reía de un modo apagado y sombrío. En obsequio a Javier Tasara, se había vestido el traje de los domingos, que hacía más caricaturesca su facha de señorito embrutecido por los largos años de vida en un pueblo mísero. El pintor miraba en torno suyo los muebles viejos, las paredes mugrientas, el armario de cristales, donde había siete u ocho libros de la profesión cubiertos de polvo, y sobre un velador, cubierto con un tapete de crochet, una cajita de conchas y caracoles con su letrero de *Recuerdo de Santander* y una fotografía en un marco de madera pirograbada. Don Damián sorprendió la mirada y cogió el retrato.

—Soy yo, con mi mujer, el día que nos casamos. Hace diez años.

Javier Tasara no pudo reprimir un gesto de sorpresa. El médico, vestido de frac, estaba de pie junto a su esposa, que, sentada en un sillón, alzaba hacia él la cabeza entre la vaporosa blancura del velo nupcial. Parecía otro hombre distinto, con su esbeltez y su gallardía dentro de las ropas bien cortadas, con aquella testa inteligente, de los ojos alegres y la boca graciosa bajo el fino bigote rubio. ¿Cómo era posible un cambio tan radical, un envilecimiento tan irremediable con sólo diez años de ruralismo, que se reflejaban en aquel otro retrato al óleo hecho por Losada, y que

con un marco demasiado áureo vió en seguida sobre la mesa de despacho?

—¿He cambiado un poco, verdad?—dijo don Damián—. Mi mujer, también. Los años no pasan en balde.

Los años y tantas cosas amargas, tantas abdicaciones cruentas hasta llegar a tenderse en medio de la fatalidad, como una mula vieja, harta de palos, en medio del surco. Miraba ahora a la mujer, una muchachilla linda y grácil, uno de esos productos de la clase media en las grandes ciudades, que tienen el encanto de sus sacrificios ocultos, la gracia efímera de sus comedietas vanidosas; una de esas muñequitas que enloquecen a los oposltores de carreras modestas, a los tenientes recién salidos de sus academias y también a los artistas de humilde condición, de parvas aspiraciones hogareñas en contraste de su desmedida codicia de gloria.

—Nos casamos, como le digo, hace diez años. Yo, recién terminada la carrera, logré esta titular. Para principio no estaba mal. Tenía confianza en lograr otra mejor, pasado algún tiempo. Luego me acostumbré, empezaron a venir los hijos, ¡ocho, don Javier!, y ¡¡bah!!... se vive.

En aquel instante entraba la mujer. Don Damián la presentó:

—Mi esposa. Pacita: el señor Tasara.

—¡Oh! Usted me perdonará. Le recibo como estaba. Siéntese. ¡No! Ahí, no. ¡Esa silla! ¡Los chicos lo rompen todo! ¿A ver ésta? Tampoco. ¡Paula! ¡Paula! ¿Pero no limpió aún esta silla donde se meó ayer

Joaquinito? ¡Jesús! ¡Jesús! Usted dispensará. ¡Ea! Aquí, en el sofá.

Javier Tasara miraba compasivo a «Pacita», que se había puesto corsé, un viejo corsé recto que la congestionaba subiéndola las ubres, desfondadas por ocho lactancias consecutivas, hasta la garganta. Un matiné blanco, con lazos rojos, suelto sobre el vientre, rebelde al corsé, al cual empujaba en un pico agresivo detrás de la falda de gro negro, más alta por delante, dejando ver las piernas monstruosas, comidas tal vez por várices, a juzgar por las vendas blancas debajo de las medias caladas, a la moda de 1900. Y, por último, las alpargatas, unas alpargatas renegridas, deshilachado el cáñamo.

Pero aún era más lamentable la cabeza, cubiertas las facciones de una espesa capa de polvos blancos, y el cabello ceniciento y ralo peinado ostentosamente.

—¡El pobre Losada! ¡Cuánto le queríamos! Se mató él, no me diga. Ustedes los artistas llevan una vida imposible. Yo siempre se lo digo a Damián. ¡Eso de ver tanta mujer desnuda!...

—Y las veo, Pacita...

—No es lo mismo. Son estas tierras de aquí tan sucias, y cuando están enfermas... La competencia no es peligrosa, ¿verdad, señor...?

—Tasara, mujer.

—Claro, Tasara, si no tenía otra cosa en la punta de la lengua. Si aquí conocemos mucho su obra. Usted es ese que pinta siempre cosas de Valencia. Sí, sí, ya lo creo.

—No, hijita; ése es Sorolla.

—¡Ah! ¿Es Sorolla? Bueno. Lo mismo da, ¿verdad?

Tasara iba a decir que sí, y en aquel instante irrumpieron en la sala los hijos del médico; cinco, seis, siete, en una algarabía que cesó de pronto al verle. Eran unos chicos rudos y mal vestidos; parecían hijos de labriegos con las facies tostadas por el sol, con las ropas toscas, la mirada huraña. Se les adivinaba el hambre y el desamparo; uno de ellos movía la cabeza enorme sobre los hombros raquíticos y sonreía con babosa sonrisa de cretino.

No hubo remedio. Comió entre aquellos chicos mal educados, soeces, vocingleros, que a los cinco minutos de conocerle le habían perdido el respeto; al lado de aquella mujer, que sólo había conservado de su juventud cortesana los dengues, los prejuicios y las intransigencias de la educación mesocrática española; y enfrente de aquel hombre resignado con su suerte, hasta el punto de encontrarla envidiable y aconsejarla para los demás.

—Usted debía casarse, don Javier—le dijo a la hora del café, mientras saboreaba una botella de aguardiente de guindas hecho por su mujer, y que el pintor apenas pudo probar—. No hay nada como la vida matrimonial y como los hijos. Dan muchos sinsabores, pero también muchas satisfacciones.

—Vamos, calla, Damián. El señor Tasara no ha nacido para casado. Los hombres como él no deben casarse, ni tener hijos. Ya ves lo que le pasó a don Paco. Y a propósito: se llevará usted la chica, ¿verdad?, porque si no...

Tasara la miró fijamente:

—Claro.

El médico, sin levantar la cabeza del platillo lleno de café y de ceniza, al cual acudían las moscas, añadió:

—No, es que... verá. Nosotros estábamos dispuestos a adoptarla. Pacita la había tomado cariño. ¡Qué demonio! Donde comen diez, bien pueden comer once...

No supo si fué vergonzosa pena de aquella abnegación del médico y su esposa, o lástima de Heliana, condenada a la existencia burda de aquellos seres; pero si algo podía quedar dudoso en su espíritu, se disipó entonces al verles prontos a un sacrificio más al matrimonio, y al comprender cómo aquel sacrificio sería peor que ineficaz para Heliana.

—No, no. Está decidido. Me la llevo yo.

—Pero la meterá usted en un colegio, ¿verdad? De monjas. No de esos laicos que hay ahora.

—Mujer. Eso don Javier verá.

—Por de pronto, no. Cuando llegue el invierno. Esta dolorosa casualidad me afianza en el propósito de pasar el verano en un pueblo.

—¡Ah! Pues aquí—exclamó Pacita—. Esto es sanísimo.

El médico movió la cabeza negativamente:

—No. Llévesela usted lejos. Al Norte y al mar. Y mucho cuidado con esa fierecilla deliciosa, amigo mío... Sí, el mar le sentará bien. ¡El mar!

Don Damián inclinaba la cabeza sobre el platillo sucio de café, de ceniza y de moscas. Su voz se había

enternecido. Diez años en el pueblo áspero de la meseta, entre los palurdos rapaces, las mujeres zafias con las entrañas cuajadas siempre en una furia genesíaca de especies inferiores, le habían exacerbado la nostalgia de la costa, de las playas rumorosas, de los puertos henchidos de velámenes, entre el lamento de las sirenas y el tráfago de los muelles que impregnan los aromas tropicales de las mercancías traídas desde otro lado del océano.

—Don Paco amaba también el mar. Y ahora últimamente no pintaba sino el agua que no veía. ¿Se ha fijado usted?

Sí. Se había fijado aquella mañana cuando, lentamente, uno por uno, fué examinando los lienzos del amigo muerto. Aquel mismo remusguillo de envidia que le acometió al conocerle en el estudio del maestro de ambos, tornó a su espíritu más fuerte que él, más fuerte que su dolor. El no llegaría jamás a pintar así, con aquel desprecio de las viejas fórmulas, con aquella sublimación del natural, con aquella altivez de genialidad harto distinta de su clasicismo, sobrio y un poco seco. Daba a los retratos de campesinos castellanos, a aquellas facies terrosas y desconfiadas, todo su sabor racial; pero en las visiones marítimas, en las suaves evocaciones mediterráneas y en aquellos jardines quiméricos que concebía en las tardes caliginosas o en las noches gélidas de Castilla, era donde palpitaba libérrimo todo el ímpetu lírico y toda la riqueza cromática de Losada. Y Javier Tasara se inclinaba sobre aquellos apuntes y bocetos como sobre unas reliquias.

—Pintaba bien papá, ¿verdad, señor?—oyó detrás de él decir a Heliana.

Se volvió y la atrajo hacia sí:

—Muy bien, nena. Mejor que yo.

—Mejor que todos, menos usted, decía él.

—¿Hablaba de mí muchas veces?

—Siempre. Y a mí más que a nadie... Mire, mire ese retrato mío... No le llegó a concluir. Lo raspaba muchas veces. Se desesperaba. Decía que yo tengo en la cara una cosa extraña: «Sólo Tasara sabría hacer tu retrato.» Y ahora, ya ve.

Se quedaba mirando el lienzo inconcluso, que también miraba Javier Tasara. Era cierto. Aquella pintura plena de virtualidades en otras obras, allí se empequeñecía, se desviaba, se hacía mezquina.

—Y a mamá tampoco. Le hizo muchos retratos. Vestida, desnuda, y nunca quedaba satisfecho. Ella tampoco. Se reía de él.

—Y ¿dónde están?

—Los rompió cuando salimos de Alicante.

Hablaba con aquel reposo grave y amplio, sin mirar a Tasara, pero cerca de él, rozando su traje.

✠

Heliana había dejado el libro y fué a colocarse tan en silencio detrás de Tasara que éste ni siquiera se dió cuenta. Al unir los pinceles en la mano izquierda que sostenía la paleta para coger un tubo de la caja puesta en el suelo, notó que Heliana estaba mirando el cuadro por encima de su hombro.

—¿Te has cansado del libro?

—No me canso nunca de nada. Es que me gusta verte pintar.

Volviendo un poco la cabeza él, inclinando la suya ella, se besaron. Luego Tasara continuó pintando un rato en silencio, en la calma suave de la tarde y de la altura.

—Ea. Basta por hoy.

Entre los dos recogieron los trebejos de pintar. Inashi lanzó un suspiro de alivio:

—Hasta mañana.

—No. Mañana, no. Yo te avisaré. Me conviene dejar un poco la figura. Trabajaré en el fondo.

Inashi cargó con el bastidor y con el remo empezó a bajar la cuesta hacia el pueblo.

Javier Tasara, de pie, adelantó al borde de la cumbre. Con las manos en las caderas contempló largo rato el mar. Heliana, junto a él, también miraba.

—Qué bien aquella nube, ¿verdad?

—Sí. Fíjate. Todo es gris con relación a ella.

La pasó un brazo por el hombro. Con la otra mano hacía ese ademán característico de los pintores que quieren aislar, tajar de la mirada sólo aquello que les interesa, mientras inclinan levemente la cabeza y entornan los párpados.

—¿Eh?

—Sí.

Hablaban a pausas largas, absortos en la austera grandeza del sitio y de la hora.

Junto al hombre robusto, en plena madurez física, con el ceñido traje de lanilla gris, con la camisa abierta que desnudaba la garganta y parte del pecho

velludo, Heliana parecía más frágil, más tímidamente enfermiza de lo que en realidad era. Vestía una falda blanca muy corta que dejaba ver casi hasta el muslo las piernas, aún indecisas de forma dentro de las transparentes y sedosas medias; un jersey también de seda negra muy escotado que hacía resaltar el escote moreno, ceñido por un collar corto de acero, con un camafeo de ónice colgando. Y la cabellera roja, alborotada en su libérrimo crecimiento crespo, que la impedía caer sobre los hombros.

Javier Tasara acabó por bostezar. Entonces fué ella quien le preguntó:

—¿Te aburres, padrino?

—¿Yo? ¡Qué bobada, Helia!

—No es bobada, padrino. Tú siempre preguntándome si me aburro y eres tú quien desde hace algunos días estás cansado, con ganas de no trabajar...

—No sé, chiquita...

¿Habría acertado ella? Durante tres meses no había tenido tiempo de pensar en sí mismo, de sentir la nostalgia de su tráfago cortesano y de las figuras femeninas que necesitaba tener en su vida, como algo indispensable y fatal.

Las revelaciones sucesivas del país, aquella Vasconia, fuerte y plácida a un tiempo mismo, con sus costumbres patriarcales, con las mozas de un primitivo encanto de medalla, los tamborileros y chistolaris tocando sus instrumentos sencillos con una gravedad litúrgica, los boyeros a lo largo de los caminos chiquitos, como de cuento, entre los muros frescos de helechos y madreselvas. Las danzas arcaicas y castas sa-

cudidas a ratos por la farandola del *calegira;* las sidrerías y chacolíes con su tumulto de cantores sentimentales y sus éxtasis vesperales de marineros en torno del que tocaba en el acordeón viejos aires de zarzuelas olvidadas. Las noches de luna sobre el temblor murmurante de las aguas cautivas en el puerto; los prados jugosos donde somnolecen las vacas de mirada apacible y tetas de un delicioso, de un delicadísimo tono rosado.

Y sobre todo la luz. Aquella luz cernida, capaz de contener las más sutiles gradaciones del color, los más aéreos matices; una luz que daba a los colores y a las líneas una belleza inédita e íntima sin desposeerles de sus calidades propias; una luz que iba a influir en la atmósfera futura de sus cuadros después de aquella lección de los cuadros de Losada.

Al mismo tiempo el otro espectáculo vivo de Heliana. Tardó poco en perder su aspereza y descubría en cambio la efusiva y contagiosa cordialidad del padre. Tenía una rara mezcla de precocidad e inocencia, de instinto y de reflexión, de vehemencia y taciturnidad. A veces era como una ebria de alegría, como una infantil bacante que necesitara lanzar a los vientos sus risas y al aire sus miembros en himnos dionisíacos. Y a veces, Tasara la buscaba por toda la casa, por el huerto, gritaba su nombre a las gentes en un súbito presentimiento de algo terrible. Y sólo después de la zozobra de todos, aparecía tranquila, un poco más pálida, con los ojos encendidos.

—¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—¿Qué hacías?

—Llorar.

Y lo decía con tanta naturalidad que Tasara no se atrevía a seguir hablando, temeroso de ahondar en ella, como en esas aguas dormidas que una alfombra de verdor caído de los árboles y de verdín nacido de ellas, tapa el misterio de su fondo.

Una mañana vino a llamarle a su cuarto *Seles*, la mujer de Inashi, en cuya casa vivían.

—Heliana no quiere levantarse hasta que usted vaya a verla.

—¿Por qué?

—No sé. No me lo ha dicho; pero la debe pasar algo.

Corrió Javier al cuarto de la niña. Estaba en la cama, tapada hasta la barba.

—¿Qué quieres?

Antes de contestarle miró a Seles, que permanecía detrás del pintor.

—Váyase y cierre la puerta.

Apenas quedaron solos, alzó de un tirón las ropas de la cama y apareció completamente desnudo su cuerpo núbil. Y ensangrentada. Javier Tasara protestó.

—¡Chica! Tápate.

—No quiero. ¿Qué es esto, padrino?

Lo preguntaba con infantil impudor, y a pesar suyo con sollozos en la voz y temblores en el cuerpecito moreno, ruborizada por mostrarse desnuda al pintor.

—Eso... Mira, Seles te lo explicará. No es nada grave... Tápate.

La tapó él mismo, turbado de tanta inocencia.

—No; Seles, no. A nadie más que a ti quiero contar mis cosas.

Entonces él, con unos castos rodeos, con una torpeza medrosa, le fué revelando la aparición de su pubertad. Ella le oía con los ojos muy abiertos, y cuando terminó de hablar, se volvió de espaldas dentro de la cama. Hundió la cara entre las almohadas. Javier Tasara veía moverse convulsiva la cabeza roja.

—Vamos, chiquita, no llores. ¿Por qué lloras?

—¡Déjame! ¡Vete, padrino, vete!

Y en dos días no quiso verle, no salió de su cuarto ni para comer. Sólo al tercer día, recién bañada, se asomó a la puerta del cuarto que él había transformado en estudio:

—¿Se puede?

Corrió hacia sus brazos rápidamente, con la cabeza baja, para librar su rostro encendido de los ojos de él. Sólo cuando ya estuvo refugiada en el contacto del pecho macizo del artista dijo tímidamente:

—De aquello no me hablarás nunca.

—Nunca.

—¿Nunca? ¿Nunca?

—Jamás. Te lo juro.

Y entonces le miró sonriendo:

—¡Qué ganas tenía de verte, padrino!

Empezaron a bajar el sendero hacia el pueblo. Iban juntos, al mismo paso. Javier Tasara silbaba entre dientes la musiquilla vulgar de un cuplé pegadizo. Ella arrancaba, distraída, las ramitas de los helechos y las iba pelando las hojas largas y finas. De pronto dijo crispada de rabia:

—¡Cállate! No silbes eso.

—¿Por qué, nena?

—Porque es idiota. ¿Ves cómo te aburres?

—¿Pero en qué lo notas, criatura?

—En que sí, en que, ya te lo dicho: trabajas menos y escribes cartas ahora, y lees periódicos, y la otra tarde, cuando llovía tanto, estabas pegado a los cristales, silbando esa misma música imbécil, y te llamé dos veces y no me oíste, y me escondí donde yo me escondo y no me buscaste, y... ¡bah!

Se separó de él y anduvo unos pasos precipitados.

Luego volvió a él sumisa, con los ojos encristalados en lágrimas:

—Perdóname, padrino. Tú no tienes la culpa. A ti te gustan otras cosas que estar en este pueblo tan bonito. A ti te gustan las mujeres guapas y elegantes.

—¡Chiquilla! ¿Quién te ha dicho eso?

—Tú al boticario, la otra noche, cuando yo me quedé dormida—me hice la dormida, claro es—sobre la mesa después de cenar.

Javier Tasara se escandalizó:

—¿Pero lo oíste todo?

—Todo. Hasta los cuentos que no entendía bien, pero que no me gusta que cuentes...

—¡Heliana!

Ella se echó a reir, demasiado fuerte para ser sincera su risa. Anduvieron otro rato en silencio. Estaban cerca de la carretera, una de esas carreteras pulcras, cuidadas, de Guipúzcoa, que sombrean árboles muy altos.

—¿Y cuándo nos vamos, padrino?

—¿Tú quieres que nos vayamos?

—Yo no; pero tú sí.

—No es que quiera, Helia. Es que van a empezar las lluvias y no habrá medio de salir de casa, ni de pintar, ni de nada... Además, tengo que volver a Madrid, cumplir unos encargos; ganar la vida, en fin... Tú también deberás entrar en un colegio.

Heliana sacudió brava la cabeza. El camafeo de ónice la golpeó la garganta:

—Yo no iré al colegio. Ya te lo he dicho.

—Será preciso, sin embargo.

—No. Me escaparía de él. Yo quiero estar contigo, siempre contigo.

Habían entrado en la carretera. Hacia ellos venía un automóvil que hizo sonar su bocina. Se apartaron. Pasó vertiginosamente. Era un automóvil gris, de turismo. En él iban dos mujeres y un hombre. Casi al mismo tiempo reconoció Javier Tasara a una de ellas y ella a él: la duquesita del Piélago.

El auto había parado brusco en un súbito funcionamiento de los frenos. Ya la duquesita había saltado al camino y retrocedía con las manos tendidas. Javier Tasara, casi corriendo, acortó la distancia.

—¡Oh! ¡Javier, qué casualidad!

—Eso digo yo...

Era una mujercita menuda, de ojos azulencos, de facciones marchitas por los años y el maquillaje.

—¿Qué haces... qué hace usted aquí?

—Ya ve. Olvidar un poco. Usted en cambio...

Y señaló hacia el auto, donde el hombre, un mocetón rubio con una minúscula boina en la cabeza, les miraba receloso.

—Un protegido nuevo.

—¿Otro, Nieves?

—¡Este inocentemente! ¡Se lo juro! Estudiaba para seminarista y yo he descubierto que tiene condiciones de aviador.

Rieron con una carcajada doble que hizo fruncir el ceño al mocetón.

—Bueno. ¿Pero qué hace usted aquí? Iba una niña con usted.

—Sí. Una ahijada. Ya le contaré.

—¿Ahijada o hija?

—Ahijada. Ya sabe usted que soy una garantía para las mujeres.

—A ver, llámela.

Volvió la cabeza Javier Tasara y vió que Heliana corría hacia el pueblo.

—Es inútil; no vendría. Bueno, ¿qué? Cuénteme cosas. Estoy hambriento de sucesos. Llevo aquí una vida de ermitaño.

Ella había empezado a inquietarse.

—No. Otro día. Volveré sola. Ahora, adiós. Estoy en Bilbao. ¿Le vengo a buscar?

—Sí... bueno, es decir, si el aviador no se opone.

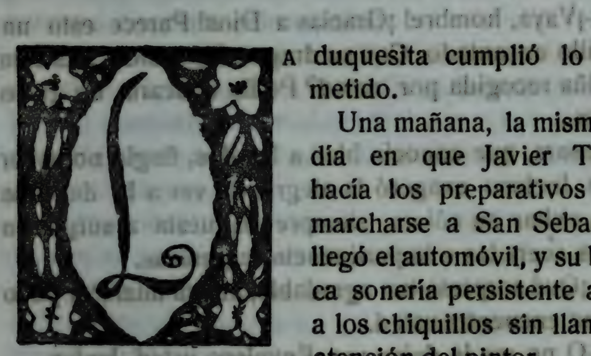
—Le hago volar antes de tiempo, mamarracho de mi alma. Adiós, ¿eh? Hasta pronto.

Se dieron un apretón de manos. Él la cosquilleó en la palma a través de la abertura en corazón del guante.

—¡Que seas buena!

Vió partir el automóvil y luego, transfigurado por la evocación de tantas cosas agradables como le sugería el encuentro, siguió andando hacia la casa de Inashi, tarareando el cuplé que crispaba los nervios a Heliana.

IV



A duquesita cumplió lo prometido.

Una mañana, la misma del día en que Javier Tasara hacía los preparativos para marcharse a San Sebastián, llegó el automóvil, y su bronca sonería persistente atrajo a los chiquillos sin llamar la atención del pintor.

La duquesa saltó con afectada ligereza del coche y, prolongando sus saltitos un poco ridículos, entró en casa de Inashi.

—¡Eh! ¡Javier! ¡Javier! ¡Javieeer!

Heliana salió la primera. Se la quedó mirando, fruncido el ceño. La del Piélago ordenó altanera:

—¡Tú, chiquilla! Avisa al señor Tasara que estoy yo aquí.

Heliana seguía mirándola fijamente al rostro, marchito y repintado; al cuerpo, todavía esbelto, de una ambigüedad adolescente a pesar de sus cincuenta años.

—¿Y usted quién es?—dijo al fin, cuando la otra, acercándose mucho el espejillo de mano a los ojos ahuevados, mortecinos, de miope, se empolvaba la cara.

—La duquesa del Piélago.

—¡Ah! Bueno. ¡Seles! ¡Seles! A ver qué quiere esta señora.

Pero ya acudía, al tiempo de la mujer de Inashi, Javier Tasara.

—¡Vaya, hombre! ¡Gracias a Dios! Parece esto un castillo encantado. Con su dragoncito y todo. ¿Es ésta la niña recogida por usted? Podía educarla un poco mejor...

Tasara, que conocía bien a las dos, fingió no haber oído. Incluso exageró la alegría de ver a la duquesa para evitar su cólera, siempre dispuesta a surgir en frases aceradas e impertinencias agresivas.

—¡Qué sorpresa tan agradable, amiga mía! Por poco no me encuentra usted.

—O no me le dejan ver. Envejece usted, Javier.

—¿Yo?

—Sí. Por lo visto se dedica ahora a las menores.

—¡Nieves!

Ella le conocía también a él. Sabía sus arrebatos bruscos, un poco groseros, de hombre acostumbrado a la feminidad plebeya de las modelos.

—No se enfade usted. Era una broma. ¿De modo que esta nena es su protegida, aquella heroinita cuya novela ha prometido contarme?

Puso la mano enguantada de seda gris sobre la cabeza de Heliana, que esta vez no había huído y que, suavemente, sin violencia, separó la cabeza y sacudió su cabellera roja para aventar el perfume y la presión desagradable.

—No es una heroína. Es una muchacha que se ha quedado huérfana. Su padre era un gran amigo mío y un gran artista, y me la dejó encomendada al morir. Lo que empezó siendo un deber es ahora una satisfacción. Helia y yo nos compenetramos muy bien, ¿verdad, chiquita? Como usted ve, ni hay novela por entregas ni cuento pornográfico.

Heliana le cogió la mano al pintor y recostó contra ella el rostro en un dulce ademán de animalejo familiar, de gozquecillo que se cobija junto a la fortaleza y el cariño de su amo. Y así, entre burlona y desdeñosa, miró a la duquesa.

—¡Magnífico! *Compliments, cher maître*... Lástima que no se vea usted a sí mismo. Con un chico más, la estatua de la Equitativa. O por lo menos un tema simbólico para el techo de un estudio: la Inocencia protegida por el Libertinaje...

—Entonces tendría que substituir mi figura por la suya, duquesa.

—¡Animalote! Basta de rigodones al revés. Ofrézcame una silla, hombre; déme siquiera un vaso de agua; sea usted hospitalario.

Hosco aún, Javier Tasara la señaló la entrada del

comedor. Sentía un repentino rencor hacia ella que nunca sintiera. Por primera vez desde que había recogido a Heliana, alguien le hacía pensar en una posibilidad de futuros acercamientos carnales. E inconscientemente miró a la niña, procurando verla de distinto modo, consultándose al mismo tiempo a sí propio.

Nada. Ni Heliana ni él se turbaron en el cambio de miradas y sonrisas. Se tranquilizó. Aún chiquillas, menos formadas a veces que Heliana, le inquietaron fugazmente en la calle, al dejar caer sus ropitas en el estudio para temas ingenuos. Y, sin embargo, Heliana, tan pronta a besarle, tan íntimamente ligada a su vida durante los dos últimos meses, era algo castamente lejano de sus pensamientos viriles: una hermanita menor, una hija, la hija deseada cuando las breves nostalgias de paternidad en las, cada vez menos frecuentes, aventuras con una mujer sentimental.

Le sirvió para la confrontación de pensamientos el que entrara el chofer a preguntar qué hacía con el auto. Era un mocetón moreno, bien plantado y bien vestido. Cuando terminó de hablar con Nieves, el pintor la devolvió malicia por malicia:

—*Mes compliments, madam' la duchesse.*

Ella se echó a reir.

—A falta de otra cosa, no estaría mal. Pero estoy escarmentada. Bueno. ¿Qué? ¿A Bilbao esta tarde?

—No. A San Sebastián.

—No sea usted cursi. En San Sebastián llueve de un modo enfadoso. Luego, no quedan más que unas cuantas furcias esperando el tardío primo que las pa-

gue el hotel. Y empiezan a ir esos veraneantes económicos que han inventado lo de San Sebastián a último de setiembre porque bajan los precios en todo.

—¿Y en Bilbao no llueve?

—También. Pero yo no estoy en Bilbao, sino en un hotelito de Algorta, una delicia, a dos pasos del mar, y ¡qué mar! Ese mar bravo, indómito, en el que se piensa con nostalgia a lo largo de las aguas presas de la ría. Además, empieza a marcharse la gente de los otros hoteles y el pueblo queda solo, con sus calles asfaltadas, la playa chiquita vacía, con sus sillones de mimbre—¡los hay dobles, Javier!—y con su balneario espléndido, el *Igeretxe*, de donde huyeron ya los fox-trot y los tangos del verano.

Javier Tasara sonrió irónicamente:

—Muy tercer acto de opereta vienesa.

—¡Muy narices! Y no me tire usted de la lengua, reladrón, porque no voy a respetar la inocencia de...

Adelantó hacia él con la mano en alto, amenazadora, pero con las pupilas animadas de un fulgor repentino y la boca entreabierta, jadeante. Tasara retrocedió unos pasos, y riendo le dijo a Heliana:

—Anda, nena. Ve y dile a Seles que nos traiga un poco de café. Y tú puedes ir haciendo tu equipaje, ¿verdad?

Cerró la puerta detrás de la niña, pero no tan pronto que ella no pudiera oir la voz ronca, un poco silbosa, de la duquesa, diciendo:

—Yo no quiero café, yo no quiero más que tus besos, canallita...

Hubo que irse a Algorta, a la finca que la duquesa tenía alquilada cerca de la playa. El renovado idilio duró pocos días.. Se cansaron los dos, con una leve diferencia de horas. Ella no era ya la Nieves de hacía diez años, cuando su protección eficaz lanzó el juvenil talento de Javier Tasara. Velozmente acuciada de un ímpetu genesíaco que lindaba en la ninfomanía, la duquesita menuda y ardiente había conocido toda laya de amantes, en los diez años. Su cuerpecillo ardía en el fuego de los siete pecados capitales como un sarmiento seco de una milagrosa incombustibilidad cada vez menos fuerte. Ya casi como una corteza negruzca y dentro ceniza. La engañaba su espíritu de una eterna lozanía, de una embriaguez erótica permanente, que siempre tenía sed y siempre dejaba caer los labios en un rictus de asco y de momentánea hartura.

Sólo el generoso brío de Javier Tasara los primeros días, como natural consecuencia de su voluntaria sobriedad en el pueblecillo vasco, retardaron el instante de la consciente y mutua desilusión, esa desilusión fatal que epiloga siempre el reconciliamiento de los amantes viejos después de largo tiempo de no verse.

Se engañaron todavía con excursiones a través de Vizcaya, en el auto de la duquesa, lanzado, con gran contentamiento de Heliana, a sesenta y a ochenta kilómetros por hora. La sentaban al lado del chofer y ella le azuzaba.

—¡Más! ¡Más de prisa!

El viento era como un doble callejón de estrías agudas. La arena de los caminos saltaba a incrustarse en el rostro. La respiración faltaba y los ojos sólo

veían el camino blanco abriéndose al impulso bárbaro del coche.

—¡Chiquilla!—reñía a veces Tasara—. ¡Que nos vamos a matar!

—¡Bah! ¡Qué importa!—respondía Heliana con un encogimiento de hombros.

Y lo peor era que la duquesa también se encogía de hombros. En sus entrañas yertas, donde caían las brasas encendidas del cerebro, nada le hacía temer la muerte.

Por las noches llegaban los tres al hotelito del pueblo de ricos que el furor bronco del Cantábrico estremecía, como fantoches cuyos hilos se hubieran roto, dolorida la frente por el viento, abrasado el rostro, resecos los labios y un deseo irremediable de dormir.

Sueño de olvido en Nieves y Tasara, cada cual en su cuarto, sin la galante caminata a lo largo de los pasillos cuando la media noche, para buscar la alcoba amiga. Sueño de delicias cándidas, de aturdimientos locos y aventuras extraordinarias en Heliana, cuya alma comenzaba a amanecer.

Por fin una noche de lluvia, mientras Javier Tasara se obstinaba que Heliana no cometiera distracciones en el pocker, la duquesa inició el libertamiento. Pero hábilmente, con una cortesía de gran dama que temiera ofender la susceptibilidad de sus huéspedes, y al mismo tiempo, envuelta en la cortesía su indomable vicio de proteger hombres:

—¿Ha visto usted, Tasara? Otra vacante más en la Academia.

—Sí.

—¿Por qué no se presenta usted?

—¿Yo? ¡Bah! Todavía es pronto. Soy demasiado joven. No he cumplido los cuarenta. Hay una edad de académico, amiga mía: entre los cincuenta y los sesenta y cinco. Entonces hablaremos.

—Entonces tal vez no viva yo para serle útil. No sea estúpido, Javier. Mire, se me ha metido en la cabeza que usted éntre en San Fernando ahora. Usted sabe que soy muy amiga de Romanones.

—¿También?—preguntó irónico el pintor.

—Sin reticencias. Amiga suya. En Madrid va a casa los viernes. Además, otros varios académicos. Usted, como es un hurón, no lo sabe. Pues bueno, entre lo que usted se merece y lo que yo influya, ¡cosa hecha! ¿Eh?

En diversas ocasiones, Javier Tasara había pensado con deleite en la idea de ser académico. Le detenía el temor de una votación insuficiente, del paso dado en falso. Le animaba el convencimiento de que una pintura, ahincada en los sólidos principios del casticismo español, era grata a los artistas viejos, a los políticos que ocupaban los sillones de San Fernando. Recordaba las alusiones de los críticos, fosilizados en su intransigencia, a las nuevas escuelas. Una noche le desveló tanto como la pasional jornada en el estudio con una pintora francesa venida a España para conocer el «sabor local», cuanto las palabras de Martín Escoriaza, el decano de los académicos, el feroz enemigo de los jóvenes, aquel viejo atrabiliario que no consentía la menor independencia estética: «En la sesión de ayer, hablamos de usted. Alguien citó los

retratos de Villabrille y de la condesa de Santa Quiteria. ¡Eso es pintar con reaños, ¡jinojo! ¡Camará! ¡Qué mano aquella del senador! Se le ve meter la mano en las carteras ajenas. ¡Y cómo están hechas las telas de la condesa! ¡Una pijotera maravilla! Se lo digo yo, que me parece sé un poco de arte. Hay que irse preparando. Jóvenes como usted son los que están haciendo falta en la Academia. Que vean que nosotros no somos reaccionarios, y que abrimos las puertas a la juventud. Claro que a la juventud con talento y con sentido común, ¡qué badajo! No vamos a abrírselas a los futuristas. ¡En canal sí que había que abrirles a ellos!»

Ahora recordaba todo aquello. Volvía a presenciar la cólera del viejecillo de barbas blancas y gafas azules, unas gafas azules que no se quitaba ni para pintar. Reoía su vozarrón áspero, tan raro en la estatura exigua del viejecillo. Distraído olvidó las cartas; se olvidó incluso de Nieves y Heliana, que le miraban con distinta expresión cada una.

—¿En qué piensa usted?—dijo suavemente la duquesa, poniendo su mano, donde centelleaba un enorme solitario montado al aire en el aro sutilísimo de platino, sobre la mano ancha, maciza de él, tapando la ágata del entalle, que era un motivo obsceno de la *Vie privée des douze césars*.

—En que sería una locura... una locura muy agradable, claro.

Levantó hacia ella los ojos, mientras la besaba la punta de las uñas combas y relucientes de los deditos descarnados. Heliana, acostumbrada ya a estos furtivos escarceos, ni siquiera pestañeó.

—Nada. Usted envíe la solicitud mañana mismo. Y yo me encargo de todo lo demás. ¿Qué te parece, Helia? ¡El padrino académico!

Heliana no contestó. Sonreía tristemente a un recuerdo lejano, la indignación de su padre cierto día que, leyendo un periódico, exclamó: «¡Académico Orozco! ¡Qué vergüenza! Esa mala bestia que está embruteciendo a todos los católicos de España con sus cuadros de almidón y de huevo hilado. ¡Y todavía habrá papanatas que quieran ser compañeros de Orozco!»

—Bueno. Para esto no hay que dormirse—continuaba la duquesa—. Debemos volver a Madrid cuanto antes. Ya estamos casi en octubre, y todo el mundo estará ya en Madrid. Pasaremos un par de días en Bilbao, ¿eh? Veremos la Exposición de Ramón Yanguas.

—¿Yanguas expone en Bilbao?

—Sí. En los *Artistas Vascos*. Debe ser un horror. Figúrese.

—Lástima de muchacho. Con el talento que tenía.

—¡Y la mujer que tiene!

Rieron ambos. De mala gana, Tasara. Con mala intención, ella. Había lanzado el nombre de Ramón Yanguas oportunamente. Era un antiguo condiscípulo de Tasara. Sus primeras obras iban por el mismo cauce de serenidad, de equilibrio, de normal adaptación tradicional que las de Tasara. Incluso empezó a ganar premios oficiales y obtener encargos antes que Tasara. Pero de pronto, un viaje a París cambia radicalmente su pintura. Desdeña los fáciles triun-

fos, la acogida trivial, pero fructífera, del público español. Por su arte parece cruzar una huracanada revelación de las íntimas facultades, de las recónditas fuentes de su espíritu. Y desde entonces el calvario lento, pendiente, cada vez más doloroso. Sus envíos a las Exposiciones Nacionales empezaron por hacer reir; luego se rechazaron. Los compradores huían. La crítica le daba consejos en un tono de conmiseración y suficiencia que él despreciaba en voz alta, pero que, a solas en su estudio, súbitamente silencioso y enfriado, le roía el estómago y le obsesionaba el cerebro. Pintaba como un ladrón, sin firmarles, unos cuadritos de la antigua manera, de aquella pintura cuyos cuadros grandes en su poder había destruído. Los vendía a un tendero de marcos de baja estofa, que ni siquiera le conocía. Después, ni eso. Le avergonzaba vivir de tan mezquina abdicación. Se entregó por entero a la otra pintura que la gente no comprendía y que a él le producía una extraña voluptuosidad, un regocijo apasionado, casi sensual. Famélico, aguzado por el hambre y la fiebre productora, empezó a recorrer España como un vagabundo. En tren cuando podía; en carro, a lo largo de las carreteras; a pie, las noches claras de verano.

Cuando tenía algunas obras que le parecían interesantes, sin alcanzar aquella absoluta identidad espiritual que perseguía tozudamente, las enviaba a un marchante francés, de los que lanzaban artistas nuevos y raros, en una mercantil confusión de sinceras exaltaciones y arribismos cínicos, de tendencias nobles y pasticherías infecundas. Cobraba tarde y mal

aquellos envíos. Unos centenares de francos que servían para deudas humildes: la comida, el hostal, las ropas mugrientas y remendadas.

Y si aún Ramón Yanguas tuviera la suerte de una compañera entusiasta, comprensiva, dotada de ese doméstico fervor que hace aliadas de la obra de su marido a escasas mujeres de artistas, no sentiría tanto el desamparo de su patria. Pero Ramón Yanguas había conocido en una casa de *ateliers* parisina—una Babel, policroma y escandalosa, donde había rusas de pelo cortado y ademanes de mártir; alemanes turbulentos, que hacían cubismo; suecos rojizos, de pupilas casi blancas, que pintaban acuarelas de París con reminiscencias nórdicas; españoles jaraneros, que gritaban en torno de Picaso; franceses con sus calzonas de terciopelo, sus perillas y sus «naturalezas muertas» (el Cezanne de cada día) de dos manzanas, una botella de vino y un *Journal* arrugado— a Ivonne, una normanda que saltó de la casa de tolerancia en que se ganaba la vida estúpidamente a un *beuglant* de suburbio, y de allí a los restoranes, los estudios y los cafés de los artistas.

Ivonne era una mujerona enorme, basta y vacuna. Tuvo en su adolescencia cierto vago empaque de musa flamenca. Después, los alemanes, los austriacos, la preferían para los desnudos, casi ofensivos, que constituían la producción pictórica en Munich los primeros años del siglo XX. Ivonne posaba, comía, dormía y se dejaba poseer con una torpeza puramente animal. Sólo despertaba algo en ella frente a los escaparates de las bisuterías, de las perfumerías y de las

tienda de telas. Amaba los collares de cuentas relucientes, las sortijas de mucho oro y piedras de colores, los rasos chillones, que la empavesaban como a una locomotora las banderas en los días que se inaugura un trozo de vía férrea.

Al principio, Ramón Yanguas la sedujo por su alegría y su dinero, y a él le colmaron la salacidad hambrienta que caracteriza a los españoles, las carnes, todavía no muy blandas, y aún muy blancas, de Ivonne. Después se acostumbraron el uno al otro en una necesidad constante de discutir, de insultarse con mutuo ahinco. Por último, Ramón Yanguas, pobre, enfermo, impulsado por esa exacerbación de sacrificio que surge en los hombres, acorralados por la vida triunfal de los demás, se casó con Ivonne en una aldea pálida de Galicia. Ya no podía comprarle los *bijoux* de oralina y piedras reconstruídas, los frascos de esencia mareante con los cuales se encharcaba los rasos amarillos, verdes y los falsos encajes, dejando luego en ellos redondeles desteñidos que la gustaba oler de cuando en cuando; no podía comprarla los sombreros con plumas y pájaros disecados de plumas brillantes, que evocaban las selvas tropicales y las negras que brillan en las selvas. Le daba su nombre en un definitivo otorgamiento de la voluntad.

Porque ya Ivonne, una vez casada, olvidó por completo la época remota en que somnolecía detrás de las persianas verdes durante el día y bajo el resplandor rojo de la farola con su número grande, durante la noche; olvidó aquella estada en el café concierto de la barriada popular, cuando cantaba entre los aulli-

dos y los piropos obscenos y el estrépito de los platillos del azúcar contra las mesas de mármol:

Qui qu'a? Qui qu'a vu Coco;
Co dans l'tro
tro dans le Co
qui qu'a? Qui qu'a vu Coco
Coco dans le Trocadero?

No volvió a acordarse de aquellos hórridos *Desnudos* que se conservaban en las páginas de la *Jugend* y que eran las proporciones elefantíacas de su cuerpo, con el pubis agresivo, los muslos como columnas, los pechos derrumbados como vejigas a medio desinflar. Sólo pensó en que era la Madame Yanguas y en que había de exigirle una fidelidad absoluta y un trabajo remunerador y decente. Ya no quiso volver a servirle de modelo desnuda, se opuso a que utilizara otras mujeres y empezó—lo que no había hecho hasta entonces—a ridiculizar aquel arte vehemente, pleno de sutileza, de exaltaciones casi enfermizas de su sensibilidad que realizaba Yanguas a espaldas del éxito, un arte *degoutable, de rapin*, un arte que no les consentía comer lo suficiente, ni vestirse «como siempre tú sabes he vestido yo».

⊠

Al día siguiente Javier Tasara, la duquesa y Heliana se trasladaron a Bilbao. En el *comptoir* del hotel hubo un momento difícil al hablar de las habitaciones.

Tasara insinuó ingenuamente que Heliana podría

dormir en el mismo cuarto que Nieves. La duquesa protestó.

—¡Ay, no! Eso no. Ni a Carola, aunque lleva tantos años conmigo, la consiento eso.

Heliana, antes de que Tasara pudiera contestar, se interpuso:

—Es que yo tampoco hubiera querido. Yo con padrino, ¿verdad, padrino?

Todos, menos Tasara, se echaron a reir. Estrepitosa la duquesa, cínica la doncella, discretamente el empleado del *comptoir* y la camarera que aguardaba junto a las maletas. El pintor se puso lívido. Brusco rechazó a Heliana de un empujón en el hombro:

—¡Estúpida!

Ella le miró espantada, sintiendo, más que el dolor de la mano fuerte de él, la repulsa del insulto, el inesperado acento de su voz, tan afable siempre.

—Bueno, entonces...—empezó a decir Tasara.

La duquesa, riendo aún, le interrumpió:

—Mira, elige lo tuyo y déjame a mí lo mío...

Se acomodaron al fin. En dos cuartos contiguos Tasara y Heliana. En tres habitaciones de distinto piso la duquesa del Piélago. Así, desde el primer momento señalaba la separación definitiva entre ellos. En adelante, amigos nada más. Unos buenos amigos que se habían divertido juntos; pero que luego, ya tranquilos con la frustrada renovación del idilio, se narrarían sus futuras diversiones distintas.

Al subir la escalera, Nieves se inclinó hacia el oído de Javier:

—Te convencerás que es imposible que tengas

siempre a tu lado a esa chiquilla. Te pondrá en ridículo. Madrid no es un pueblecillo vasco, donde se pasan los meses de verano.

—Bien. Sí. Tienes razón. El diablo de la chiquilla...

Ella le pidió perdón cuando se quedaron solos. Se había dado cuenta de que cometió una tontería. Lo confesaba y lo sentía en el alma.

—Bueno, bueno; no se hable más de ello. Pero fué una estupidez, Helia. Reconócelo.

Volvía a endurecérsele la voz, a mostrar aquella expresión hostil en el rostro que nunca hasta entonces le había visto.

—Lo reconozco... Es que no supe expresarme bien... Yo lo que quería decir es que no quería irme con la duquesa. Me da asco la duquesa. Y no sé cómo no te lo da a ti... Tan vieja, tan pintada. Si vieras cómo huele cuando se levanta y todavía no se ha bañado. ¡Puah!

—Bien, bien. Cállate y arregla un poquito tu cuarto. Es muy bonito, ¿verdad?

—Demasiado grande para mí.

Grande todo: el lecho, el armario de luna, los balcones, el espejo sobre la mesa, las puertas. Examinó la cerradura, el pestillo dorado.

—¿Serán seguros?

El pintor se echó a reir:

—¡Bah! ¿Tienes miedo?

—No. Pero me hubiese gustado que hubiera una puerta de comunicación con tu cuarto. Me da no sé qué quedarme solita toda la noche.

Y, solita, después de atrincherar la puerta por dentro con una butaca, se acostó llorando en la cama tan

grande. La lluvia y el otoño habían enfriado la habitación. Hasta Heliana llegaban por los balcones los rumores de la terraza de un café que había en los bajos del hotel: músicas dulzonamente lánguidas, risas, palmadas, voces. De cuando en cuando el tronitoso paso de un autocamión que estremecía todo el edificio. Y más tarde, en la calma de la alta noche, silbidos de trenes y sirenas angustiosas de los barcos.

⊠

Visitaron los tres la Exposición de Ramón Yanguas. En la primera sala estaba sentada Ivonne, vestida de rojo, con un viejo sombrero verde donde se prendían flácidas, polvorientas, unas margaritas. Ramón Yanguas paseaba por la otra sala entre sus cuadros. Y nadie más.

Acudió a Javier Tasara, con los brazos abiertos, olvidando la frialdad amistosa que les separaba en Madrid.

—¡Cuánto te agradezco que vengas! No sabía que estuvieras en Bilbao.

La duquesa saludaba a Ivonne y llamaba a Tasara:

—Mire, mire, Javier, qué toaleta tan linda lleva madam Yanguas. Y cómo entona con los cuadros de su marido.

La francesa sonrió como pudiera sonreir una apisonadora. Pero Yanguas no se contuvo:

—Señora, tiene usted siempre muy buen humor. Ese traje de Ivonne me hace cisco todo. Si no fuera porque no tiene otro y porque yo me aburro aquí solo... Ven, ven, Javier; quiero enseñarte esto. Tú hacía tiempo que no veías nada mío, ¿verdad?

Prescindió de la duquesa, que se mordía los labios, y de su mujer, que estaba tan roja como el traje, para no pensar más que en sus cuadros. Sabía lo que Javier Tasara decía de él; le despreciaba a su vez, y, sin embargo, en aquellos momentos sentía la necesidad de hablar con alguien, de elogiarse en voz alta.

Tasara miraba alrededor suyo. Eran obras pequeñas, de un encanto recatado y sencillo, de gamas finas: grises, violetas, amarillos tenues, azules profundos. Paisajes, flores, agrupaciones de objetos humildes, alguna cabeza de una expresión recogida y honda. Pero era tan absoluta la diferencia de temperamento entre Yanguas y Tasara, había tan abismal distancia entre el arte de ambos, que Tasara no se atrevió a decir su opinión. Escuchaba en silencio la verbosidad vehemente, exaltada, de Yanguas ante sus propias obras.

— Fíjate. Mira hasta qué punto está conseguida aquí la calidad de la tela. Qué tono tan jugoso, tan rico.

¡Y a Tasara le parecía lo contrario: reseco, sordo, mísero de color!

—Y este acorde de blancos y de grises, ¿eh? Esto no hay nadie, nadie en España que lo haga más que yo.

Y con la mano sucia, de uñas roídas, se golpeaba el traje raído que transpiraba el hedor húmedo de la lluvia. Buscaba con el rostro flaco, de barbas ralas, de mirada calenturienta, el rostro canonical de Javier Tasara.

—¡Muy bien! ¡Muy interesante!...

Acabó por sentarse en la primera sala, donde aguardaban Ivonne y la duquesa. Heliana iba sola recorriendo la Exposición, deteniéndose largamente ante los cuadros, mirándoles a cierta distancia, torciendo un poco la cabecita y guiñando los ojos, como había visto hacer a su padre y a su padrino tantas veces.

—¿Y qué? ¿Ha vendido usted mucho?—preguntó la del Piélago.

—Nada—saltó la francesa—. Y gracias que el salón nos lo dan de balde. Pero los marcos, los catálogos, la luz... Es por eso que yo estoy desesperada.

Yanguas tuvo un gesto de desaliento:

—Me he equivocado, lo confieso. Yo creí que iba a vender algo. Son unos precios humillantes; vea, señora: trescientas pesetas, doscientas, cincuenta... Hasta cinco duros aquel chiquitín del rincón. Pues ¡nada! Ni preguntarme. Ni vienen a verlo.

La duquesa, maligna, continuó:

—Es que la gente es tan tonta... Prefieren comprar una cosa a los maestros ya consagrados, encargar su retrato a un pintor que le haga a uno muy parecido, a llenar su casa de estas cosas que luego, el día de mañana, cuando usted se haya muerto, valdrán sabe Dios cuánto.

Ivonne asintió bobaliconamente:

—Es la verdad eso que usted dice, señora... Pero mi esposo no lo quiere comprender... Y no se crea, él podía pintar de otro modo...

—¡¡Ivón!!—gritó Yanguas—. ¡¡Cállate!!

Había despertado su orgullo de incomprendido, la

altanera pureza de su criterio, que era lo único libre de la esclavitud pesada, gelatinosa de Ivonne.

—No sólo no me importa, señores, no vender, no ser elogiado en los periódicos, no tener admiradores como los tienen otros, sino que me satisface. ¡Menguada cosa sería mi pintura si el primer majadero o la última de las marisabidillas lo entendiera lo mismo que yo! Lo que me ha costado media vida sería entonces una cosa tan vulgar, tan imbécil, que estaría al alcance mental de la gentuza.

—Pero tú lo quieres poner al alcance económico de la gente—observó Tasara, dolido del desprecio hacia él que presentía en Yanguas.

—Y lo daría de balde si no tuviese que comer y que comprar medias a esta mula. Pero es inútil, tú no comprendes tampoco, no. Tú estás acostumbrado a cobrar cinco mil pesetas por un retrato.

—Ocho mil—corrigió altivo Tasara.

—Bueno. Mejor para ti y peor para el que lo paga. Yo tengo cuadros ahí que no los daría por todo el dinero del mundo. Mira éste, y éste, y aquél. Cuadros que el día en que yo me sienta morir los haré trizas con las uñas y con los dientes, porque nadie es digno de tenerlos en su casa; a lo mejor, al lado de uno de esos lienzos, castizos, de cocina a la española, con su poquito de Ribera el piojoso, de Velázquez el lacayo y de Murillo el baboso, cuadros de esos por los que se pagan ocho mil pesetas.

Tasara se encogió de hombros.

—Pues chico, yo, te soy franco, no te compraría esos tres cuadros que a ti tanto te gustan. Y, la verdad,

entre Cezanne y Velázquez, me quedo con Velázquez.

—Pues yo, ¡conmigo nada más!

La duquesa, implacable, saboreando aquella lucha de los dos artistas, preguntó:

—¿De modo que usted, Javier, no me aconseja que compre alguno de estos cuadritos?

—¡Oh! Eso es otra cosa, Nieves. Siempre que se le puede hacer un favor a un amigo... Lo de menos es la obra. Lo que le importa ahora a Ramón son unas pocas pesetas para pagar los marcos, los catálogos, la luz...

Ivonne sonreía, con su brutalidad egoísta, sin comprender aquel tono desdeñoso, cinglante, con que el pintor afortunado escarnecía la ropa raída, la carne enferma y el arte noble del pintor sin fortuna.

Ramón Yanguas se abalanzó a la puerta de cristales. El hálito de la tarde pluviosa entró en la sala.

—Te suplico que os vayáis, Javier. ¡Ahora mismo! Tengo que cerrar ya.

Tasara, satisfecha su vanidad, se avergonzaba ahora de aquellas palabras irreflexivas.

—Vamos, Ramón... No me guardes rencor. Mi intención es siempre buena. Fuiste tú quien empezó.

Yanguas seguía oprimiendo tembloroso la puerta de cristales. Se mordiscaba el bigote, se mesaba con la otra mano las barbas lacias, prematuramente canas.

—¡Vete, Javier! ¡Te lo suplico! ¡Vete!

En la calle, bajo la lluvia, el chofer del ostentoso automóvil de la duquesa había saltado a la acera y abría también la portezuela.

Nieves se decidió a cortar la situación, cada vez más violenta:

—¡Vaya! ¡Adiós! Buenas tardes.

Salió la primera. Detrás Javier Tasara. La última Heliana.

Yanguas cerró con tal violencia la puerta, que saltaron dos o tres cristales al suelo.

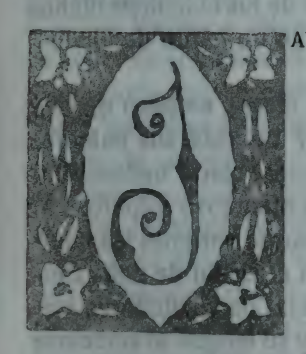
—¡Qué bárbaro!—exclamó Tasara.

—Le va a subir más la cuenta de los gastos—rió Nieves.

Pero ninguno de los dos volvió la cabeza.

Unicamente Heliana, al mirar hacia atrás, vió a la masa enorme de rojo y verde agitar los brazos en alto y a Ramón Yanguas tornar a los paseos de fiera enjaulada en medio de sus cuadros...

V



AVIER Tasara tenía en Madrid una querida, ya jubilada. Se llamaba Clotilde Pacheco, y vivía, de una modesta pensión que le enviaba mensualmente el pintor, en un hotelito sombrío de la calle Almansa.

Era la mujer de un comerciante rico, bien establecido en la calle Atocha; pero en los Cuatro Caminos pasaba por una viuda recatada, decente, a quien no visitaba nadie nunca, que salía poco y pasaba parte de la mañana en la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, las tardes en su exiguo jardinillo delantero de la casa y por las noches se acostaba temprano.

Al principio los vecinos de los tres hoteles inmediatos mostraron hacia ella una actitud desconfiada y altiva. En la calle misma, habitada por tenderos de baja estofa, comadres vocingleras, chiquillos revoltosos y obrerillos achulados, no faltaban comentarios mordaces, alguna que otra piedra y piropos groseros a su paso. Luego, poco a poco, se fueron acostumbrando a aquella vecina pálida y afable que vestía sencillamente trajes obscuros y velillo de menestrala, que hacía ella misma sus compras y ella misma, en una soledad limpia y tranquila, atendía su casa, y que jamás volvió la cabeza a una pedrada de granuja, ni puso mala cara a las murmuradoras que la miraban agresivas, ni se apartó con brusco repulgo ni zahareñas actitudes al soez homenaje de los chicoleos dichos demasiado cerca de su rostro en un hálito de alcohol y de tabaco.

Y al cabo de seis, de ocho meses, su paso igual y lento, su indumentaria pulcra y modesta, sus palabras mesuradas donde temblaba siempre cierta melancólica amargura, fueron acogidas con afectuoso respeto. Las familias de los hotelitos contiguos le abrieron las puertas y sus chicos jugueteaban en el jardín de doña Clotilde como en los suyos propios. Los vendedores ambulantes contenían su codicia y su lengua al acercarse ella para adquirir parcas cantidades de legumbres, de frutas, de flores algunas veces. Los obreros la saludaban con un gruñido afectuoso y el párroco de la iglesia la rogó que formara parte de la Junta de Señoras de la Doctrina.

Ella sonreía a todos y procuraba no salirse de los

límites de una cortesía afectuosa, de una gratitud correcta. En el fondo de su alma tenía siempre la inquietud de su situación falsa, de aquella inevitable sucesión de mentiras que había tenido que ir usando y sosteniendo al cabo de los años. Una imprudencia suya o ajena, uno de esos encuentros de las personas conocidas en otro tiempo, podían destruir bruscamente la existencia apaciguada, la dulce resignación con que iba esperando la muerte, romper la espuenda de aquel remanso donde sus días se bañaban placenteramente olvidados de todo.

De todo no. Su aventura con Javier Tasara ocurrió hacía mucho riempo. Duró escasamente seis meses y, sin embargo, bastó para colmar de luz el espíritu de Clotilde Pacheco mientras viviera. No sentía rencor, ni celos de su abandono. Jamás en las escasas veces que le veía aprovechaba el momento para un reproche o para una solicitud. Al contrario, le sonreía agradecida, le mostraba un reconocimiento tímido que ni siquiera se atrevía a ser demasiado expresivo por miedo a molestarle. Transcurría acaso un año entero sin verse. Más de cuatro hacía que él no sentía despertar una simple curiosidad carnal junto a ella, y Clotilde, pálida, vestida con sus mejores galas interiores en una vaga ansiedad de no sentirse del todo vieja, escuchaba al pintor hablar de otras mujeres, de otros nuevos conflictos amorosos, con aquel egoísmo de niño grande que siempre fué su rasgo más característico. Y si, al final, él la besaba la mano como a una dama, o la frente como a una madre, se daba por satisfecha y volvía lentamente hacia los Cuatro Cami-

nos en esa hora multitudinaria de anochecido, cuando la calle de Bravo Murillo, más allá de la Glorieta, presenta un aspecto de ciudad agitada por una revolución pacífica. Se escabullía entre los grupos de hombres sentados o paseando delante de las tabernas, sorteaba los obstáculos de tendaleras y tranvías, y con la cabeza baja, sin olvidar ningún saludo a derecha e izquierda, entraba en su hotelito, solitario, sombrío, un poco húmedo, y ya encerrada en la alcoba releía las cartas amarillentas de otro tiempo...

¡Qué resplandor ingente y breve la deslumbró en aquel tiempo!

Se conocieron en el café de Zaragoza. Javier Tasara tenía entonces veintitantos años. Vivía en un estudio de la calle de León y empezaba a destacar su nombre. Por la noche iba a una tertulia de escritores y artistas, algarera e impertinente, en las dos mesas próximas al rincón donde se sentaban Clotilde y su marido. El marido tenía obscuras e imprecisas aficiones al arte. Hijo de comerciante, nieto de comerciantes, quiso cuando mozo libertarse de la trayectoria familiar. Conoció algunos meses de bohemia arbitraria e inútil y acabó por rendirse. El abuelo había muerto, el padre estaba ya viejo y corría el peligro de ver desvanecerse su fortuna y el comercio, «fundado el año 1852», en las manos de unos sobrinos cautos y ya con el cerco puesto. Pero a los cuarenta años, recién casado con Clotilde, una mujer delgada, con los ojos muy negros y el habla cariciosa, que acababa de cumplir veinticinco, sentía rebrotar los remotos impulsos. Pero ya de un modo pasivo, meramente con-

templativo que le hacían pasar las horas de la velada en el café al arrullo de la música sentimental de antiguas zarzuelas o la pícara de las modernas, y escuchando con sonrisas benévolas las discusiones irreverentes y fogosas de los jóvenes artistas.

Una noche se creyó en el caso de intervenir. Alguien se burlaba del cuadro del *Hambre* que había en el Museo de Arte Moderno.

—¡Hombre! ¡Caballero! Permítame usted. Ese cuadro es una maravilla. Aquella berza, aquellos huesos están hablando. ¡Caramba!

Y como ya era conocido él y comentaba la belleza tímida de Clotilde entre los jóvenes, aceptaron la conversación y acabaron por aceptarle en noches sucesivas convites y alguno que otro duro deslizado por debajo de la mesa a los más astrosos e iconoclastas del grupo.

Clotilde Pacheco se fijó pronto en la solicitud presuntuosa de Javier Tasara. Precisamente el pintor era a quien más admiraba su marido. Le seducía su renombre creciente, las reproducciones de sus cuadros y las críticas elogiosas que con mucha frecuencia aparecían en los periódicos y revistas. Asentía gravemente a sus juicios ortodoxos, tan diferentes de aquellas otras rebeldías procaces de sus compañeros. Y cuando se quedaban solos en la alcoba nupcial, mientras ponía la camisa de dormir a calentar sobre la alambrera del brasero y se iba desnudando lentamente, quejándose del reuma, el marido decía a Clotilde:

—Cada vez me gusta más ese Tasara. Será un gran

pintor, una verdadera gloria nacional. Luego, tan amable, tan atento, tan bien vestido, tan generoso contigo trayéndote bombones y flores. Le tenemos que invitar un día a comer.

Clotilde decía palabras vagas:

—Sí... Claro... Tienes razón...

Y se desnudaba rápidamente y se metía en la cama, sintiendo como nunca el frío de las sábanas en el cuerpo ardoroso de rubor, de recuerdos y de presentimientos felices. El marido roncaba, y ella, despierta, con los ojos cerrados para concretar más su pensamiento, se iba enamorando cada vez más de Javier Tasara.

Los amigos del pintor no tardaron en darse cuenta de la seducción que el pintor ejercía sobre el matrimonio. Y la alentaron en una complicidad maliciosa que el comerciante no veía, que envalentonaba a Tasara y hacía temblar de angustiosa inquietud a Clotilde.

Ya cuando terminaba la música no salían solos Clotilde y su marido del café. Les acompañó Tasara al principio hasta su casa. Luego Tasara y otros dos o tres artistas que se encargaban de entretener y distanciar al marido, mientras el pintor y Clotilde iban delante muy juntos, oyéndole ella palabras que nunca la habían dicho y que sólo conocía de leídas en los folletines y de oídas desde el anfiteatro del teatro Español cuando representaban comedias clásicas, a las cuales era aficionado el comerciante.

Una noche fué ella quien, siempre tímida, azorada, mientras se desnudaba, empezó a hablar de Tasara. Y de pronto, al desabrocharse el corsé, insinuó:

—¿Y qué te parecería si me hiciera un retrato?

El marido se la quedó mirando al rostro encendido, a los ojos garzos donde todavía brincaba el encanto de las palabras ardientes, el cuerpo esbelto dentro de la camisa finísima que le transparentaba y donde el corsé había dejado unas arrugas demasiado señaladas. Parecía verla por primera vez. Y ella, que se atrevió a mirarle, tuvo un instante de disgusto, porque le adivinó el deseo de ejercitar sus derechos conyugales. Se pasó la mano por la frente:

—¡Tengo no sé qué! ¡Me duele la cabeza de un modo! ¡Si vieras!

Y corrió a esconderse entre las sábanas, sin quitarse las medias, para evitar que la contemplación de su cuerpo avivase las intenciones del marido.

—Pues mira, mujer, no has pensado ninguna tontería. Así como así, me gustaría tener un buen retrato tuyo. Esa ampliación que me hizo Dulce cuando nos casamos no me gusta del todo.

Ella, medio hundida la cabeza en las almohadas, le miraba con un solo ojo, chispeante y picaresco. El marido, en calzoncillos, unos hórridos calzoncillos de cintas atados sobre los calcetines de rayas horizontales verdes, rojas y amarillas, se rascaba la nariz.

—... Pero no hay que pensar en ello. Tasara cobraría mucho... Lo menos, lo menos cincuenta duros.

Clotilde se echó a reir:

—¡Qué atrocidad, chico! Lo menos dos mil pesetas.

—¡Dos mil...! ¡Azúcar! Pues ya ves...

—Pero... Tasara no nos cobraría nada. Dice que le interesa mucho mi tipo. Que yo le haría un favor sirviéndole de modelo...

Había levantado la cabeza un poco, acechando la impresión que producían estas palabras en su marido, temosa... Pero él sonrió:

—¡Eso es otra cosa, mujer! Y siempre es una cosa que vale después dinero. ¡Muy bien! ¡Bravi! Le regalaremos unos puros, una pitillera...

—No fuma—exclamó ella, riendo, con una alegría infantil que corrigió en seguida—. ¡Ay chico! ¡Cómo me duele la cabeza!

Dos días después empezó Javier Tasara el retrato. Le pintaba en la sala del piso que tenía el matrimonio, sobre la tienda. De cuando en cuando el marido abandonaba el mostrador y subía a ver «cómo iba aquello». Y siempre palmoteaba la espalda de Javier Tasara, con un aire protector de inteligente:

—¡Bravi! ¡Bravi! Adelante. ¿Le abro a usted el balcón?

Era su manía. Llenar de luz la sala. Le parecía que no era posible pintar con aquella claridad tenue que tamizaban los estores y envolvía en suave vaguedad al modelo. Después permanecía silencioso detrás del pintor, cotejando el rostro de su mujer, que miraba sonriendo a Tasara, y el rostro pintado, que parecía sonreirle a él.

Y se marchaba de puntillas, para no distraerles.

Cuando estaban solos, Tasara acosaba a Clotilde. Ella resistía tenazmente, sin ocultar su apasionada ternura, que la naciente primavera acicateaba. Al otro

lado de los cristales, entre los habituales rumores de la calle Atocha, se oían los pregones de las lilas y de las violetas como coplas sensuales.

Por las noches empezaba a hacer calor en el café. Tasara convencía a Yanguas, a Martorell—un escultor mallorquín zambo, macizo y velludo como un oso, que divertía y asustaba al comerciante con sus apóstrofes a los maestros ya consagrados—que les acompañaran en unos paseos románticos hacia la estación del Mediodía y sus aledaños, unidos en fresca obscuridad y en un silencio que rasgaban de largo en largo insuaves pitidos de locomotoras.

Al fin una tarde, ya casi terminado el retrato, Clotilde Pacheco habló claramente al pintor:

—Mira, Javier, es inútil que insistas. Yo te quiero lo bastante para no tolerar el ser de otro hombre al mismo tiempo que tuya. Además, soy lo suficiente noble para no mentir más tiempo. Así, que tú verás. Yo me voy contigo, mañana, esta noche, ahora mismo, pero para siempre. Yo no vuelvo más a esta casa ni me vuelvo a poner delante de ese hombre. Si lo quieres así, bueno. Si no, déjame. Porque ya no puedo más; me voy a volver loca.

Tasara intentó convencerla. Aquello era muy arriesgado. Podía costarles caro. Un proceso, la persecución del marido. El tampoco tenía dinero suficiente para contraer una responsabilidad semejante.

Clotilde rompió a llorar. Unas lágrimas célidas, sin sollozos, sin que se molestara en secarlas.

—Está bien, Javier, está bien. Tú no eres como yo. ¡Paciencia! Pero déjame; te lo suplico.

El acudió a besar las lágrimas. Embriagado con sus propias palabras, prometió lo que ella quiso. Tremaba de lujuria contenida, y acabó por llorar él también en uno de sus arrebatos sentimentales que le acometían cuando aún no había logrado a una mujer o se le iba de entre las manos, sin estar todavía harto de sus caricias.

—Entonces ¿cuándo, mi vida?—preguntó ella.

—El lunes.

Era viernes. El lunes, efectivamente, Clotilde Pacheco salió de la casa de la calle Atocha para no volver más. Y por aquella misma estación del Mediodía, cuyos trenes presentidos en la sombra les acuciaron la comezón viajera cuando las paseatas nocturnas, marcharon a Barcelona, luego a Francia, a Bélgica, a Holanda. Fueron unos meses felices que Clotilde no olvidaría nunca y que en Javier Tasara renovaron el espíritu y ampliaron su concepto de la pintura. En Volendan recibieron una carta de Martorell cínica, chabacana, llena de borrones y de faltas de ortografía:

«Don Cornudo se puso los primeros días que avía que avlarle con vurladeros. Yo pensé proponerle que me sirbiera de modelo para un Minotauro, pero temí una cornada. Después sea conbencido que la cosa no tiene importansia y dise que Clotilde a muerto para él...»

Javier Tasara reía al leer la carta, satisfecho en el fondo de que la aventura terminara así y pudiera volver a Madrid sin peligro de una cuestión personal o de complicaciones judiciales. Pero Clotilde le arre-

bató el pliego manchado por las zarpas de Martorell y lo rompió, nerviosa, en pedazos chiquitos:

—Esto es indigno. Es una porquería. Ese hombre no se merece esto...

Tasara se encogió de hombros:

—Tiene gracia. ¿Y lo otro sí? Vaya, chiquita, no seas tonta y a ir pensando en volver a Madrid. Se acerca el invierno y se me acaba el dinero.

Ella tardó en comprenderle. No quería darse cuenta de que tan pronto el pintor se hubiese cansado de ella. Era, además, incapaz de domeñar por otros recursos que los de su bondad y su ternura casta la viciosa versatilidad del artista.

Pero precisamente aquellas cualidades de mansedumbre, de resignación abnegada, y al mismo tiempo su entereza frente a la torpe insinuación de que volviera a reunirse con el marido, la impidieron ser uno de tantos nombres pretéritos en la memoria de Javier Tasara.

Lo mismo que unos meses antes en la salita de la calle de Atocha, entre los muebles de dudoso gusto, y oyendo los pregones vernales a través de los estores crema que tamizaban la luz, Clotilde Pacheco habló a Javier Tasara en el cuarto de un hotel de último orden, en la rue Petites Ecuries, de París, una noche de noviembre.

—Es inútil que finjas más. Yo sé que ya no tengo ningún encanto para ti. Pero al menos no me abandones, ni me quites el consuelo de verte de cuando en cuando, de seguir lejos de ti tus triunfos. Yo no puedo querer a nadie más, no puedo rehacer mi vida.

Ayúdame un poquito al principio; después iré saliendo adelante. No te molestaré jamás. Viviré con lo que tú me des, y siempre que sientas deseos de verme ten la seguridad de que me darás una gran alegría. Vamos, ¡pobre mío! No te pongas así. ¿No ves que yo estoy tranquila? ¡Ea! Dame un beso, un beso bueno de hermana, y a dormir. ¿Quieres?

Diez días después, Clotilde Pacheco se instalaba en el hotelito de la calle Almansa, con el jardín triste y exiguo delante de la casa. Un jardín que había de regar seis, ocho, ¡quién sabe cuántos años!

⊠

Una tarde de octubre se detuvo un coche delante de la verja del hotel. Bajaron Heliana y Javier Tasara con una maleta, con una sombrerera, con un pequeño baulito de mimbre. Clotilde salió asombrada al jardín. Hacía dos años que no veía al pintor y nunca él había ido al hotel.

El ruido de la llegada había despertado la curiosidad de los vecinos, y por sobre los bajos tapiales de los hoteles contiguos se asomaban varias cabezas. Chiquillos rodeaban el coche.

Hábil Javier Tasara, saludó a su antigua querida:

—¿Qué tal, doña Clotilde? ¡Ya está aquí su sobrina!

Y la guiñaba los ojos. Ella comprendió y se abrazó a Heliana.

—Vamos, vamos dentro. ¡Qué alegría tan grande!

La pobre mujer temblaba de asombro y de mil ideas que acudían simultáneas a su espíritu. Aqueña niña debía ser alguna hija que Tasara no creyó oportuno

confesarle. Aquella visita iba a destruir la reputación de tantos años en el barrio.

Y, sin embargo, sonreía al antiguo amante con su eterna sonrisa de sacrificio.

—Pase usted, pase usted. ¡Qué niña más guapa y más elegante!

Se avergonzaba de su bata vieja, de sus zapatillas rotas, que procuraba ocultar.

Tasara explicó pronto de lo que se trataba. Dijo quién era Heliana y por qué la llevaba allí. Quería que viviese con Clotilde. La casita de la abandonada era más seguro refugio para Heliana, que no el estudio de él. Podía decir en la vecindad que era una recién huérfana, hija de un hermano suyo.

Tenía prisa por ultimar el asunto.

—Toma.

Clotilde protestó débilmente.

—Deja. Tengo dinero. Estamos a primeros de mes y tu criado es siempre puntual.

Él, sin querer, la ofendió:

—No. Si no es por ti. Es por Heliana; no quiero que le falte nada...

Heliana permanecía de pie, con los brazos caídos, con la cabeza baja. Hubo un momento de embarazosa molestia entre los tres, que rompió Javier Tasara, queriendo bromear al despedirse:

—Bueno. Ustedes tendrán mucho que hablar. Heliana, dame un beso.

Ella se dejó besar, sin abrazarle, sin decirle nada. Y ya, hasta que Javier Tasara terminó de hacer algunas recomendaciones en voz baja a Clotilde, no dijo

nada. Seguía de pie, con los brazos caídos, la cabeza inclinada, conteniendo el llanto:

—¿Vendrás pronto?—le dijo con la voz sollozante, más fuerte en ella el dolor que el orgullo.

—Pronto, chiquita. O irás tú a verme. Adiós, adiós.

Salió de prisa, subió al coche, dió las señas del estudio, y ya en la calle de Bravo Murillo lanzó un suspiro de alivio.

Estaba contento de haber resuelto el problema de la chiquilla. Ahora, a reanudar la vida de siempre...

SEGUNDA PARTE

I



NTES de que Javier Tasara llamase a la puerta, abrió Heliana.

Estaba sentada junto a la ventana del comedor, y, a través de los cristales, le vió entrar en el jardín, yerto, triste, que las sombras del crepúsculo decembrino empezaban a invadir.

—¡Oh, padrino! ¡Qué sorpresa! ¡Cuánto tiempo! ¿A ver? ¡Si casi no te conozco!

—¡Ni yo a ti, chiquita! ¡Estás más bonita que nunca!

Se miraron, sonriendo. Y mientras la sonrisa de él se sostenía en los labios, la de ella iba cambiándose en una mueca, que mal pretendía disimular naciente inquietud.

Heliana, alta, espigada, conservaba siempre su peinado infantil, la cabellera indómita, recortada un poco más abajo de las orejas; pero el moreno rostro tenía una expresión ya de mujer como las formas de su cuerpo, a pesar de los quince años recién cumplidos. Había crecido hasta la elevada estatura de su padre, que realzaba la delgadez de Paco Losada. Y en el rostro, los ojos profundos de Leonora. De la modelo italiana, también aquellas manos largas, estrechas y cálidas, manos que tan pronto evocaban el ademán puro de las madonas, como hacían pensar en la pervertida obscenidad de las damas del Renacimiento. Vestía una falda de color violeta, y se abrigaba el cuerpo con un abrigo de lana, encendido como una puesta de sol en cadmios y rojos, que no lograba vencer el tono patricio de su cabellera, un poco más obscuro, en reflejos de caoba herida por luz artificial. Así, de pie, en la indecisa penumbra vesperal, parecía una llamarada.

En cambio todo era mortecino, sin bríos y sin brillos en Javier Tasara. El abrigo ceniciento; la cara terrosa; los ojos apagados; la actitud floja, desmayada; el encorvamiento de su espalda.

Los dos sintieron al mismo tiempo un calofrío.

—¡Qué locura, así, en la puerta! Pasa... pasa.

Entraron al suave abrigaño del comedor. Tasara arrastraba un poco los pies. Fuera quedaba el frío seco, punzante del invierno; la foscura, cada vez más densa, de la noche.

Heliana fué a encender la luz eléctrica y Tasara la contuvo:

—No. Aguarda. ¿Para qué? Se ve todavía...

Ella levantó las faldas verdes de la camilla para avivar la lumbre del brasero. Junto a las brasas, su cabellera adquiría un fulgor que atrajo la mirada experta del artista.

—¡Ea! Ahora no tendrás frío, padrino.

Se sentó junto a Tasara. El había cogido un libro que estaba sobre la sillita baja, más próxima a la ventana. Buscó el título. Una novela folletinesca, absurda: *La venganza de una loca,* de la Invernizio.

—¡Trae! ¡No lo veas! ¡Ya sé que es una estupidez! Pero, chico, ¡me aburro tanto! Leo todo lo que cae en mis manos; lo que me dan las vecinas. Y por aquí, figúrate, no hay que esperar más que esas cosas... Pero cuéntame, malo, qué es de tu vida. ¡Más de siete meses sin verte!, sin que nos avisaras. Desde abril, ¿te acuerdas? ¡Nos llevaste en automóvil al *Chalet* como si fuéramos unas amiguitas tuyas de ocasión! ¡Qué tarde tan deliciosa! Y luego, nada, una de esas temporadas largas, largas, sin verte, sin saber qué te ocurría, como tantas otras en estos dos años. ¡Mira, hubo días en que pensé escaparme sola e irme a tu casa, y presentarme allí de pronto! No lo hice porque...

—¿Por qué?

—Porque... Bueno. Tú me entiendes... A lo mejor llegaba en un momento de esos que... ¡vamos...! como eres así de golfo, de golfón, padrino reteguapo de mi alma.

Se le abalanzó en un impulso infantil. Le llenó de besos la cara. Le despeinó como tantas otras veces. Y se retiró entristecida. Bajo sus labios, las mejillas

rubicundas y blandas antes, ahora dejaban acusar la dureza de los huesos. Sus dedos notaron la calvicie que, rápida, iba aclarando los cabellos negros del pintor.

—¡Vamos, Helia! ¡Sé formal!

Fingió enfadarse; pero sonreía complacido, reconfortado por aquel cariño impetuoso de Heliana.

—¿No está Clotilde?

—No. Está en los Angeles. Y luego iba a comprar a cena.

—¿Tú no vas con ella?

—¡Ay, no, padrino de mi alma! Me aburro, me aburro horriblemente en la iglesia. Nunca había podido decírtelo porque siempre estaba ella delante. Es muy buena, una santa, me quiere como a una hija, me trata como a una reina, te adora a ti como a un emperador, yo la quiero como a una pobrecita mamá que fuese muy desgraciada y muy digna de cariño, pero es demasiado beata. ¡Palabra de honor, chico! Ya viste que hice la primera comunión; pues luego todas las tardes a la doctrina, y los ejercicios y las novenas y el confesar todos los sábados y comulgar todos los domingos y el oir misa todos los días. ¡¡Uf!! ¡Qué empacho de iglesia! ¡Hasta que me planté! La dije que me iba a escapar con unos húngaros. ¡La pobre! ¡Si vieras! ¡Se echó a llorar! Tuve que consolarla una semana seguida... No dormía, me acechaba durante el sueño... Pero ahora, ya ves: me deja en paz. Reza por las dos, y de este modo tarda más tiempo en salir de la iglesia... ¿Enciendo, padrino?

—No. Espera.

Desde hacía poco tiempo Javier Tasara amaba aquella hora melancólica, sugeridora, de prima noche. En la amplitud de su estudio, tendido en el diván enorme, sobre los almohadones que tantos cuerpos femeninos habían sentido estremecerse de amor, retardaba el instante de encender la luz, de lanzarse a la calle. La panza roja de la estufa era el corazón ardiente del estudio, y a su calor Tasara sentía caldearse un poco el suyo, enfriado de cansancio, de hastío...

—¡Ay! Yo me pongo más nerviosa así a obscuras. Yo estaría siempre con todas las luces encendidas, con unos trajes muy claros y cantando a voz en grito.

Bruscamente entró por los cristales un resplandor lívido. Habían encendido un farol de la calle Almansa que coincidía delante de la verja del hotel. Su luz resbalaba tristemente sobre los arbustos ateridos, el árbol esquelético, los macizos que la escarcha comenzaba a espolvorear de blancos puntos brillantes y llegaba hasta el sillón donde estaba Javier Tasara.

Con aquella claror pálida, el pintor parecía más flaco, más triste, en su actitud de convaleciente.

—¡Ay! ¡Padrino! Quítate de ahí. Pareces un enfermo.

El se encogió de hombros:

—Y lo soy, Helia... He estado muy malo, muy malo...

—¿Tú?

Asustada le cogió las manos, acercó su rostro fresco, juvenil, al marchito de Tasara.

—¿No me lo habías notado?

Ella mintió piadosamente:

—No... Un poco más delgado, unas poquitas más de ojeras; pero lo atribuí a que te habías corrido una

de esas juergas sordas que tú acostumbras... Y casi iba a felicitarte... Estás mejor así: más interesante. ¿Pero qué has tenido?

—No sé, chiquita. Que me voy haciendo viejo... Primero unas calenturas, luego complicaciones cerebrales... y ahora una neurastenia que me ahoga, que no me deja trabajar... ni pensar... ni ¿ves? Ya tengo los ojos llenos de lágrimas...

Heliana le miraba angustiada, sin procurar ya disimular la impresión que producía en ella aquel decaimiento del artista, débil y mimoso como un niño enfermizo.

—¿Y por qué no avisaste? Hubiera corrido a tu lado...

—¡Qué sé yo!... Al principio no me daba cuenta. Dicen que estuve cerca de ocho días delirando... Luego me entró la murria por querer estar solo, por no ver a nadie, ni a los discípulos.

—¿A nadie? ¿A nadie?

—A nadie. Mujeres, menos. Las he cogido miedo.

Sintieron la llave de la puerta y la voz de Clotilde:

—Heliana, Heliana.

—¿Qué?... Está el padrino aquí.

—¡Javier! ¡Bendito sea Dios!

Encendió la luz. Instintivamente Javier Tasara y Heliana cerraron los ojos, deslumbrados. Clotilde les pudo mirar así, en una fugaz y muda interrogación de desconfianza y presentimiento.

—¿Sabías tú que iba a venir?—le preguntó a Heliana.

—¿Yo? ¿Cómo quería usted que lo supiera? Se ha presentado de pronto.

El la saludó distraído, sin fijarse en el humilde indumento de ella, en sus manos, enrojecidas y agrietadas por tareas domésticas, que iban dejando en la mesa unos paquetes y que luego revolaban en torno de su cara pálida, quitando los alfileres negros del manto. Pero ella sí se fijó en él. Le descubría su agotamiento físico, el aspecto lamentable de languidez y fatiga que mostraban sus carnes terrosas, sus pupilas mates, su boca derrumbada en un rictus de amargura. Menos prudente o más apasionada que Heliana, no se pudo contener:

—¿Qué te pasa, Javier? ¿Has estado malo?

—Sí. Eso me decía cuando usted entró. Y ya ve: sin avisarnos.

—¡Oh! ¡Pobre mío!

El dolor de él, aquella inesperada debilidad en que veía al buen mozo jaranero de otro tiempo, al ex amante cortés, pero inconmovible de los últimos años, parecían restituirla sus derechos remotos y breves. Se acercó a él, le pasó las manos ásperas por la frente y por la cara, le pulsó y le besó la mano, sin atreverse a hacerlo en el rostro.

Javier Tasara no pudo disimular un gesto de repulsa al principio; pero en seguida, confortado su egoísmo por la cálida solicitud de Clotilde, se arrimó a ella, descansando la cabeza en el pobre corazón que tanto llenaba su recuerdo.

—¡Pobre mío! ¿Por qué no me llamaste? Tú sabes que mi vida no tiene otra razón de existir sino la tuya. No quiero pensar que... ¡Anda! ¡Dime! ¿Qué has tenido, Javier? ¡Te estás matando! Se lo digo muchas veces a Heliana; ¿verdad, hija?

Le faltó la voz, estrangulada por los sollozos. Heliana, de pie ante el grupo íntimo de Clotilde y Tasara, pensaba que nunca los había visto así. Y fué a cerrar, prudente, las contraventanas.

—Cierto. Desde lejos temblábamos por ti.

—Pedíamos por ti a Dios Nuestro Señor. Pero, anda, Javier mío, dime... Cuéntame...

El volvió a repetir lo que había dicho a Heliana, pero con una voz más tenue, más quebrada, como si estuviera en el límite de sus fuerzas físicas. Aquella doble inquietud de las dos mujeres, aquel blando reposo de la habitación tan pequeña y tan acogedora, exacerbaban su sentimentalismo. Sentía la necesidad de ser consolado, compadecido y acariciado con las palabras remotas, oídas en su cama de niño a su madre, y en las noches templadas de Málaga.

—Trabajas demasiado, Javier.

—¡Si fuese sólo el trabajo!

—Sí. Y lo *otro*. Te crees siempre un muchacho, Javier. Los años no pasan en balde.

Seguía acariciando su cabeza, medio sentada en el brazo del sillón, creyéndose a solas con él, como en los días lejanos de Bélgica, de Holanda...

Heliana protestó:

—¡Vaya, Clotilde, no tanto! El padrino no es un viejo ni mucho menos.

—Lo seré muy pronto, chiquita. Las mujeres me van dejando.

Clotilde sonrió tristemente:

—¿Tú crees?

—¿Que si lo creo? Verás... Poco antes de caer

enfermo, la *Rondeña*... ¿Tú la conoces, verdad?

—¿Yo? ¿Cómo voy a conocerla?

—¿No? Creí que te había hablado de ella... O que leíste su nombre en los periódicos; es una cupletista famosa... Yo la hice un retrato... ¿no?

—No, Javier, no.

Clotilde presentía el suplicio de una confidencia nueva, uno de tantos descalabros sentimentales que el pintor acostumbraba a traerla como dones crueles, de tarde en tarde. Poco a poco, para que él no lo notase, fué retirando la mano de la cabeza, el cuerpo del suyo y acabó por sentarse en una sillita baja de costura y hundió la frente entre sus manos para que no la vieran sufrir. Tasara no advirtió nada, obsesionado con el deseo de contar su aventura.

—La *Rondeña* es una mala hembra. Yo creí que había encontrado la mujer que busqué tantas veces inútilmente; porque yo no soy un vicioso sin corazón, tú lo sabes, Clotilde; yo, en el fondo, soy un pobre diablo que sólo desea ser feliz. La *Rondeña* me gustaba como mujer y como inteligencia. Se compenetraba en todo conmigo. No decía a nada que no. ¡Hemos hecho cada burrada por esos mundos de Dios! Mira: una vez...

Clotilde alzó hasta él la mirada y la voz suplicantes:

—Javier. Que te está oyendo Heliana.

Heliana se echó a reir:

—¡Anda! ¡No hagas caso! Si yo no me asusto.

Pero Javier Tasara movió tristemente la cabeza:

—Tienes razón. Claro que ahora, viviendo conmi-

go, habrá de ver y oir cada cosa... Aunque, no, no. Todo eso pasó para no volver.

Clotilde le miraba asombrada.

—¿Vivir contigo? ¿Heliana?

El pintor, levemente azorado , tímido a pesar suyo continuó:

—Sí. Yo quisiera que Helia viniera a vivir conmigo. Yo he cambiado radicalmente. Tengo ya cuarenta y un años. Si me hubiera casado, ahora tal vez mis hijos serían como Helia. Siento la necesidad de un hogar, el afecto de una mujer leal junto a mí...

Clotilde había vuelto a hundir la cabeza entre las manos. Lentamente, en voz tan baja que apenas la oyeron, murmuró:

—Llevarte a Heliana...

—... Además, Helia no puede pasar su juventud sin aprender algo, sin ponerse en condiciones de ganarse la vida el día de mañana. Yo creo que tiene aptitud para la pintura, ¿verdad?

Heliana se encogió de hombros:

—No lo sé... Pero eso es lo de menos...

Incapaz de mentir, le alegraba el propósito de Javier Tasara, pero no quería dar asentimiento a aquella idea.

—... Sí, indudablemente. Tienes el temperamento de tu padre. Yo te observaba de reojo cuando me veías pintar; te he oído juicios muy justos acerca del paisaje y de la luz. ¡Verás! ¡Verás! Haré de ti una gran artista. Cuando empezamos a notar que la vida se nos escapa de entre las manos, es cuando más nos inquieta el ansia de inmortalidad. Yo tengo el presentimien-

to de que tú reunirás los dos talentos de tu padre y el mío: ¡calcula, chiquilla!

Clotilde, clavándose las uñas en las sienes, los codos en las rodillas, repetía:

—Llevarte a Heliana...

Esta vez la oyeron. Heliana se la acercó y empezó a besarla en la frente:

—Vamos, Clotilde... No se ponga usted así.

La mujer destapó su rostro húmedo. La cogía a Heliana por la cintura, atrayéndola, sujetándola. Javier Tasara, tornando a la voz feble, a los ademanes lánguidos de convaleciente, continuó:

—No hay que ser egoísta, mujer. Piensa un poquito en mi situación. Estoy enfermo, atravieso una crisis terrible que puede anular para siempre mi obra y quizás llevarme a la tumba... Tú no sabes lo que es estar solo días y días y llorar—¡sí, llorar! Porque ahora lloro por nada—llorar en silencio, sin que haya nadie a tu lado.

Clotilde se puso en pie bruscamente:

—¡Que no sé lo que es eso! ¡Tú eres quien no lo sabe todavía!

El pintor cerró los ojos, fingió un vahido para ocultar su turbación.

—¿Qué te pasa, padrino?

—No, nada; nada, chiquita. Fenómenos nerviosos. Me da esto con mucha frecuencia. Se me nubla la vista y... ¿ves? Un cascajo ya, chiquita. Bueno, mira, Clotilde, yo había pensado que...

Ella le interrumpió:

—Déjame decirte una cosa. Comprendo la razón de

cuanto me has dicho. Sé te hace falta cuidados que ahora no tienes y dar a tu vida un poco de reposo, de tranquilidad. Pero no es porque estés gravemente enfermo, sino para evitar que lo estés el día de mañana, y cuando quieras remediarlo ya no tenga remedio. A ti lo que te pasa es que *esa* individua...

—La *Rondeña*.

—Bueno, ésa u otra. Lo mismo da...

—No, no; ha sido ésa.

—Bien, mi pobre Javier, bien. La *Rondeña* te ha dejado cuando tú todavía no te habías cansado de ella y cuando ya tu cuerpo y tu arte se habían resentido de ella. Te ha costado mucho dinero...

—¿Cómo lo sabes?

—¡Ay, mi pobre Javier, mi pobre niño grande!... Pregúntaselo a Manolo, tu criado. Hace dos meses que no viene por aquí. Estuvo una tarde a decirme que tal vez sería conveniente sacrificarnos un poco... Yo le dije que no necesitábamos nada: ¿comprendes?

Heliana protestó:

—¡Clotilde! Habíamos convenido que no le diría usted nada.

Javier Tasara se levantó. Súbitamente se le había enrojecido el rostro.

—¿Es posible? Pero entonces... ¿cómo?...

—¡Bah! Ya pasó. No te ocupes de ello... Empeñando, pidiendo a una vecina... Tengo crédito.

Él sacaba la cartera, revolvía en ella.

—No. Eso no puede ser. Ahora mismo voy a darte...

—Bueno. Calla. Guarda esa cartera. Después hablaremos.

El pintor guardó la cartera, se dejó caer nuevamente en el sillón. Otra vez pálido, otra vez suspirante y gemebundo:

—¡Pobrecillas! ¡Pobrecillas!... ¡Qué buenas las dos!

—Ni buenas ni malas. Como somos. Bueno, oye, ¿por qué no nos llevas a las dos a vivir contigo?

—¿Tú? ¡No es posible!

—No me entiendes, Javier. Sabes que hace muchos años he renunciado a todo. Yo iría a tu casa en un puesto secundario, de ama de llaves, de acompañante de Heliana, de lo que quisieras llevarme y utilizarme; pero déjame cuidarte, déjame velar por Heliana. Tu casa, tu estudio, no es el sitio más apropiado para educar muchachas...

—Para hacer de ella una beata, claro que no. Para hacer una mujer como deben ser las mujeres modernas, ¿por qué no?

—¿Una beata? No sé qué quieres decir.

Miró fijamente a Heliana. Heliana bajó los párpados.

—¡Ah! Vamos, sí. ¿Te ha contado que yo...? Bueno. No importa. Prescindiríamos de la religión si ello te molesta. Pero es que la gente que te rodea...

Heliana, para calmar su aturdimiento, la interrumpió:

—¿Y qué? ¿Es mejor la que nos rodea aquí? Usted ya sabe, Clotilde, que he tenido que prescindir de Carmelita y de Mercedes, que no he querido tener amigas. Yo sabré tanto como ellas, pero no soy como ellas... Una verdadera porquería, padrino...

Clotilde se sentía desfallecer...

—Sí. Por todas partes lo mismo, por todas partes

la gente sucia y miserable y con deseos de hacer desdichados a los demás. Por eso, yo que no soy del todo mala, Javier, quiero estar a vuestro lado...

El pintor, reflejando la misma amargura, idéntica desesperación que su antigua amante, se negaba:

—No es posible, Clotilde, reconócelo. Tú no eres Heliana... Heliana puede ser hija mía; a nadie le sorprenderá verla instalada en mi casa. Su misma juventud y la entereza de su carácter la defenderán. Mi cariño de padre la hará respetar, y el respeto que ella me inspira, evitará el peligro de que otras mujeres como la *Rondeña* y otras por el estilo...

—La duquesa...—interrumpió burlona Heliana.

—¡Bah! La duquesa no se ocupa de mí hace mucho tiempo. Ya ves, me prometió influir para lo de la Academia, y nada. Ahora protege a un tenor. ¡Otro motivo de amargura, no la del tenor, sino la de la Academia!... Pero también a eso he renunciado... Ahora sólo quiero vivir para ti, para que seas una gran artista...

—¿Entonces, Javier? Mira, aunque no renunciaras a nada, aunque todavía las mujeres siguieran acudiendo a tu estudio y llevándote el dinero y el tiempo, mi presencia no había de ser un obstáculo. Bien lo sabes.

—Pero yo nunca te humillaría de ese modo.

Ella sonrió irónica:

—¡Muchas gracias! Bueno. ¿Accedes, verdad?

—No. Heliana sola, y no insistas, te lo ruego.

Callaron los tres largo rato. Clotilde había vuelto a sentarse, y, la cara entre las manos, lloraba silenciosa.

Fuera, en la calle, pasó el estrépito de unos tambores y de unas zambombas.

—¡Y en estos días!—murmuró Clotilde.

—Razón de más. Será la primera Navidad que no pase de un modo idiota. Como si hubiese vuelto a las noches de mi infancia, con mis padres ya muertos. Y mira, tú vendrás a cenar con nosotros, ¿verdad? A cenar solamente. Luego Heliana y yo te traeremos a casa en un coche. ¿Te parece bien?

No pudo ella contestar. La mano que él había tendido para separar las suyas del rostro, la cubrió de besos y de lágrimas:

—¡Ay, Javier, Javier! ¡Otra vez sola! ¡Otra vez sola!

II



LA casa de Javier Tasara estaba situada al final de la calle Ferraz. Era un antiguo hotelito transformado por él para instalar los estudios y la vivienda.

Los estudios eran tres. Dos para él, en la planta baja y en el piso segundo, y otro para los discípulos con entrada directa e independiente por el paseo de Rosales.

Entre su estudio grande y el de los discípulos había el jardín. Un jardín amplio, frondoso, con árboles viejos, donde los pájaros anidaban y rebullían algareros al amanecer y al comienzo de los vésperos, con ma-

cizos de flores, con paseíllos recónditos, con un parral sobre soportes de hierro pintados de azul ultramar, con límpidos regatos que extendían por todas partes su alegre canturia, con asientos claros de cerámica sevillana y de cuando en cuando el bronce o el mármol de alguna fiel reproducción clásica alternando con esculturas originales de maestros contemporáneos como Isidro Martorell.

El estudio de Tasara se dividía en taller de trabajo y en salón para recibir a sus amigos y a las visitas. En el taller de paredes desnudas, pintadas de un blanco marfilino, los cuadros estaban vueltos hacia ellas, o en el suelo, con ese amontonamiento de los días preliminares de una exposición, o colocados en los varios caballetes; pero estos últimos tapados con telas. Incluso la misma obra donde trabajara actualmente el pintor, quedaba también, salvo en la horas de sesión, vuelta hacia la pared en su caballete. En el centro del taller la tarima de los modelos. En un rincón un diván turco muy bajo, lleno de almohadones. Algunos sillones fraileros, la estufa, próxima a la tarima, y una mesa con las cajas y los tubos de color. En el fondo, frente al ventanal, que tenía todo el largo de uno de los muros, y sobre el cual se corrían diversos juegos de cortinas, había una puertecita pequeña para entrar al tocador donde se desnudaban las modelos. Y también esta habitación pequeña, recubierta de cretonas claras y espejos, con su *chaise-longue* y su *bidet*, tenía otra puertecita de escape, de verdadero escape, a la antesala, de donde nunca faltaba Manolo, el criado y confidente de Tasara.

El salón estaba, en cambio, amueblado de un modo suntuoso, con sus cuadros antiguos y auténticos sobre los muros, tapizados de un brocatel violeta, con sus reposteros y cornucopias; las estatuíllas y bustos, sobre barrocas columnas de madera, arrancadas a alguna iglesia pueblerina; sus sillones, tallados y guarnecidos de terciopelo y damasco; arcones góticos y del Renacimiento, vargueños, sillones de caderas con embutidos mudéjares; una vitrina de ébano con adornos de concha y bronce, en cuyos estantes, recubiertos de un damasco antiguo de un rojo desvaído, fulguraban las medallas y condecoraciones del artista entre camafeos, entalles y abanicos antiguos y miniaturas; un brasero del siglo XVI sobre su basamento de hierro, y dentro, en un cuenco de cristal del mismo diámetro, flotando en el agua, rosas de porcelana; imágenes de talla policromada, cerámicas, divanes bajos y de enorme amplitud, mesitas colmadas de libros y de revistas, un piano...

El otro estudio de Tasara, próximo a su alcoba y al cuarto de baño, con una escalera interior que comenzaba también en la antesala, y que sólo conducía a este estudio discreto, era más íntimo, más recogido, y en él solía trabajar el artista algunas mañanas en los retratos y en las obras que deseaba hurtar a las miradas y los comentarios ajenos. Era un saloncito frívolo, con muebles claros y modernos, con una ventana que daba sobre el jardín y desde la cual se dominaban el vasto panorama de la Moncloa y El Pardo.

En el estudio grande se reunían los viernes, por la

tarde, grupos heteróclitos y divertidos. Artistas, escritores, mujeres del teatro y de la aristocracia puestas en entredicho; políticos, chamarileros de elevada categoría. Algunos eran habituales y constantes; otros, accidentales y de ocasión, figuras decorativas que asistían dos o tres veces y no volvían más. Alternaban con los ex ministros de Instrucción pública y con los académicos las juventudes pobres e iconoclastas de los críticos incipientes y de los artistas enemigos de todo el que hubiese cumplido los treinta años. De cuando en cuando, un músico se acercaba al piano para darse el placer—que no lograba del todo—de ser escuchado o para acompañar los gritos de una cupletista o las danzas de una bailarina, y en torno de ellos se formaba un círculo de rostros burlones, curiosos y maldicientes.

No faltaba nunca a casa de Tasara don Jesús Villabrille, senador, millonario, coleccionista de cuadros antiguos, que en ciertas Exposiciones procuraba garantizar y tarifar sus adquisiciones, casi nunca de indudable autenticidad. Era un viejo alto, recio, algo ventrudo, con el bigote fanfarrón y la barbita picaresca teñidos, pero dejando a la cabellera fuerte, espesa, en libertad de encanecerse. Ejercía de vez en vez la crítica de arte, publicando en revistas doctas, que nadie leía, artículos encaminados siempre a avalorar ejemplares de su colección y a zaherir las tendencias modernas, temeroso de que el gusto público se apartase de la pintura de los siglos pretéritos. Hablaba con voz engolada, haciendo sonar la calderilla de los bolsillos del pantalón, adelantando el vientre y el labio

inferior. Viudo y con dos hijas, cambiaba frecuentemente de querida, porque no toleraba infidelidades con tanta facilidad que falsificaciones pictóricas, y elegía siempre a sus amigas entre las cocotas recién lanzadas, las mujercitas de varietés apenas surgidas, y entre unas y otras, las institutrices de sus hijas, que ya procuraba rechazar cuando eran feas o de aspecto respetable. También era conocida su rijosidad entre las modelos, esas muchachas románticas, pervertidas y contaminadas de enfermedades secretas, que los modernos restoranes, con mesas de juego, quitan o dan, en sucesivas mareas, a los estudios.

Sentía por Tasara una admiración efusiva y ruidosa, que gustaba de exteriorizar en todo momento y que se prolongaba en sus queridas, hasta el punto de que todas ellas conocían aquel estudio íntimo del piso segundo, entre la alcoba y el cuarto de baño. Tasara le cobraba, además, los retratos al senador, y don Jesús iba formando una colección iconográfica que no se atrevía a colgar en su casa junto a los retratos de damas y caballeros y los cuadros de asunto religioso con los cuales chalaneaba. Aquella serie de cuadros iba colgándose en el estudio de don Jesús—*picadero*, dicho sea a la manera española—, donde acudían las muchachitas dispuestas a desnudarse por el doble de una sesión. Sabían que don Jesús no negaba nunca dos duros ni era tampoco muy exigente.

Don Jesús tenía sus preferencias y sus odios dentro de la reunión de Tasara. Sus preferencias eran para don Martín Escoriaza, el viejo maestro intransigente, gruñón, enemigo acérrimo de toda modernidad, con

sus gafas azules, sus tacos y blasfemias de un verde subido y sus apóstrofes rojos, casi cárdenos como el propio rostro, fácil a la congestiva cólera; para Isidro Martorell, el escultor que conservaba a través de los años y de la gloria, llegada pronto, aquel temperamento impulsivo, grosero, aquella envidiosa hostilidad a los jóvenes y a las tendencias nuevas, aquella ineducación fanfarrona de su mocedad, y que ahora tenía más que nunca el aspecto de un silvano barbudo, velludo y lujurioso. Equilibraba el éxito pecuniario con las preferencias íntimas, creando imágenes para los templos, mausoleos para los cementerios y paganos desnudos para las exposiciones. Sus modelos eran los mismos para todo: mujercitas asexuales, altas, flacas, que representaban bien la figura ideal de una virgen y la ambigua de una aulétrida griega. También estaba dentro del afecto de don Jesús Fernando Coeses, un pintor atildado, acromado, amadamado, que frecuentaba los salones aristocráticos y las fiestas mundanas y con una serie de retratos dulzones, aduladores, vistos a través de los de Boldini y de la Gándara, iba creando una fortuna y preparándose un entroncamiento nobiliario. La duquesa del Piélago, con la cual entablaba diálogos cínicos, y que había titulado la colección de retratos de sus queridas con el título de *El Decamerón de la calle de Torrijos*, donde tenía su estudio el senador.

Toleraba a medias don Jesús a Gregorio Valderrama, un pintor aragonés, académico, abrumado de medallas y de cargos oficiales, que no negaba sus años, ni su rudeza simpática y contagiosa. Había empezado

pintando los cuadros históricos inevitables en la época de su juventud; luego no le deslumbró el aire libre y la solar invasión del sorollismo; después las tendencias modernas le encontraron siempre en la vanguardia, dispuesto, no a falsear su temperamento, sino a evolucionar, a renovarse en una eterna frescura juvenil, en una profunda sed de belleza no saciada jamás. Era el espíritu ecléctico de la reunión; al que se acercaban los jóvenes, seguros de ser comprendidos y alentados, la garantía de juicio en los tribunales de oposiciones y en los jurados de exposiciones, donde rara vez faltaba su nombre.

Finalmente, don Jesús Villabrille no ocultaba su desprecio y alardeaba de odio frente a Ramón Yanguas, que había vuelto a frecuentar el estudio de Tasara—agradecido a unos encargos que por indicación de éste le hicieron unos argentinos recién instalados en Madrid y entusiastas de la pintura moderna—a Ramón Yanguas, más acosado que nunca por la incomprensión ajena, más sombría su mirada, más flaco su rostro de Cristo románico, más pobre su indumento y más infernada su vida por Ivonne, recluída en el estudio del pasaje de la Alhambra, un camaranchón destartalado, con el techo de cristales, donde dormían, disputaban, guisaban y pintaba él sobre arpilleras que había de prepararse por sí mismo y sujetar con chinches a la pared porque ni bastidores podía comprar. Aquellas tardes en el estudio de Tasara significaban para el pobre Yanguas una escapada hacia el mundo mejor donde pudo vivir también él abdicando de su arte. Buscaba el rincón más apartado, oía buena mú-

sica, veía mujeres bonitas, bien vestidas, tan propicias a hacer la limosna de su cuerpo a los artistas pobres como a venderse caro a los prohombres políticos, los enriquecidos y los nobles miembros de la Sociedad Amigos del Arte; calentaba su estómago con tazas de te, pastelillos y copas de licor que podía repetir y mezclar cuantas quisiera, lejos de la mirada furiosa y los insultos acedos de su mujer; sentía en torno suyo un grupo de muchachos rebeldes—exaltados, que le oían como a su maestro y se contagiaban de su mismo fervor—y de artistas extranjeros que la guerra iba trayendo a España cada vez en mayor número y para quienes el estudio de Tasara era un refugio neutral...

Y en el mismo odio que tenía para Yanguas y su grupo, envolvía don Jesús a Juan Bautista Nebot, uno de los discípulos de Javier Tasara, el que más pronto había empezado a destacarse y que, respetuoso para la tendencia castizamente española de su maestro, sin regatearle su talento de técnico, no se resignaba a imitarle, sino que independizaba su inspiración y su manera en una orientación más vasta, más dotada de cualidades cromáticas. Nebot era valenciano. Tenía una figura armónica, no exenta de cierta afectación apolínea. El pelo muy negro, reluciente, la carnación muy blanca, los miembros hercúleos y una voz virilmente abaritonada que acariciaba el oído, y que a la hora de trabajo en el estudio de los discípulos llenaba el aire con romanzas de ópera.

La duquesa del Piélago quiso protegerle apenas le conoció, procurando descubrir en él aptitudes distintas, como tenía por costumbre. A Nebot, que había

nacido para pintor y que tenía el instintivo buen gusto y la voz de un gran cantante, imaginó que podía ser un envidiable artista cinematográfico.

—Verá usted, Juan Bautista. Aprenderá a montar a caballo, a dirigir un automóvil, a guardar el equilibrio en lo alto de un tejado y a ser galante, soñador con las damas; a tomar actitudes románticas. ¡Ah! Y a perder unos cuantos kilos. De todo eso me encargo yo.

Pero Juan Bautista, con el orgullo de sus veinte años sanos, fuertes, que hacían volver la cabeza a las mujeres; con su levantinismo brusco, la rechazó desde el primer momento. Y cuando sus compañeros bromeaban e incluso alguno le envidiaba, decía:

—¡Bah! Se puede renunciar al momio por no cargar con la momia.

Y reía con una risa ancha, jocunda, de aes acentuadas que hacían estremecer los cristales del estudio y le descubrían el blancor unido y fuerte de la dentadura. No le interesaban las mujeres. «No hay prisa aún», decía. Y mientras sus compañeros tenían novia los unos o se arriesgaban a correr modestas juergas de reservado de merendero o de cuarto de casa de citas con las modelos, él trabajaba infatigablemente, daba grandes paseos por el campo, asistía a los conciertos y no faltaba nunca en el paraíso del Teatro Real durante las temporadas de ópera.

⊠

El taller de los discípulos era bien distinto del de Tasara. Enorme, destartalado, sin muebles apenas,

excepto las sillas de tijera, un armario grande donde se guardaban las cajas de colores y los accesorios de cada uno, dos o tres mesas, un banco donde amontonaban los abrigos en invierno para imitar los divanes del maestro. En las paredes—llenas de caricaturas, de letreros semipornográficos, de aforismos insultantes para los nombres ya consagrados, de señas de modelos (*«Aurora López, Belén, 32. Larga de piernas y barriga en punta.» «Milagros Solera, Olmo, 15. Cabeza de carácter. Le cuelgan un poco las nalgas. No tocar, ¡¡¡peligro de muerte!!!» «Montoya, el Cañí, calle de Segovia, 16 triplicado, interior, cuarta puerta del corredor, letra M. Preguntar a la Mondonguera, que recibe los recados y las palizas. Especialidad para tipos de clérigo, de picador o banquero acabado de quebrar. Tiene piojos.»);* de consejos acerca de las tiendas de colores más baratas, de las casas de préstamos donde tomaban lienzos «usados» — estaban colgados los estudios repetidos y diferentes de las mismas modelos (pagadas a escote, como la calefacción, entre todos los discípulos): desnudos de mujer y de hombre, cabezas de gitana, medias figuras de segovianos, bodegones.

Era curioso observar la diversidad de temperamentos manifiesta en aquellos bastidores que cubrían las paredes, que tapaban el zócalo, que se amontonaban en el rincón. En unos se veía la pincelada sobria, segura, con una ingénita maestría. En otros el balbuceo cobarde del dibujo; en éste la exuberancia pomposa, exultante del color; en aquél una tendencia monócroma, pobre, sorda. Mientras alguno de ellos se detenía

en minuciosismos de primitivo, el contiguo mostraba desdén indudable por las proporciones y el equilibrio. Tal mujer ostentaba su torso con un brutal salvajismo erótico, y la misma mujer era de una dulzura idealista en otro lienzo, pintado durante iguales sesiones...

Los discípulos eran quince. Una turba alegre, desenfadada y vocinglera, que parodiaba en pequeño e inconscientemente ese mundo infantil y cruel de los artistas. Empezaban simultáneos la vida y el arte. Aún estaban lejos los triunfos oficiales o desligados de la farándula burocrática, las ventas, los envíos al extranjero, las cátedras, los elogios de la crítica, los desencantos y las abdicaciones. Y, sin embargo, ellos, en su pequeña humanidad del enorme camaranchón, mostraban ya todas las cualidades, todos los defectos, todas las malas pasiones avivadas por una sensibilidad ya despierta y un talento que empezaba a dar frutos aislados y zurdos todavía.

Se presentía ya cuáles habían de triunfar y cuáles habían de hundirse. Los que serían independientes y los que buscarían el cobijo de la enseñanza; los que habían de retirarse a tiempo y los que, tozudos o abúlicos, se dejarían arrastrar a una lucha estéril. Pero «¡faltaba tanto tiempo!», creían todos.

Se consumían de impaciencia y de ambición, se obstinaban, tranquilos en una autoeducación de la voluntad, libre de los nervios; esperaban los días sin pedirles nada nuevo.

Y, mientras tanto, los audaces y los tímidos, los artistas y los que imaginaban serlo, los misóginos y los mujeriegos, trabajaban seis, ocho horas diarias y dis-

cutían a gritos, cantaban, reñían a puñetazos, imaginaban bromas feroces que trascendían fuera del taller y organizaban fiestas paganas con las muchachas dispuestas a prolongar la desnudez más allá de las horas de sesión.

Javier Tasara conocía este juvenil desarreglo de sus discípulos; pero sonreía indulgente. A veces, a través del jardín, llegaba hasta su estudio la algazara de los cánticos o el estrépito de un ventanal contra el cual caían dos individuos aporreándose. Entonces enviaba a Manolo, el criado, y éste, desde lejos, sin entrar, les aconsejaba silencio. Una vez que se arriesgó a entrar en el estudio, recibió en la frente un tubo de carmín. El pobre se llevó la mano, y al verla roja empezó a gritar:

—¡Me han descalabrado! ¡Asesinos!

El maestro les corregía dos veces a la semana. Los días de su visita, el taller aparecía limpio y silencioso. Los quince muchachos, ante sus caballetes y sus tableros en semicírculo delante del modelo, trabajaban muy serios. Tasara iba de uno en otro, rectificaba la línea, acusaba más vigorosamente un tono, «rehacía» una paleta.

Ante el caballete de Juan Bautista rara vez hacía una observación. El valenciano se apartaba un poco, mirando al maestro. Los demás discípulos fingían abstraerse en su trabajo, pero acechaban de reojo las actitudes de Tasara y Nebot.

Al fin, el maestro ponía la mano en el hombro del discípulo y le hablaba al oído. Los dos sonreían. O bien, en voz alta y sin mirarle, Tasara decía:

—Bien. Es inútil decirte nada. Ni te hace falta.

Sentía en el fondo cierto orgullo de aquel artista que se iba formando en su estudio. Tenía fe en su porvenir, y le tranquilizaba, porque el día de mañana sabría defenderle contra los ataques de los demás jóvenes, rebeldes y seguros como él.

Otro discípulo, al que nunca rectificaba, era Pablo Cimbra, un jorobadito, de rostro exangüe, de dedos ganchudos, de ojos muy azules y la voz atiplada, que prescindía del natural para fantasear a su manera, melancólicamente espiritual. Transformaba las matronas gordas, que al contacto de la estufa se congestionaban y sudaban copiosamente, en héticas adolescentes, y cuando la modelo era una de esas chiquillas andróginas que frecuentan los restoranes nocturnos, las sutilizaba en un éxtasis boticellesco. Además les creaba unos fondos imaginarios que nada tenían que ver con la tela pingajosa, sostenidas con dos cuerdas o con la pared llena de letreros y caricaturas de carboncillo: playas solitarias con ingentes acantilados, cerúleas lejanías montuosas, historiadas e inquietantes tapicerías como las movidas por un viento sobrenatural en la cámara poegiana de *Ligeia.* Y todo ello torpe, desmañado, en unas agrias estridencias y en un dibujo seco, sin flexibilidad.

—Muy bien, hombre, muy bien.

Y le ponía la mano sobre el hombro, procurando no tocar el pico reluciente de la joroba.

—No, no, maestro. Dígame algo—suplicaba Cimbra con su voz cascada y chillona.

—¿Qué quieres que te diga? Eres un simbolista.

Los demás se echaban a reir; pero una mirada de Tasara les hacía callarse. Era después, al quedarse solos, cuando Pablo Cimbra habría de soportar las bromas de sus compañeros.

—Oye tú, simbolista, ¿qué quiere decir esto?—le preguntaba Cañedo, un vasco fuerte, membrudo, al que todos temían por sus puños.

Y dibujaba en la pared un complicado motivo decorativo de falos sobre un sombrero de copa. Todos esperaban la solución de aquella broma. El jorobadito, humilde, tímido, sonreía también.

—Vamos, di.

—No sé, hombre. Tú sabrás.

—Pues esto, señores, es el retrato espiritual de don Fernando Coeses, restaurador de viejas, lameplatos con escudo y pintor a la vaselina. Siempre que le veáis «¡llevad la izquierda», señores!

Todos reían a grandes carcajadas. La modelo desde su tarima se golpeaba los muslos blancos con las manos y gritaba:

—¡Ay que roío Cañedo! ¡Es que tiene más cachonda gracia que Dios!

Cruz Quintana se incomodaba con la modelo.

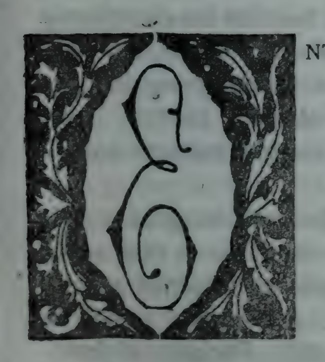
—¡Tú, idiota! ¡A callar y a estarte quieta!

Cruz Quintana era la única mujer entre los catorce hombres. Al principio Tasara la instaló en su propio estudio, como hizo con otras dos discípulas; pero pronto se convenció de que era inútil aquella galante separación. Cruz Quintana, angulosa, negruzca, los dientes caballunos, el andar desgarbado, vestida siempre con trajes de hechura sastre, cuello almidonado y

corbata de nudo, no correría el menor peligro en el estudio general. Fumaba, bebía y blasfemaba como un macho. Resistía impasible las mayores procacidades y le quitó a uno de sus compañeros la querida, una jovencita rubia que entró al taller para servir de modelo *sólo de vestido* y terminó haciendo de Venus en las *orgías clásicas* de última hora...



III



NTRE los dos estudios y en aquella casa de un solterón mujeriego y egoísta, tan soleada por fuera como animada de una constante frivolidad sensual por dentro, había de pasar algunos años y moldear su espíritu Heliana.

Sintió, al pronto, divertido aturdimiento, confusa sorpresa, renovada cada día por las revelaciones, algo brutales, de tipos, costumbres y conversaciones tan diferentes a la calma pacata de su vida en casa de Clotilde Pacheco. Pero en el fondo de su alma despertaban estas revelaciones como un eco ensordecido y remoto que iba haciéndose más claro y

más cercano. Era el recuerdo del hogar paterno, la desorbitada existencia de Paco Losada y Leonora, amortiguado con esa fácil propensión de olvido que tienen los niños. Los años transcurridos junto a Clotilde, las gentes sencillas que se movían en torno de la abandonada, las tardes largas en la iglesia y breves cuando las paseatas vernales por los altos de Amaniel y los pinares de la Dehesa de la Villa, fueron entibiando las impresiones ácedas y candentes de su infancia. Como si en su alma fuese cayendo una nieve tibia, lenta, espesa, que borrara las huellas profundas del pasado, como si una mano experta y cariciosa fuera cubriendo las cicatrices con una pomada suave. A seguir viviendo más tiempo en casa de Clotilde Pacheco las huellas habrían desaparecido, borrado las cicatrices y sólo en la madurez, en la edad que retorna la nostalgia de los años niños, Heliana habría pensado algunos momentos en su infancia obscura, sórdida, junto al enfermo embrujado por la luz y la bacante consumida por el fuego carnal.

La entrada en la casa de Javier Tasara, su convivencia con el pintor, iban a secar la nieve tibia sobre las huellas, a arrancar la pomada piadosa que rellenó las cicatrices transitoriamente. A los pocos meses de habitar en la calle Ferraz, Clotilde Pacheco, el hotelito sombrío de la calle de Almansa, los espectáculos cotidianos, humildes y ruidosos de los Cuatro Caminos, se esfumaban, se desvanecían, retrocedían su memoria a último término y, en cambio, adelantaban los episodios de su niñez, demasiado precozmente asomada a la realidad. Reoía las mismas palabras

exaltadas y egolátricas, los apóstrofes violentos y descarnados, los términos de taller, esa jerga especial de los estudios que sólo los artistas y los viejos modelos conocen. Volvían a crepitar en torno suyo la lujuria libre e intranscendente, reveía las mujeres desnudas y sonreía en secreto al encontrarse ahora igual a ellas y no con aquella diferencia que su cuerpo infantil tenía y su espíritu observador le mostraba al compararse con las modelos de su padre, y con la madre misma, morena y ardiente como Sulamita.

Javier Tasara aún conservó algún tiempo aquel decaído estado de renunciación y fatiga personal que mostrara en casa de Clotilde Pacheco. Pareció haber renovado totalmente su vida y en el estudio de abajo se suprimieron las reuniones semanales y en la escalerilla secreta del estudio de arriba ya no crujían los escalones bajo el taconeo de zapatos de mujer, ni había revuelo de faldas ni estela densa de perfumes. Manolo podía descansar y los cuadros empezados se iban rechupando lentamente. Hasta las cartas las arrojaba al fuego de la chimenea—como los protagonistas de las novelas y las películas melodramáticas—sin leerlas. Incluso pensaba con melancolía en el refugio estival de unos cuantos años antes.

—¿Te acuerdas, Helia, de Inashi y de Seles? ¿Te acuerdas de lo bien que lo pasábamos? ¿Y si nos fuéramos allí?

—¿Con este tiempo, padrino?

A través de los cristales veían el cielo pluvioso, oían bramar el viento sobre la enorme extensión solitaria del paseo de Rosales, sobre los árboles desnudos

y la tierra aterida del jardín, donde los regatos habían enmudecido por el hielo.

—¿Quieres que nos vayamos a mi tierra, a Málaga? Todo en ella es dorado y tibio.

Heliana sonreía. Conocía ya estos transitorios enternecimientos del padrino, que luego la abulia aventaba. En el fondo, Javier Tasara no quería abandonar la casa confortable, la comida excelente de su cocinera — hallazgo feliz que le envidiaban la sabia y refinada glotonería de Valderrama, de la duquesa, de Jesús Villabrille —, el cuarto de baño, ancho y completo, que hacía prorrumpir en exclamaciones de asombro aun a aquellas cocotas de suficientes años de servicio bien retribuídos; su biblioteca abundante, donde no había libros enfadosos, pero colmada en cambio de las principales publicaciones de arte del mundo, y con una instalación especial para las obras eróticas clásicas y modernas.

La presencia de Heliana contribuyó a prolongar más tiempo aquella pausa de su convalecencia. Llegó a cumplir escrupuloso el plan de paternidad inteligente que se había propuesto. La prohibió la entrada al estudio de los discípulos, y a éstos les impidió que salieran del jardín, que antes consideraban, en las proximidades al pabellón donde trabajaban, como cosa propia, hasta para lanzar al aire libre las muchachas desvestidas de diosas y semidiosas helénicas. A través del ventanal veían alguna vez pasar a Heliana entre los arbustos yertos y los árboles sin hojas, con su cabellera ígnea, su esbeltez grácil y un libro en la mano.

A Juan Bautista, que subió una vez a ver al maestro, le interrogaron curiosos:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo es? ¿Es simpática? ¿Antipática?

El valenciano se encogió de hombros:

—¡Bah! No me he fijado apenas. Un poco pedantuela e impertinente. Le mira a uno como una reina destronada. Por supuesto, que ha ido servida conmigo. Ni siquiera la dirigí la palabra.

Por las tardes salían de paseo en coche. Iban por la carretera del Pardo, por los altos de la Moncloa; algunos días atravesaban Madrid y subían por Chamartín, hacia la Ciudad Lineal y entraban al Parque, con su máquina voladora inmóvil, sus armazones de maderas desteñidas por la lluvia, su sala de juego vacía...

Al cabo de un mes, pasadas ya las fiestas de Pascua, Javier Tasara empezó a trabajar por las mañanas en un retrato de Heliana.

—Y tú también vas a dibujar.

La enseñó primero a copiar figuras geométricas, una serie de cubos, conos, pirámides truncas de cartón y de madera, que Heliana se esforzaba en reproducir pacientemente. El, mientras tanto, iba pintando la carne morena, el pelo encendido, la nariz tajante, la boca grande, carnosa, y el mentón testarudo de su ahijada.

Heliana se cansó pronto:

—Mira, padrino, esto es muy aburrido. Ponme a copiar del yeso o, mejor, a pintar desde luego.

El se reía.

—Eso no es posible, mujer. Sin saber dibujo no se puede empezar a pintar. Claro que hay muchos pintores que no saben dibujar, y hasta tienen medallas, y son profesores; pero yo quiero que seas una artista perfecta.

Le quitó los modelos geométricos, y colgó ante el tablero de ella vaciados en yeso de esculturas clásicas. Heliana volvió a sentir fugitivo entusiasmo al principio. Luego se cansó también. No tenía paciencia para ajustarse al modelo, quería terminar pronto y hacía unas caricaturas grotescamente infantiles. Javier Tasara se burlaba de ella, se incomodó con ella. Fué inútil.

—Mira, padrino, déjame. Yo no sé hacer esto. En cambio, creo que sabría pintar; ¿quieres?

Acabó por encogerse de hombros.

—Bueno.

Ella empezó a manchar cartones; tenía instinto de colorista; pero nada más. Eran notas caóticas, desequilibrios ingenuos, atisbos que hacían recordar la pintura de los pueblos primitivos. Javier Tasara terminó por no hacerla caso. Estaba obsesionado con el retrato. Volvía a encontrar la fisonomía hostil, el rostro que se escapaba a su visión aguda y a su maestría técnica, en los días plácidos del pueblecillo vasco. Rascaba furiosamente la labor hecha la mañana anterior. Cambiaba la luz al modelo. Heliana recordaba aquel mismo y extraño empeño inútil de su padre, esforzándose en obtener un retrato imposible.

—¿Pero qué hay en ti, muchacha?—preguntaba furioso Javier Tasara.

Ella reía:

—No sé. Busca... Parece mentira, padrino. Un gran pintor como tú.

Obtenía un parecido vulgar, fotográfico, sin espíritu, sin aquella rara expresividad que tenía Heliana. Llegó a dudar incluso de sus facultades. Se imaginó por un momento en el comienzo de una decadencia inevitable. Y entonces, para disipar de una vez su inquietud, decidió empezar el retrato de una dama chilena que se lo había encargado hacía algún tiempo. Volvieron a crujir los escalones de la escalerilla particular y a quedar flotando en ella un perfume femenino.

Heliana quiso retirarse desde el primer día; pero él no quiso.

—No, no; quédate. Es mejor.

Eran las últimas energías de su resolución. Necesitaba la defensa muda de su ahijada. La dama, que había ido acompañada de una amiga en su ostentación de decencia, prescindió de ella al segundo día viendo que no había de estar sola con el artista.

Heliana, sentada en una butaquita junto al ventanal, leía, huraña para la chilena—una mujerona alta, con el pelo negro y el habla lánguida; centelleadora de brillantes—. Leía de todo, incluso de aquel estante especial de los libros eróticos que la divertían unos y la asqueaban otros sin comprenderles del todo. Aquellos libros la dolorían la cabeza, la encalenturaban la carne y después, por las noches, la tenían insomne largas horas. Y, sin embargo, no acertaba a descubrir del todo la razón de aquel malsano encanto que le

hacía abrirles y de aquella confusa desilusión que la obligaba a cerrarles, muchas veces sin cuidarse de conocer el final.

La chilena, en uno de los descansos, se acercó a ella:

—¿Qué lee usted, amiguita?

Y al verlo se escandalizó:

—¿Pero *esto* lee usted? ¿Cómo la deja, señor Tasara?

—Lo que coge. Ya te he dicho que no leas esas porquerías.

—¿Y por qué las tienes tú? ¿Y por qué sabe usted que es un libro malo?

—¡Helia!

Le arrebató el libro bruscamente. Heliana les volvió las espaldas y se puso a tamborilear en los cristales. «Ahora yo debía marcharme a mi cuarto. Debía llorar. Debía decirle a esta señora que es una golfa... y al padrino que es un bárbaro...»

Ellos reían muy juntos. La chilena le preguntó con los ojos brillantes:

—Usted le ha leído, ¿no? ¡Qué cosa terrible!

—Pero graciosa.

—¡Oh, muy, muy grasiosa! ¡Mire que aquello del cabaret! ¡Delisioso! ¡Desvergonsadísimo, pero delisioso, delisioso!

Volvieron a sonreir y se olvidaron de Heliana, como Heliana de ellos. Javier Tasara estaba, además, satisfecho. El retrato de la chilena resultaba una obra fácil y feliz en comparación con el frustrado de Heliana. Se sentía, además, fuerte de nuevo, en una reco-

brada plenitud de sus energías físicas y de su evestesia habitual. El pesimismo de los meses anteriores se había disipado.

—Siéntese aquí. Aún tendremos un rato largo de luz.

—¿Cómo no, maestro? Usted dispone. Yo estoy hechisada, lo que se dise hechisada.

Heliana seguía siempre de espaldas a ellos, con el rostro pegado a los cristales del ventanal. Unos cuantos días de sol benigno habían anticipado ficticiamente la primavera. El jardín tenía, entre la blancura de las estatuas y los gayos rectángulos brillantes de los bancos, verdores nuevos, gratos a la vista. A un lado, sobre la costra parda de los árboles viejos, un almendro se inflaba con la pompa blanca de sus flores. Y en el fondo, a la puerta del estudio de los discípulos, un lilo se mostraba también renaciente. Heliana sentía una íntima dulzura que la alejaba del recuerdo de los libros y la calmaba el ardor incomprensible de su carne. Súbitamente quiso bajar al jardín, embriagarse en el perfume del almendro, del lilo, engalanados para la tarde postrera de marzo.

Se volvió. Javier Tasara y la chilena estaban abrazados y se besaban en los labios, cerrando los ojos, saboreándose mutuamente las bocas. Heliana se puso encendida de vergüenza; luego los miró fijamente, con aquel reconcentrado esfuerzo mental que ponía para comprender ciertas páginas de los libros selectos de su padrino. Y le dolió la cabeza y se le abrasó la carne.

Entonces abrió de pronto el ventanal sin mirar hacia atrás. Oyó la voz de Tasara:

—¿Qué haces, Helia?

Aún retrasó un momento el volver la cabeza por si acaso:

—Ya lo ves. Abrir. ¡Hace aquí un calor! Tengo ardiendo la cara, ¿ves?

Le cogió la mano y se la puso contra las mejillas. Abrasaban más aún las manos del padrino. La chilena, rojo también el rostro, hojeaba maquinalmente el libro. Heliana no se pudo contener, e imitando el acento de Tasara momentos antes, exclamó:

—¡Señora! ¡Deje usted esa porquería!

Y se escapó por la escalerilla secreta. Manolo, que sintió el taconeo rápido, el revuelo de las faldas, abrió solícito:

—¿Usted, señorita Heliana?

—Sí. Yo. ¿Qué pasa? ¡El padrino trabaja! No está para nadie.

Y riendo salió al jardín. Una caricia fresca la alborotó la cabellera.

⊠

Tasara reanudó pronto su vida habitual. Así como antes le prohibió a Heliana la entrada en el estudio de los discípulos, se la prohibió desde entonces en el estudio alto, donde el retrato de la chilena no se acababa nunca. Tornaron las tertulias vespertinas de los viernes y Heliana fué presentada sucesivamente a los amigos y a las amigas. La duquesa la cubrió de besos y de elogios la primera tarde.

—¡Cómo has crecido, chiquilla! ¡Le haces viejo a tu padrino!

«Y a usted»—pensó Heliana. La idea la hizo reir.

—¿De qué te ríes?

—¡Oh! De nada. ¡Que estoy contenta!

Don Jesús Villabrille la estrechaba la mano demasiado tiempo, la pedía más pastelillos, una copa más de licor, arrastrando las palabras en los labios húmedos y las miradas de sus húmedos ojos. Heliana sentía siempre frente a él una extraña repulsión. Martorell tampoco le era simpático. Fernando Coeses y don Martín Escoriaza la divertían; procuraba llevarles la contraria en voz alta para descomponer la ecuanimidad dulzona del pintor aristocratizante, para excitar la cólera senil del académico. En cambio, con Gregorio Valderrama simpatizó desde el primer instante; le hacía preguntas de nieta revoltosa, le consultaba sus vestidos, le escuchaba atentamente los relatos de la época de Roma del pintor, de aquella Italia donde habían nacido ella y su madre.

Ramón Yanguas la atraía también. No había olvidado aquella tarde cuando la exposición en el Salón de Artistas Vascos. Se sentaba junto al pintor y le alentaba en sus descalabros artísticos, le consolaba de sus desgracias conyugales. Una tarde saltó entre los dos el nombre de Clotilde Pacheco. Yanguas tuvo una exclamación de alegría.

—¡Ah! ¿Pero usted la conoce?

—¡Si he vivido más de dos años con ella! Me llevó allí el padrino. Fueron muy amigos en otro tiempo, ¿verdad?

Entonces Yanguas le contó la historia de aquellos amores, tan breves, entre la mujer del tendero y Javier

Tasara, que ninguno de los dos había descubierto a Heliana. Yanguas hablaba con ternura de la seducida, evocaba las noches pretéritas en el café de Zaragoza, los paseos a lo largo de las verjas del Botánico, sirviendo de cómplice a su amigo y distrayendo al marido.

—Hoy no lo haría, créame usted. Fué una canallada, ¿verdad?

—De usted, no.

—¡Bah! ¡Cosas de hombres!

El buen Yanguas comprendió el pensamiento de Heliana. Su relato despertó en ella una desconfianza inédita hacia su padrino. La admiración entusiasta, aquel afecto filial que por él sentía, acababa de recibir un arañazo. Se quedó seria el resto de la tarde. Al despedirse, Yanguas la propuso:

—¿Quiere usted que vayamos una tarde a ver a Clotilde?

—¡Ya lo creo! ¡La pobre!

Juan Bautista no la fué simpático. El valenciano, guapo, alegre en sus veinte años, acostumbrado a que las mujeres le solicitaran, no tuvo para ella la menor curiosidad sentimental. Recibía de sus manos la taza de te, la oía distraído preguntarle qué bebida prefería. Y cortés, sin mirarla, sin interrumpir la conversación que tuviera con alguien, murmuraba:

—Gracias. Es usted muy amable. No, de eso no. Gracias.

Si le hubieran preguntado de qué color eran los ojos de ella no sabría decirlo. A una insinuación que le hizo la duquesa, demasiado sagaz, un poco intran-

quila del posible contacto de aquellas dos juventudes, se echó a reir.

—No es mi tipo. A mí no me gustan las *demi-vierges*. Además, esa mocosa se cree la dueña de todo. El mejor día se nos mete en el estudio y empieza a corregirnos.

Acabaron por no hablarse. Ella prescindió hasta de servirle el te los viernes. Una hostilidad sorda crecía entre ellos, y cuando en el taller general, Cañedo o la Cruz Quintana decían alguna procacidad referente a Heliana, la voz de Juan Bautista era la primera en reir, con su rotundez abaritonada.

—¡Qué brutalidad! ¡Hombre, no tanto!

Y en el fondo, pensaba: «Me alegro. ¡Por imbécil!»

En octubre Heliana entró al estudio de los discípulos. Javier Tasara la hâbía dejado en completa libertad de hacer lo que quisiera. No volvió a pensar en que aprendiera a dibujar, no mantuvo su prohibición de que entrara en el estudio de arriba a las horas de sesión o en horas de posible pecado. Lanzado nuevamente al vértigo amatorio que era su más grata ocupación, acabó por olvidarse el sexo y la juventud de Heliana. Le pareció un camarada más, un hermano menor a quien podía contarse todo sin miedo a las indiscreciones futuras. Algunas mañanas, Heliana, sentada en la cama de su padrino, reía locamente, oyéndole describir la juerga de la noche anterior, sin eufemismos algunos. Otras veces, el padrino la decía:

—Nos vamos a pasar dos o tres días fuera. En Avila, en el Escorial, en Toledo. Quiero darme una panzada de arte.

Heliana se reía.

—¡Te veo, besugo! Desengaño tenemos.

El suspiraba, ponía la voz mimosa, la besaba en la frente.

—Tú me comprendes, hija mía. ¡Ay, si no fuera por ti!

Efectivamente. Al otro día, en la calma sombría del Monasterio, en el jardín de la Casa del Greco, o en las alturas del Rastro, frente al valle de Ambles, en Avila, Javier Tasara se dolía de su malaventura reciente, de las mujeres, cada vez menos fieles y cada vez más pedigüeñas, conforme él se iba sintiendo viejo y con menos ganas de trabajar.

El ambiente del estudio, aquellas tertulias vesperales, cada día más invadidas por artistas de varietés, por alguna que otra cocota que disimulaba su profesión firmando libros que la escribían sus amigos o inventando danzas rítmicas y sagradas, completó aquella cerebral perversión que involuntariamente iba formando Javier Tasara en su ahijada. Si Heliana hubiese sentido todavía curiosidad por leer aquellos libros que antes la dejaban confusa, febril y con una enfermiza obsesión por descubrir del todo actos y episodios misteriosos, se sonreiría de su inocencia pretérita. Nadie se ocultaba de ella para decir las cosas más audaces ni las historias más escandalosas. Las mujeres habituales a la tertulia se complacían incluso en hacerle confidencias de una crudeza bárbara, con ese deseo de los envilecidos por extender a los demás su envilecimiento, en esa innata propensión celestinesca de las rameras, desde que la voluptuosidad se cambia para ellas en oficio.

Y sin embargo, Heliana, libre de verbo y de ademanes, vistiendo de un modo arbitrario y cocotesco, retando a los hombres y tomando parte en los comentarios menos pulcros, conservaba incólume, no ya su virginidad física, sino la pureza íntima de su pensamiento. Asistía a aquella fermentación de vicios y malas pasiones que era el estudio de Tasara, con una impasibilidad y una inmunidad que poca gente podía comprender.

Por no comprenderla rodó de una bofetada don Jesús Villabrille en cierta ocasión, y recibió en pleno rostro un escupitajo Isidro Martorell.

❖

El día que entró en el estudio de los discípulos había un modelo de hombre. Un gitano joven, completamente desnudo. Todos se volvieron a ella con un gesto de estupor. El gitanillo ni siquiera tuvo ese ademán de instintivo pudor que inmortalizó la Venus de Médicis.

Heliana le miró un momento sin que se alterase la tranquilidad de su rostro; después miró hacia las paredes, y por último fué a sentarse en el banco de madera, sobre los abrigos de los alumnos.

—¡Hace calor!—dijo con toda naturalidad, como si hubiera estado ya otras veces—. Aquí, el amigo, no se constipará.

Hubo algunas risitas maliciosas. Cruz Quintana la miró fijamente, con una de esas miradas de sondeo preliminar que no saben dominar los invertidos. Helia-

na, que la conocía de referencia, la contestó con una mirada de profundo desprecio.

Juan Bautista Nebot, sin dejar la paleta, fué hasta Heliana.

—¿Qué quiere usted?

—Nada. Ver esto.

—Don Javier no quiere que usted entre aquí.

—¿Y uted qué sabe?

—Porque lo sé, se lo digo. Váyase.

Se mirarban cara a cara, desafiándose. Los dos, a pesar suyo, se encontraban mutuamente guapos.

—Bueno. Pues sepa usted que mi padrino me ha dicho que podía entrar cuando quisiera.

—Menos hoy.

Heliana se encogió de hombros. Señaló hacia el gitanillo desnudo.

—¿Por qué? ¿Por eso? ¿Y a mí qué me importa ese tío? ¿Nos los he visto pintados muchas veces? A no ser que le dé a usted rabia...

—¿Rabia de qué?

—De que usted no sirve para Apolo precisamente...

Hubo una explosión de carcajadas, tanto más ruidosas cuanto que en el fondo sus compañeros no querían bien a Nebot. El valenciano, lívido, se encaró con el modelo.

—Bueno. ¡Tú, vístete! ¡Hoy no se trabaja más!

Cañedo adelantó hacia él, contoneando su corpachón membrudo:

—¿Porque tú lo dices?

—Porque lo mando yo. ¿Qué hay?

Cañedo, rápido, le dió un puñetazo en el rostro, que

empezó a sangrar. Nebot contestó con un puntapié en el vientre, y en seguida, abrazados, apuñeándose, blasfemando el vasco, jadeando en silencio el valenciano, rodaron por el suelo en una de aquellas riñas que conmovían de cuando en cuando el taller. Cayeron con estrépito algunos caballetes. Acudieron a separar a los dos pintores sus compañeros. Heliana, muy pálida, mordiéndose los labios, clavando las uñas en los abrigos donde permanecía sentada, miraba la lucha. El gitano, que sabía la importancia de Nebot en el estudio, bajó de la tarima y, en silencio, empezó a vestirse. Cruz Quintana seguía pintando tranquilamente.

Ya separados, hubo un momento de rencor jadeante en el estudio, de grupo a grupo, entre los que sujetaban a Nebot y los que contenían a Cañedo. Los dos tenían el rostro ensangrentado y se esforzaban en sonreir con muecas despreciativas.

Nebot buscó a Heliana con la vista, mientras se arreglaba el cuello y la corbata. Heliana entonces se levantó y salió del estudio.

—Vaya... Volveré otro día que estén ustedes más tranquilos.

Pero en el jardín la alcanzó Nebot.

—¿Me hace usted el favor, señorita?

Ella se volvió. Juan Bautista tenía el rostro magullado. En su palidez resaltaba más la cardenidad de los golpes.

—¿Qué hay?

—Estará usted contenta.

—No. Siento que le hayan estropeado a usted la

cara de niño bonito. Así no le gustará usted a la duquesa.

—¿A la duquesa? ¿Yo? ¡Mejor! Pero en cambio a mí no me gustan las niñas cochinas como usted...

—¡Más cochino es usted! ¡Y a curarse, amigo!

Echó a correr hacia la casa, riendo demasiado fuerte. Luego, ya en el estudio, volvió la cabeza. Juan Bautista permanecía inmóvil eu el mismo sitio, con las manos metidas en los bolsillos y la boca fuertemente cerrada.

Al ver que ella volvía la cabeza, la gritó:

—¡Heliana! ¿Me perdona usted?

Ella se detuvo sorprendida. A pesar suyo, movió varias veces la cabeza afirmativamente y se despidió de él agitando la mano.

Por la noche no quiso cenar. Se acostó y mandó que la dejaran dormir.

Javier Tasara no fué a cenar y no se enteró de nada.

IV



L día siguiente bajó temprano Javier Tasara a su estudio y encontró en él a Juan Bautista paseando de un extremo a otro, con la cabeza baja, y a grandes zancadas.

—¿Hola, ¿que hay?

—Buenos días, maestro. Quería hablar con usted.

Había contestado sin mirarle, hurtándole la cara. El maestro se acercó a un espejo para mirarse la lengua y oprimirse con las manos las mejillas, para apreciar su demacración. Lanzó un suspiro. ¡Siempre aquel malestar por las mañanas, aquel mal sabor de boca, aquellos ojos marchitos, cada vez más hundidos en el cárdeno sombrío de las ojeras!

—¿Qué pasa, hombre?

—Nada de particular... He estado viendo ese retrato. Va muy bien, maestro.

Señalaba un retrato de Isidro Martorell empezado recientemente y que aguardaba desde el caballete siete u ocho días. Hábil y temeroso, el valenciano retrasaba de este modo el instante de hablar.

—¿Verdad que sí? Son tres sesiones nada más. Luego he tenido que hacer otras cosas... pero está bien, ¿eh, che?

Torcía la cabeza guiñando un ojo, complaciéndose en su propia obra.

—Es que ese animalote de Martorell tiene una burrada de carácter. Parece un gnomo gigante, un oso de las cavernas, una fiera disfrazada de hombre, ¡qué sé yo! Luego, fíjate lo bien que hará ese tono dorado del mármol con el blanco casi marfilino de la blusa. ¿Y la cabezota? Maciza, con esas barbas rojas que son una borrasca de mil diablos. ¿Eh? ¿Pero qué tienes en la cara? ¿A ver?

Juan Bautista volvió la cabeza.

—¿Yo? Nada. Déjeme, ¡collons!

Se resistía a ser visto. Pero Javier Tasara le llevó hacia la luz, le levantó la cara por la barbilla. Nebot tenía en la frente, en las sienes, obscuros livores, la nariz y los labios túmidos. Y el entrecejo fruncido, en una crispación de pelos negros sobre las pupilas relucientes de cólera.

—¡Apañado te han puesto, mocito!

—Pues el otro no se fué de vacío.

—¿Quién?

—Cañedo. Y hoy, en la calle, hace un momento, le he abierto la cabeza de un bastonazo. Yo soy valensiá, ¡collons!, y el que me la hace me la paga.

Javier Tasara tenía ganas de reir, pero se contuvo. Fingió enfadarse, aunque en el fondo le hacía gracia que hubieran descalabrado a Cañedo, aquel vasco fanfarrón, alardeando siempre de sus puños de pelotari y de su pintura nueva de «vanguardia»; le divertía también la momentánea y grotesca desfiguración de Juan Bautista, cuyo rostro apolíneo desvelaba a sus amigas.

—Bueno. Voy a tener que tomar una determinación seria. Esas broncas del estudio ya son demasiado frecuentes. Yo, que quisiera que os llevaseis como hermanos, que...

Le explotó la risa a pesar suyo.

—Es que estás delicioso, che. Tienes las narices como las del viejo del Chirlandajo.

—Déjelo estar, maestro. No le hurgue, que es peor.

—¿Yo? ¡Húrgatelas tú!

Reía a carcajadas. Juan Bautista, impetuoso, le cuajó la risa en los labios.

—Si esa... Heliana, no fuera como es.

—¿Helia? ¿Qué tiene que ver Helia en vuestras peloteras?

Entonces Juan Bautista narró el incidente de la tarde anterior. Aspero, agresivo, al principio, viéndose interrumpido por su maestro con frecuentes «¡cuidado, che!», «Mira lo que dices, que es mi ahijada», y luego, poco a poco, se deshacía su cólera, y sin darse cuenta

defendía a Heliana, cargaba sobre él y sobre Cañete toda la culpa.

—Bueno, ¿y ahora?— preguntó Tasara cuando terminó de hablar Juan Bautista.

—Ahora, maestro, yo me voy. No se crea que por esto; no. Yo ya lo tenía pensado hace un mes. Es que quiero trabajar solo, en un estudio mío. Usted mismo me dijo hace algún tiempo que ya estaba en condiciones de trabajar por mi cuenta.

Javier Tasara le miró fijamente:

—¿Quieres dejarme? Comprendo... Yo ya no puedo enseñarte nada más...

—No es eso, maestro. Es que, vamos, yo creo que uno debe empezar a darse a conocer. Hasta ahora sólo he expuesto cosas sin importancia. Quiero empezar con tiempo algo para la Exposición del año que viene...

—¿Y qué necesidad tienes de tomar estudio para eso?

—Porque allí abajo, usted lo comprende, no puede ser. No por la bronca. Eso no tiene importancia. Es... que... vamos... no puede ser.

—Nadie te ha dicho que sigas allí.

—¿Entonces?...

—Tienes este estudio. Tan tuyo será como mío. Entre nosotros ya no hay maestro ni discípulo. Hay dos compañeros.

Juan Bautista le estrechó la mano:

—¡Gracias, maestro! Es usted muy bueno, pero...

—Pero qué bueno, ni qué narices... ¡Che, perdona!

Y se echó a reir de nuevo.

—...Es que estás graciosísimo.

Juan Bautista corrió hacia el espejo.

—¿Pero tan feo estoy? ¡Maldita sea su alma! Pues los labios tampoco son una tontería, ¡collons!

Sonaron unos golpecitos en la puerta del estudio y la voz de Heliana:

—¿Se puede, padrino?

Juan Bautista se volvió bruscamente:

—No. ¡Que no pase!

—¿Por qué? ¿A ti que te importa?

—Que no pase, maestro. Hágame el favor. Espere.

Iba a salir por la puerta de escape. Javier Tasara le sujetó por el brazo:

—No seas presumido. ¿Qué más da? Así verá como la...

—¿Se puede, padrino?

—Entra, mujer.

Juan Bautista se volvió de espaldas, fingiendo abstraerse en la contemplación del retrato de Martorell.

Heliana, que entró con los brazos abiertos y un beso en los labios para el padrino, se detuvo:

—¡Ah! ¿No estabas solo?

Tasara, como antes a Juan Bautista, le fingió enfado:

—No. Ya lo ves. Está ése, a quien ayer comprometiste.

—¿Yo? Buenos días, Nebot.

El valenciano, sin moverse, contestó:

—Buenos días.

—¿Es que sigue usted enfadado conmigo?

Él se encogió de hombros.

—Vamos, déme usted la mano.

Se acercó a él. Javier Tasara contenía la risa. Imaginaba ya las carcajadas de Heliana cuando viese el rostro de Juan Bautista. Y quedó sorprendido, porque ella, lejos de reir, se entristeció. Nebot, confuso, inclinaba la cabeza sobre el pecho.

—Vamos. Míreme. Déme usted la mano. ¡Así!

Poco a poco el pintor levantaba la cabeza; retardaba el instante de mirarla, temiendo la risa de Heliana. Pero ella solamente sonreía. Una sonrisa melancólica y afable. Se estrecharon la mano.

—Ayer tuve yo la culpa, lo reconozco...—empezó Heliana.

—No. Usted, no. Yo... Bueno, yo y Cañedo.

Javier Tasara intervino:

—No seas majadero. Fuiste tú, Heliana. Te dije hace mucho tiempo que no entraras en el estudio de éstos.

—Pues me dió la gana, ¡ea! Yo no iba a hacer nada malo. Y después de todo, ¿qué? Más cochinos son tus amigos.

—¡Heliana!

—No te pongas serio, padrino, que no te va. Te conozco que estás deseando reirte. Yo no sé de qué, pero tienes ganas de reirte. Yo lo único que siento es que el señor Nebot...

El valenciano se sonrió de un modo que le hizo daño en los labios tumefactos.

—¡Oh! El *señor Nebot*. ¡Cuánta ceremonia!

Heliana le miraba fijamente:

—¿Le duele a usted?

—¿El qué?

—La cara.

Se ruborizó tanto, que casi eran pálidas la nariz y la boca entre el fuego de las mejillas. Javier Tasara se echó a reir. Heliana miró asombrada a su padrino.

—¿De qué te ríes?

—De ése. Parece...

—¡Maestro!

—Pues yo no me río. No tiene gracia ninguna. Debía usted ponerse unos paños de árnica.

Juan Bautista, huraño, replicó:

—Mire, lo que vamos a hacer es no hablar de ello, o me voy. Y dígale al maestro que no se ría.

—Tiene razón Juan Bautista. No... padrino. Esa risa es estúpida...

En el salón, imperiosamente, había empezado a vibrar el timbre del teléfono. Heliana iba a acudir, pero Javier Tasara la detuvo:

—No. Tú no. Será Paca.

—¿Paca? ¿Otra nueva?

—No. Una de anoche. Dijo que me llamaría...

Corrió al teléfono. Solos, momentáneamente, Nebot tornó a contemplar el retrato de Martorell. Heliana se dejó caer en el diván entre los almohadones y empezó a hojear una revista.

De pronto, Javier Tasara, abriendo la puerta del estudio, dijo:

—¿Sabéis lo que era? ¡Está agonizando Martín Escoriaza!

—¡Hombre! ¡Me alegro!—exclamó Nebot.

—No seas bárbaro.

—¡Era muy antipático, che! ¡Y muy tonto! ¡Y muy mala persona! Que se muera.

Heliana se reía.

—No te rías, Heliá. La cosa no es para reirse.

—Cada cual, padrino, se ríe cuando quiere. ¿No te reías tú antes de Juan Bautista? Pues a mí lo de Juan Bautista me da pena y lo del viejo ese, no... Ni a ti tampoco. No seas hipócrita. ¿A que has pensado en seguida en la vacante de la Academia?

Javier Tasara soltó la risa:

—¡Mujer! ¡Qué cosas dices! El pobre don Martín... Me voy a la casa, ¿eh? Tú, chufero, ya sabes lo que te he dicho. Desde hoy pintas aquí, conmigo.

⊠

Quedaron solos otra vez. Y entonces para más tiempo. Sin darse cuenta cambiaron de actitud. Heliana frente al retrato de Martorell. Juan Bautista en el diván.

Pasaba el tiempo y ninguno de los dos decía nada. Al fin Heliana dejó de mirar el retrato del escultor con un mohín de asco.

—¿No le gusta a usted?—preguntó Nebot.

—El cuadro, sí. Ese tío, no. También ha sido gusto del padrino.

—Pues está como es.

—Desgraciadamente para él. Debió hacerle en pelota, ¿no cree? Y luego una tirada de postales para asustar a los niños.

Otra vez el teléfono, insistente, tenaz. Heliana corrió diciendo:

—Doña Paca Furciález.

Nebot reía:

—Déjela que llame. Va usted a oir alguna atrocidad.

—¿Yo? Ella, si se descuida.

Descolgó el aparato.

—¿Quién?

—¿...?

—¿Pichichi? No, aquí no hay ningún Pichichi.

—¡...!

—Eso es otra cosa. No. Tampoco es don Javier. Es su esposa.

—¡...!

—Sí, señora, su esposa. ¿Pero usted no sabía que estaba casado?

—¡...!

—Sí, señora. Casado. Hace quince años. ¡Y con diez y ocho hijos!

—¡...!

—Claro. Gemelos también. ¿Y usted quién es?

—¡...!

—¡Ah! Paca. ¿La asistenta? Pues, mire, ya la avisaremos cuando falta. ¡Adiós!

Y Heliana, cortando bruscamente la comunicación, volvió riéndosc a carcajads al estudio.

—¡Ja, ja, ja! ¡Pobre padrino! La de cosas que va a tener que hacer paro contentar a esa furcia.

Juan Bautista la recibió muy serio:

—¿Ha oído usted? Va servida, ¿verdad?

—Por qué ha hecho usted eso?

—¡Ah! ¿No le hace a usted gracia?

—A mí no. Y al maestro, menos.

Heliana se mordió los labios:

—¿Vamos a empezar, señor Nebot? Ya sabe usted que yo tengo poco aguante.

—Y yo también.

Se retaron con la mirada, Él fué quien bajó antes los párpados. Heliana sonrió:

—Vamos, Juan Bautista, ¿por qué es usted así?

—¿Cómo?

—Así de brusco, de erizo. En esta casa el único que no parece quererme bien es usted.

—No. El único que la estima a usted como usted se merece, a pesar de usted misma.

Heliana acercó una silla al diván donde él estaba sentado:

—A ver, explíqueme usted eso, que le ha salido un poco enrevesado.

Se había sentado delante de él, rozándole las piernas con las suyas, poniendo los codos sobre las rodillas y en las dos manos descansando la barbilla. De este modo su cabellera fulva le cosquilleaba casi la nariz tumefacta. El pintor se separó un poco:

—Ante todo, no me mire usted muy fijamente, se lo ruego.

—¿Por qué?

—Porque no. Tengo una cara que parece una careta.

—¿Será usted tonto, criatura? ¡Y a mí qué me importa! Y aunque me importe, ¡mejor! Ya le dije a usted que me molestan los niños bonitos. Bueno, a ver: explíquese.

—¿No se va usted a enfadar conmigo?

—Según.

—Entonces no hablo.

—Bueno. No me enfadaré. Pero cuidado con decir alguna de sus estupideces.

—¡Heliana!

—¡Ah! ¿Yo no y usted sí? ¡Tiene gracia, hombre! O los dos o ninguno.

—Es usted una chiquilla.

—Afortunadamente.

—Una chiquilla mal educada.

—Eso, al padrino, que le dará mucho gusto oirlo.

—Bueno, mire usted, Heliana, si no hablamos con formalidad, será mejor que lo dejemos.

Ella se levantó. Con las pies separó bruscamente la silla.

—Como usted quiera.

Él la retuvo por el brazo desnudo, que entre sus manos tuvo un estremecimiento.

—No. Perdóneme, Heliana. Es... que... ¡la verdad! Me desconcierta, me descompone usted. Vuelva a sentarse... No; así, no. Como antes... No... ¡Así! Muchas gracias. Vamos a ver. ¿A usted la divierte esta vida?

—No lo se. No he tenido tiempo ni motivo de averiguarlo.

—Otra pregunta. ¿Usted es como parece?

—Pero querido Juan Bautista. Usted olvida que yo no soy más que una pobre muchacha incapaz de tantas filosofías. Yo no sé cómo soy, ignoro lo que parezco. Soy como el padrino... como usted... una persona que vive... Como la duquesa...

—¡No! ¡Como la duquesa, no!

—¿En qué sentido protesta usted? ¿A favor de ella o mío?

—¡Es desprecio de ella, siempre!

—¡Ah!

—Se la transfiguró de alegría el rostro.

—Yo creía que a usted le gustaba la duquesa.

—A mí no me gusta nadie.

—¿Nadie?

—Nadie.

—Ni...

—¿Ni quién?

—No. Nada. A mí qué me importa. ¡Jesús, qué hombre más absurdo es usted!

Había vuelto a ponerse de pie violentamente. Pero esta vez, cuando quiso retenerla el pintor, no pudo. Entonces se levantó. Heliana había ido a sentarse en el otro extremo del taller, en un butacón frailero. Juan Bautista se le acercaba sonriendo. Los labios enormes, hinchados, hacían una mueca ridícula de aquella sonrisa.

—Me había usted prometido no enfardarse.

—Y no me enfado. Me aburro. Me desespero, me impaciento, me consumo; pero no me enfado. ¿No era eso lo que usted quería?

—No, Heliana. Lo que yo quería es que usted dejara de ser como es. ¡Cállese! ¡No me interrumpa! Usted no es en el fondo lo que parece: usted no es una chiquilla desvergonzada y caprichosa; usted no siente la menor alegría de alternar con las queridas de su padrino; usted no se puede resignar a ser la amiga de viejos verdes, mujeres públicas y pintamo-

nas acostrumbrados a tratar nada más que golfas. Usted...

—¿Pero a usted qué le importa que yo sea así o asao, Juan Bautista?

—Es que yo...

—Es que usted me quiere, ¿no es eso? ¡Pues yo también! ¡Ay, hijo! ¡Qué ganas de perder el tiempo!

—¡Bendita seas!

El valeciano fué a abrazarla. Alargaba incluso los labios para un beso...

—No. Eso no. Y con esa boca de tomate reventón, menos...

Y Heliana salió corriendo del taller, pasó por el salón, cruzó la antesala, subió las escaleras y ya en su cuarto, ante el espejo, se miró la cara y se arregló la lumbrada roja de la cabellera, sonriéndose a sí misma.

⊠

El noviazgo sufrió en los comienzos bruscas alternativas. Ninguno de los dos se resignaba a ceder frente al orgullo indómito de ambos. Sus temperamentos, tan distintos, tropezaban frecuentes. Juan Bautista tenía el alma grave, bañada de pasiones profundas, de un árabe levantino. Heliana el pagano espíritu de una romana de la decadencia. El, todo fuego interno; ella, toda llama exterior. Y, sin embargo, lentamente se iba realizando una íntima fusión de cualidades psíquicas. Heliana se enseriaba, adquiría la costumbre de los largos éxtasis, de las reflexivas meditaciones; Juan Bautista se contagió de frivolidad ingeniosa, del

desdeñoso regocijo entre las mismas personas, igual ambiente e idénticos actos que antes le parecían peligrosos para Heliana.

De este modo el amor que sobresaltaron violentas disputas, reconciliaciones no muy sólidas, se fué tornando más sereno, más firme, más comprensivo. Y siempre de una limpieza de pensamiento que la malicia ajena no acertaba a comprender. Al propio Tasara hubo de replicarle él cierta vez que el maestro bromeó por los paseos solitarios y frecuentes de los dos novios.

—¡Cuidado con eso, maestro! Yo quiero a Heliana para casarme con ella. Y nadie, nadie, ¿lo oye?, tiene derecho a suponer lo que no habrá nunca. Yo las respeto el primero, como si fuera la mare, para que la respeten todos.

—Bien, hombre, bien. ¿Y yo? ¿No es mi ahijada?

—Bueno, usted, maestro, ve las cosas de otro modo. Pero después de todo tiene usted razón. Yo creía que cuando uno obra bien, la gente no tenía que decir nada. Es verdad. No saldremos solos.

Al cabo de algún tiempo volvieron al estudio general. Iban juntos a la caída de la tarde, cuando ya se habían marchado las modelos y quedaban solamente cinco o seis artistas, con los cuales era grato charlar mientras la luz iba desapareciendo. En las tertulias de los viernes, Heliana seguía atendiendo a los amigos de su padrino bajo la mirada fulgurante de Juan Bautista, sentado junto a Ramón Yaguas, con el cual había ido estrechando la amistad. Heliana sonreía al novio desde lejos y concluía por sentarse al lado de él,

ajenos ambos a cuanto les rodeaba. El propio Yanguas, lanzando un suspiro, acababa por levantarse e iba hacia otro rincón donde pudiera pasar inadvertido.

Algunas tasdes salían de paseo con Clotilde Pacheco. Se reunían en el hotelito de la calle de Almansa, yendo cada uno por su lado, y luego los tres recorrían las cercanías en una dulce recordación Heliana de los años anteriores, cuando era más niña y estaba más sola. Algnnas noches iban al teatro, siempre acompañados de Clotilde o de Ramón Yanguas y su mujer, que elegía unas toaletas estrepitosas y mugrientas. Heliana prefería las comedias; Juan Bautista las óperas y los conciertos, y esa diversidad de preferencias que al principio aumentaba los motivos de discusión entre los novios, también acabó por unirles en un mutuo deseo de placentero sacrificio.

Cierta noche de verano Juan Bautista se presentó acompañado de Martorell a bnscar a Heliana. Ella hizo un gesto de asombro y de disgusto. Pero ante la mirada humilde, suplicante del novio, cedió.

—¿Por qué le has traído?

—Me lo pidió él. Me dijo que tú le ponías siempre mala cara, que él te estimaba mucho... No seas así, mujer. Es un infeliz en el fondo.

A Juan Bautista le divertía hablar con el escultor en la bella lengua materna. Valenciano él, mallorquín Martorell, empleaban el idioma arcaico y rítmico de su niñez, que dulcificaba la expresión feroz del escultor, que acentuaba la caricia musical de la voz abaritonada de Juan Bautista.

Heliana calló. Durante toda la noche transcurrida en Parisiana, al aire libre, apenas cambió palabras con Martorell. El escultor parecía no darse cuenta de sus desvíos. Al contrario. Se esforzaba en disipar aquel enfado con una alegría banachona y cordial, con un sagaz y despierto ingenio para comentar las anécdotas de artistas ausentes y amigos de los tres. Juan Bautista reía, encantado, y solamente al final de la noche advirtió la sostenida hostilidad de Heliana.

Al día siguiente, ella apenas le vió:

—Bueno. A Martorell no le traigas más con nosotros.

—¿Pero por qué, mujer?

—Porque no.

—Esa no es una razón.

—Pues no tengo otra. Es un tío que me molesta. Y basta.

Sí, había otra razón. Isidro Martorell, como Jesús Villabrille, seguían mirándola codicioso. En las reuniones sentía Heliana sus miradas ardientes, que parecían desnudarla y pasar sobre su piel con un frío viscoso. Martorell, más brusco, más joven también que el senador, se arriesgaba, incluso a rozarle los dedos, cuando ella le daba la taza de té. Don Jesús Villabrille, temblona la boca húmeda, seguía piropeándola en voz alta.

—Esta chica... Es una tentación... ¡Qué suerte tienen algunos hombres!

Ella ni siquiera le sonreía. Le bastaba con volver la cabeza y buscar el rostro de su novio en un beso imaginario.

Juan Bautista trabajaba en el estudio del maestro. Unos días con Javier Tasara. Casi siempre solo, bajo la mirada apasionada de Heliana.

Tasara pintaba mucho menos. Las mujeres, las comilonas, aquel ansia insatisfecha de divertirse y de gozar plenamente la vida, le iban alejando del arte. Desatendía los encargos, dejaba cubrirse de polvo las obras empezadas y únicamente en una borrachera sentimental, al despertar a media tarde en el lecho de una amiga con la nuca y los riñones doloridos, pensaba en rectificar el empleo de sus energías, cada vez menos poderosas; en reponer sus ingresos, cada vez más exiguos. Tuvo que acudir a préstamos usurarios, a pintar para marchantes que compraban a bajo precio «cuadros de venta» que luego en América se tarifaban de un modo exorbitante.

A lo mejor alguien, aquella chilena, aquellos amigos argentinos a quienes retratara en otro tiempo le decían:

—¿No sabe? Unos amigos nuestros han comprado una obra suya en doce mil pesetas. Sea enhorabuena, maestro.

Y él sonreía. Aquel cuadro lo vendió Tasara en dos mil pesetas, y las dos mil se fueron en quince días con la mujer de turno.

Pero conforme el talento de Tasara se nublaba y su reputación se empequeñecía, iba destacándose más el de Juan Bautista. Una Exposición particular en el Círculo de Bellas Artes le valió varias ventas y encargos. Al estudio de Tasara empezaban a acudir señoras que no necesitaban escapar por la puertecilla de las aven-

turas... aunque algunas de ellas no dejaran de sentir deseos de Juan Bautista. Pero estaba allí Heliana, cada vez más enamorada de su novio.

Y aunque no estuviera. Juan Bautista, cuando cobraba alguno de aquellos retratos femeninos, vertía en la falda de ella los billetes.

—Toma, tuyos son. Guárdales, mare.

Y antes de que ella los guardase la cogía de la cintura y empezaba a bailar un vals loco, un vals vertiginoso, acrobático, que tarareaba él con su voz fuerte y pastosa a lo largo del estudio, sobre los billetes que revolaban y a veces rasgaban los tacones de Heliana.

—Ahora, la primera medalla. Cuando venga la primera medalla nos casamos, ¿eh, mare?

Ella asentía, con lágrimas de dicha en las moras niñetas.

Se acercaba la Nacional. Juan Bautista empezó a pensar en su cuadro. Quería hacer algo definitivo, una de esas obras perdurables, que se van madurando en el cerebro del artista sin él darse cuenta, y que surgen de pronto para ser realizadas, en una fiebre sostenida, creciente...

—No doy con nada, chiquilla. No sé... No sé...

Y un día que ella estrenaba un traje rojo, exclamó al verla entrar y oirla decir:

—¿Te gusta?

—¡Ya está, mare! ¡Qué estupidez dudar tanto! Haré tu retrato.

Heliana se puso pálida.

—No, eso no. Piensa etra cosa mejor.

—¿Por qué?

—Qué sé yo... Me parece que un retrato... ¿eh? ¿no crees?

Pensaba en las dos derrotas anteriores de su padre y su padrino; en la imposibilidad de que su rostro fuese reproducido fielmente por un pintor. Pero Juan Bautista no la hacía caso. Seguía mirándola absorto:

—¡Oh, qué cosa más fuerte, Heliana! Tú no puedes imaginarte... Será una explosión, uno de esos lienzos que necesitan para ellos solos una sala entera si no quieren que abrase a todos los que le rodean. Así, tal como estás, con tu cabellera ígnea, tu traje fulgurante, sobre un incendio de crepúsculo, en una tierra roja como la de mi Valencia... Y en medio tu carne incólume, tus ojos inextinguibles. Serás la cercada por el fuego, la acosada por los urentes peligros y la incólume de todos. ¡Mi salamandra bendita!

La besaba las manos, la besaba la frente. Reía. Lloraba. Su alma moruna era un fuego más en torno de la figura pálida, triste, acuciada por un pesimista presentimiento de derrota...

Cuando le dijo a Javier Tasara su proyecto, el maestro tuvo un gesto de amargura:

—Haz otra cosa, Juan Bautista, créeme. A Heliana no se la puede pintar. Yo lo he intentado, lo intentó su padre...

—¡Ah! Yo no sabía... Pero bueno. Yo lo intentaré también. ¡Qué collons!

Y a la quinta sesión, Tasara no pudo contener un gesto de envidia, ni Heliana un grito de triunfo.

Luego, cuando los dos novios se quedaron solos, ella le besó la mano.

—¿Qué haces, mare?

—Besar tu mano, *fill meu*. Eres más, mucho más grande de lo que yo creía.

—¡Bah! Espera aún.

⊠

Inevitablemente, el retrato de Heliana obtuvo la primera medalla. La misma tarde en que se fijaron las listas de las recompensas, aguardaban noticias en el estudio. Ramón Yanguas acudió a traerlas. Venía radiante:

—¡Un abrazo, muchacho!

—¿Sí?

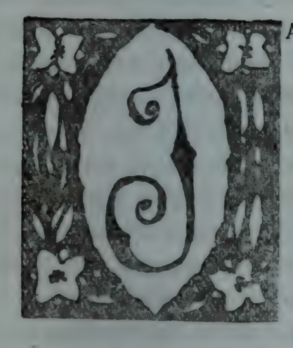
—La primera de las primeras.

Y Yanguas, que despreciaba las medallas, que desdeñaba las consagraciones oficiales, sentía en aquel momento una emoción profunda, con el triunfo de su amigo.

Heliana se llevó la mano al corazón:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tengo miedo de ser tan feliz!

V



AMÁS tuvo la Academia de San Fernando tan lucido aspecto de mundana fiesta como en la tarde que fué recibido Javier Tasara en la vacante de Martín Escoriaza.

Las habituales de las solemnidades, un reducido grupo de señoras de académicos, de escritoras viejas, de pintoras no menos viejas, de alguna dama frecuentadora de Ateneos y conferencias — que solía elegir siempre su lugar apartado y obscuro para dormir con la complicidad del sombrero haldudo y del velo espeso —, se asombrababan y escandalizaban de la invasión de trajes claros, rostros natural o artificialmente bonitos, so-

focantes perfumes y regocijadas greguerías que iban alegrando los salones austeros con sus muebles antiguos, sus lienzos renegridos, sus ujieres encanecidos en la casa, y sus charlas discretas de buen tono cuando otras recepciones.

Se refugiaron en uno de los lados, todas juntas, buscando la autoridad de los bancos y sillones reservados a los académicos, frente al estrado, bajo cuyo dosel la efigie pálida de Felipe V sonreía.

Obligaron a sus maridos y allegados, que en otras sesiones menos peligrosas bullían libres y a su placer, a sentarse junto a ellas; cuchicheaban indignadas de que se consintiera entrar tal laya de mujeres en actos como aquél; alguna se arriesgaba a criticar con risitas contenidas las toaletas lujosas o simplemente cocotescas, los audaces ademanes, las risas espontáneas y frecuentes de las intrusas. Y, por último, todas fingían un desprecio, no tan absoluto que las impidiera mirar de reojo sus sombreros, sus trajes, sus joyas, sus zapatos, olfatear sus aromas e investigar a través de los impertinentes los afeites del rostro, rabiando por saber dónde fueron adquiridos, ya que tan bien socorrían y disimulaban los daños del tiempo.

Mientras tanto, las observadas se observaban a su vez entre ellas, y tenían parecidos cuchicheos y afectaban una despreocupación que no todas estaban en condiciones de sentir. La mayoría había entrado allí por primera vez, y a pesar suyo la cohibía un poco el solemne aparato del estrado; los cuadros de asunto religioso o mitológico, de un mitologismo que su ignorancia le daba carácter de santidad, los

ujieres graves; incluso los hábitos morados de dos obispos a quienes rodeaban unos viejecitos de levita y unas señoras vestidas de negro, a cuyo grupo no tardó en unirse la duquesa del Piélago, pizpireta, con sus veraniegos atavíos, sus faldas demasiado cortas y su escote demasiado bajo.

Poco a poco se iban tranquilizando las intrusas. Su número crecía. Se saludaban en voz alta. Eran cupletistas y bailarinas, cocotas, actrices, y entre ellas las amantes, las esposas de artistas y escritores que no sentían vanos escrúpulos por el contacto accidental. Se las acercaban, además, los amigos de camerino, de juerga o simplemente de tertulia de estudios: una serie de hombres conocidos, cuyos rostros se asomaban frecuentes a los periódicos y cuyos nombres la gente sabía más o menos de memoria.

Juntos entraron, cuando ya estaban casi llenos los dos salones, Heliana, Ivonne y Clotilde Pacheco, seguidas de Ramón Yanguas y Juan Bautista. Heliana vestía el traje rojo del triunfo reciente. Bajo una capotita negra de hojas barnizadas, su cabellera crespa se desbordaba. Junto a Heliana, Ivonne iba vestida de papagayo o de modelo para un cartel detonante. A su paso, las señoras graves reían; las mujeres ligeras reían; los ujieres se tapaban la boca para disimular la risa, y por un momento cesaron todas las conversaciones. Ella se pavoneó, orgullosa; Juan Bautista, ruborizado, se mordía los labios y tropezaba en las sillas. Ramón Yanguas, caídas las barbas grises sobre el pecho, las manos a la espalda sosteniendo su mugriento sombrero, tenía un gesto de resignación y de

cobardía. Heliana retaba a las maldicentes. Sus pupilas negras detenían las risas y hacían volver la cabeza en un confuso ademán de azoramiento a los hombres.

Cuando al fin se sentaron, faltaba Clotilde.

—¿Y Clotilde?—dijo en voz alta Heliana.

Miraron hacia atrás. Se había quedado de pie entre los hombres llegados a última hora, humilde y vergonzosa, con su traje negro, atrasado de moda, y su velillo de menestrala. Tuvo miedo a llamar la atención; presentía lo que iba a sorprender la salvaje policromía de Ivonne y procuró rezagarse. Desde lejos se negaba con la mano; con la cabeza, indicaba que estaba allí bien. Pero Heliana, y lo qne fué peor, Ivonne—que aprovechó la oportunidad para ponerse de pie y lucir su toaleta de criolla—, insistían.

—Tiene usted sitio.

—Hay silla para usted.

No hubo remedio. Bajo las miradas de todos, cruzó la mísera pidiendo perdón en voz baja, muy pálida, con su actitud de enferma y de beata. No la miraron mucho tiempo. ¡Bah! «Una acompañanta.» «Una parienta pobre.»

Y, sin embargo, era como las duquesas y las grandes damas rutilantes de joyas y menos jóvenes que ella; como las artistas y las cocotas: una mujer que tuvo entre sus brazos algún tiempo a Javier Tasara, el recipiendario de la gloria indudable y de las galantes historias donjuanescas.

Hacía calor. Estaba mediado el mes de Julio, y la calle de Alcalá yacía en ese letargo deslumbrado de las tardes estivales a primera hora. Dominaba el mur-

mullo de las conversaciones el ris-ras de los abanicos. Alguien abrió un balcón; pero en seguida los ujieres acudieron a cerrarle. El tan-tan de los tranvías, el rodar de los carruajes, los pregones de vendedores de helados y de décimos perjudicarían a los discursos.

Y cuando ya la gente se impacientaba se sintió hacia el fondo de la sala primera un murmullo.

—¡Ahí está! ¡Ahí está!

Hubo un revuelo de faldas, una vaharada de perfumes que enrareció más aún el ambiente; ondularon los sombreros floridos, las cabecitas juveniles. Heliana se puso de pie. Clotilde en su rincón se oprimía el pecho y sentía deseos de llorar.

Pero no. No era todavía Javier Tasara. Eran el presidente de la Academia, los dos obispos, otros dos académicos vestidos de frac y con la medalla rutilante sobre la pechera blanca. Uno de ellos, Gregorio Valderrama, el maestro de las barbas grises y el cuerpo hercúleo, encargado de contestar a Javier Tasara en nombre de la Corporación. Sonreía a todo el mundo. Al pasar le saludaban los jóvenes con una simpatía filial; los viejos, de un modo fraterno, de hermanos mayores que disculpaban su entusiasmo por las nuevas tendencias.

—¿Y Tasara? ¿Y Tasara?—se oía preguntar a voces femeninas,

Las habituales a las solemnidades académicas hacían gestos de desdén y suficiencia. «¡Ignorantes!» «¡No saben la costumbre!»

Se sentaron en el estrado, bajo el dosel. El presi-

dente de la Academia, un viejo alto, recio, con las barbas blancas y el rostro rojizo, en el centro. A sus lados, los dos obispos y después Valderrama y el otro académico, un calvo insignificante, con gafas y el bigotillo teñido de negro. En uno de los extremos aguardaba el sillón destinado a Tasara.

Fué un instante de silencio. Ni siquiera los ris-ras de los abanicos, En la calle se oyó decir: «¡Helaíto de mantecao!» «¡Qué rico!»

Valderrama pidió la venia del presidente y volvió a bajar del estrado y a cruzar por entre los grupos de damas elegantes y elegantes peripatéticas. Casi en seguida tornó acompañando a Javier Tasara.

El murmullo se cambió en un súbito estruendo de aplausos. Las mujercitas frívolas aplaudían como en un teatro o como en los toros, le saludaban en voz alta. Los señores del estrado fruncieron el ceño. Las habituales se abanicaron furiosas: «¡Qué escándalo! ¡Nunca se había visto aquello!» «¡Que esperasen a la lectura de los discursos!» Hubo unos siseos de los graves académicos, de los maridos a quienes sus esposas azuzaban.

Javier Tasara, un poco quebrada la color, sonreía a diestro y siniestro, sin ver a la gente. Había engruesado, con una gordura fofa, linfática, que el frac de última moda, un frac exageradamente elegante, como el de un primer galán de comedia, hacía resaltar. Arrastraba algo los pies, y un tic nervioso le muequeaba la boca. Los cabellos, grises en los aladares, se aclaraban cada vez más en lo alto, y apenas disimulaban la calvicie invasora. En el rostro afeitado, las hue-

llas de agotamiento, de vejez prematura, eran ya demasiado elocuentes. Y, sin embargo, así, sonriendo, gallardo, y un poco fanfarrón, como un torero o un cantante, entre tantas mujeres que fueron suyas, Javier Tasara recobraba su empaque de buen mozo y destacaba su testa con un gesto noble y simpático.

Ya en la mesa empezó a leer su discurso. El tema fué grato a la Academia y afianzaba la reputación del artista en el sentido de su casticismo y de su amor al cuerpo femenino: *De la Venus del espejo a la Maja desnuda*.

Al principio el título inquietó un poco a los miembros de la Academia. Después, al leer las cuartillas originales, se tranquilizaron. Aunque era una exaltación del desnudo, Tasara sorteaba hábilmente los conceptos que pudieran ser escabrosos y se desviaba finalmente hacia apologéticas consideraciones de la pintura española. Hubo, sin embargo, que suprimir algo, no sin que protestasen Octavio Picón y Valderrama, sin que don Amós Salvador se indignara con pintorescos tacos y reniegos...

En el súbito silencio, la voz de Javier Tesara iba haciendo el panegírico de su antecesor don Martín Escoriaza. Temblaba un poco la voz, cálida, insinuante, como en los preliminares de una erótica lucha. Alguna mujer entornaba los ojos, complacida y nostálgica.

Surgía del discurso de Tasara un Escoriaza idealizado, un pintor excepcional y prodigioso que hacía sonreir a varios de sus compañeros. Tasara elogiaba «el concienzudo dibujo», «la sobria pincelada», «el sabio

acierto de luces», «el acierto de los asuntos», «la valentía de la composición».

Los jóvenes se impacientaban. Las mujercitas se aburrían un poco. Se empezaron a oir risitas contenidas. Y los abanicos volvieron a sonar de nuevo, furiosamente agitados.

—«Y ahora, señores, consentidme que éntre de lleno en el tema de mi modesta disertación, que haga surgir ante vosotros, entre aquella española mujer, de firme cuerpo y pudorosa actitud, vuelta de espaldas al espectador en la National Gallery, y esa mujer española, de cuerpo menudito y actitud audaz, ofreciéndose a las miradas de los hombres en el Museo del Prado, una teoría de figuras femeninas desnudas por el conjuro del arte...»

Tornó el silencio del principio. La voz de Javier Tasara, ya más seguro de sí mismo, se robusteció, se hizo más amplia. Sus ademanes, un poco anquilosados en el comienzo, adquirían cierta soltura oratoria. Pero de vez en cuando aquel tic nervioso de la boca le hacía muequear y tartamudear a pesar suyo. Era como una fugacísima parálisis.

—¿Qué le pasa a Tasara?—preguntó uno de los obispos al presidente.

—No sé. Pero es raro ese gesto.

Heliana, suspensa de la voz del padrino, se volvía de. cuando en cuando hacia su novio y le apretaba la mano

—¡Qué bien! ¿Verdad?

—Es un granuja simpaticón.

Ramón Yanguas se mordía la punta de las barbas, doblándolas hacia arriba.

—¿Le gusta, Yanguas?—preguntó Heliana.

—¡Oh! ¡Mucho! ¡Figúrese! Siempre dije que éste llegaría adonde le diera la gana. Sabe conquistar mujeres y adular a los viejos; ¿para qué más?

Ivonne le miró despectiva.

—Envidia y vergüenza es que te da todo eso. Si tú habrías hecho la misma cosa no te roerías ahora los codos de hambre, imbécil.

—¡Ea! Ya soltó dos coces la mula.

Les sisearon. Tasara, desde el estrado, miró hacia ellos. Al ver a Clotilde Pacheco, absorta, extasiada, hizo un involuntario mohín de disgusto.

Seguía leyendo. La promesa de un discurso galante, frívolo, animado por rosadas nalgas, erectos pechos y cígneos brazos de mujeres desnudas, no se cumplía. Hábilmente, el pintor daba un norte más grave, un sabor más rancio a sus palabras. Se olvidaba voluntariamente de las furtivas paganías del siglo XVIII, para mostrar un misoneísmo intransigente, un calculado odio a las tendencias nuevas que nunca, hasta entonces, ya satisfechas todas sus ambiciones, se atrevió a manifestar.

—¡Qué farsante!—exclamó Yanguas.

Su mujer le pellizcó.

—¿Pero tú ves, mujer?—decía una individua estrepitosa a otra—. Nos ha engañado. Yo que creía que nos iba a decir esas atrocidades que nos dice a nosotras.

—¡Bah! No sé cómo te choca. Desde hace algún tiempo Javier ya no está para nada. Boquilla, boquilla nada más.

Se rieron demasiado fuerte. Uno de los obispos las anatematizó con la mirada.

Pero al final, Javier Tasara, que jugaba con su auditorio como con una querida medio desengañada, volvía a defender el desnudo, a cantar a la juventud placentera y rebelde:

—... No olvidemos aquellas palabras de Dimitri de Merejkowski: «¡Oh! ¡Y cómo somos ahora vergonzosos y deformes! Tenemos miedo a nuestra desnudez pobre y deplorable; la ocultamos porque nos sentimos feos e impuros. Sin embargo, hubo un tiempo, Juliano, en que las doncellas de Esparta salían a la palestra desnudas y orgullosas de su belleza ante su pueblo. Y nadie temía la tentación. Los puros contemplaban a los puros. Eran como niños, como dioses.» Tal vez, señoras y señores, estemos en un momento auroral que presagia resurrección de antiguas paganías. El alma inmortal que se ha querido ahogar tantas veces, acaso está pronta a reaparecer de nuevo para que a su paso, como al del dios multiforme, nazcan las flores, maduren prematuros los frutos de los árboles, y corra leche y miel por los cauces resecos de los ríos, y broten manantiales de cristalina agua como al simple contacto del tirso... Oímos ya el estruendo del cortejo de Dionisios que se acerca en nuestro siglo de aeronaves y regresiones societarias. De Dionisios, el que uncía panteras y tigres a sus carros. El que llenaba las selvas con el regocijo de su tiasa de ninfas, ménadas, sátiros y silenos; el que pudo merecer los sobrenombres de Fallen, Enorques, Ortor y los de más envilecedor sentido, pero que también era la agraria divinidad que

enseñó los misterios florales y fructíferos, que prodigó la roja alegría de los viñedos y se elevó a espiritualismos místicos. Se me ensancha el alma y me coronan el corazón vernales rosas, viendo cómo un grupo de jóvenes inicia hoy la reintegración noblemente fecunda hacia la figura de la mujer. Yo, que llevo un viejo silvano dentro de mí y que en los labios la flauta de Pan me dejó un sabor deleitoso, prefiero a las vendimias de hombres que ahora se hacen en Europa las otras de los crujientes frutos en los días áureos del otoño, y prefiero embriagarme con el rojo licor que la tierra, madre de todos, nos otorga a los hombres, a encharcarla con el otro rojo licor de los desangrados hombres, hijos de ella. Porque es más terrible y más vil y más vergonzosa la embriaguez de sangre que la embriaguez de vino y de amor. Y aquel Sileno que parecía muerto al término de la fiesta báquica y aquel mancebo pálido y desmayado en plena saturnalia, volverán a levantarse; pero los soldados que se tambalean como ebrios, caen en el fondo para no levantarse más...

—¡Pum! ¡Catapum! ¡Chin chin! ¡Amén!—exclamó Ramón Yanguas.

No le oyeron más que su mujer y Heliana. La gente se había levantado y aplaudía incansable. Algunas señoras se limpiaban las lágrimas. Javier Tasara sonreía, secándose el sudor. Y de pronto, cuando ya se había levantado Valderrama para contestar, hubo un instante de confusión hacia donde estaba el grupo de Heliana. Clotilde Pacheco, lívida, cerró los ojos, se le aflojaron los músculos y cayó sin conocimiento sobre el hombro de Ivonne.

La gente se arremolinaba en torno del grupo.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Una señora que se ha desmayado.

—¡Claro! ¡Hace un calor horrible!

—¡Que la saquen fuera!

—Que la echen un poco de agua.

—¡Sentarse! ¡Silencio!

Entre Ramón Yanguas y su mujer llevaban el cuerpo inerte de Clotilde Pacheco. Detrás Ivonne, satisfecha de atraer las miradas hacia su falda verde, su blusa amarilla y su falso jipijapa con una cinta de la bandera española, iba abanicándola el rostro pálido: Valderrama hubo de suspender la lectura breves momentos y miraba, como las demás personas del estrado, hacia la puerta por donde ya salía el grupo. Javier Tasara, que reconoció nuevamente a su antigua amante, crispó los puños. «Aquella mujer. ¡Quién la mandaba a ella venir a dar espectáculos idiotas!»

Heliana se quedó. Quería oir a Valderrama el elogio de su padrino. Juan Bautista, que se había sentado al lado de ella en la silla que ocupaba Ivonne hacía un momento, murmuró:

—¡Pobre Clotilde! El calor, sin duda.

—¿El calor? ¡Tantas cosas, Juan Bautista! Clotilde sigue adorando al padrino como hace quince años. La emoción era demasiado fuerte para ella. Además, tú no sabes. Está muy enferma... De la matriz.

Valderrama había vuelto a leer con una voz reposada, con unos ademanes tribunicios. Iba trazando de un modo afectuoso y cordial el retrato artístico de Javier Tasara. Aludía a su infancia en Málaga, las cla-

ses a la Escuela de Artes y Oficios, la escapada a Madrid, los días de bohemia, el triunfo rápido; analizaba después sus cuadros, donde se advertía la influencia de los grandes maestros españoles...

Juan Bautista se acercaba a Heliana.

—Mírame.

Ella volvió los ojos hacia el novio. Su mirada palpitaba en un brillo húmedo y acariciante.

—¿Qué?

—¿Me quieres, chiquilla?

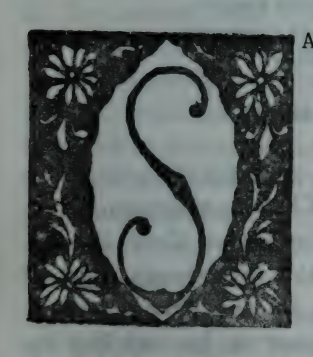
—¿Y lo dudas?

—Ya falta poco tiempo, mare...

Habían fijado para el mes de setiembre la boda. Luego marcharían a la India. Juan Bautista se ahogaba en España; le parecía Europa monócroma para su retina.

Y mientras Valderrama seguía leyendo y las mujeres se abanicaban y los artistas escuchaban con una complacencia que no tuvieron para el discurso de Javier Tasara, Heliana y Juan Bautista acabaron por olvidarse de cuanto les rodeaba.

VI



ALIERON con estruendosa algazara, riendo y hablando a gritos, entre el súbito retemblar de los motores, el revuelo de los trajes claros femeninos y la fantasmagoría de sus siluetas en los rectángulos luminosos que las puertas y ventanas abiertas de la casa de Tasara desdoblaban sobre la calle.

Eran cerca de las tres de la madrugada y la calle Ferraz estaba ya silenciosa y vacía del bullicio nocturno. Hacia Rosales se oían músicas lejanas.

Volvían los unos a sus domicilios; continuarían los otros la fiesta y el holgorio yendo a ver amanecer

en un restorán de la Cuesta de las Perdices o en el Pardo.

Habían cenado en el estudio de Javier Tasara para celebrar la recepción del pintor en la Academia. Estaban todos sus amigos íntimos y algunos de los ocasionales: Valderrama, Martorell, Jesús Villabrille con sus dos hijas, unas púberes feas, de equinas facies, gemelos tipos de las modernas tobilleras, viciosas y lánguidas como hembras en celo; Fernando Coeses, el retratista almibarado; Yanguas y su mujer Ivonne, con quien la duquesa del Piélago se había divertido toda la noche, emborrachándola de champáñ y haciéndola cantar viejos cuplés idiotas de sus años de *beuglant:*

«Verse, verse, verse encore
Ah! vidons, vidons l'amphore!
De Paris à Ma-ka-o
C'est le Cliquot
C'est le Cliquooooooot!»

para bochorno de su marido, un poco ebrio también; los discípulos, Nebot, Pablo Cimbra, el jorobadito de los ojos azules y los dedos ganchudos; Cruz Quintana, con sus arreos y sus gestos hombrunos, que se sentó al lado de la *Rondeña*, sin que ésta, acostumbrada a los plebeyos tribadismos de los teatrillos de varietés, rechazara sus audacias, cada vez más apremiantes. Y además cuatro o cinco hombres y otras tantas mujeres, transitorios comparsas de la vida irregular de Tasara. Conocidos de garito, de colmado y de restoranes nocturnos, cuyos medios de vida se ignoraban o se presentían y de los cuales y de las cuales

sólo sabían a medias los nombres de pila y de guerra.

Se despedían en voz alta, cambiaban horas de cita para el día siguiente, cuchufletas de dudoso gusto aprendidas en las comedias de moda, *timos* salidos de lupanar o de casa de juego. Y reían, reían sobre todo con un estrépito agudo.

Heliana, desde la puerta, les veía acomodarse en los autos, estrecharse las manos, abrazarse con una efusividad alcohólica. A su lado Juan Bautista la oprimía la mano y la buscaba los ojos con la mirada de los suyos fulgurantes.

—¿Te irás derecho a casa?—preguntó ella.

—Ahora mismo. ¿Y tú?

—Me acostaré en seguida. Tengo la cabeza pesada, los nervios como rotos...

—El champáñ. Has bebido mucho.

Mugían chirriadoras las bocinas y los autos se marchaban hacia ambos extremos de la calle. Los viajeros agitaban la mano, los sombreros, a los que permanecían agrupados sobre la acera.

—¡Adiós! ¡Adiós!

—¡Divertirse!

—¡Buenas noches!

Con menos algazara se fueron despidiendo los demás: el matrimonio Yanguas, Martorell, Valderrama, Pablo Cimbra, Juan Bautista...

Heliana mandó cerrar la puerta y entró en el estudio, todo revuelto por la fiesta. En la mesa enorme centelleaba la cristalería. Había copas mediadas, botellas caídas, grandes manchas de vino y de café sobre el mantel. Las flores se marchitaban en los centros

de plata. Aun abierto el ventanal sobre el jardín, olía el estudio fuertemente a tabaco, a mujeres demasiado perfumadas.

Detrás de Heliana habían entrado Manolo, el criado, y Luisa, la doncella. Silenciosamente empezaban a poner un poco de arreglo en las sillas, en los sillones, a levantar la mesa.

Heliana se volvió bruscamente:

—No, no. Dejadlo. Mañana se quitará. Quiero estar un rato sola. Apagad todo. Acuéstese, Luisa. Usted, Manolo, esperará al señorito, ¿verdad?

Manolo se encogió de hombros.

—¡Bah! No hará falta. Ya será entrada la tarde cuando vuelva.

—Bueno. Apagad...

—Hasta mañana, señorita.

—Adiós, Luisa.

Habían apagado las luces. Y por el ventanal abierto la luz blanca de la luna plena entraba a raudales. Tenía así el estudio un aspecto menos brutal de orgía y de saqueo. Las cosas se insinuaban blandamente.

Heliana bebió un sorbo de champáñ. Tenía una sed áspera, que excitaba la sequedad de las fauces. La frente le dolía y por el cuerpo el sudor le ziszagueaba en finos surcos templados.

Arrastró un sillón hasta el ventanal, y sentada en él, con los brazos en alto, desabrochada la blusa, dejó vagar la mirada por el jardín.

La noche de julio daba un encanto escenográfico a los árboles y los macizos, inmóviles, con sus notas claras de las flores y la dulce invitación de los senderos

nevados de luar. Al otro lado de las tapias se extendía el paseo de Rosales con sus rumores vagos de músicas y, de cuando en cuando, el pitido insuave de alguna locomotora.

Heliana pensaba en Juan Bautista; se estremecía al recuerdo de su contacto durante la cena. Los vinos habían encalidecido su amor exaltado, su verbosidad apasionada, y nunca le había visto tan rendido, ni escuchado tan bellas palabras. Furtivamente la robó un beso en la nuca, y el beso permanecía allí candente. Sus dedos buscaron la huella y oprimieron, mientras echaba hacia atrás la cabeza en una amplia oferta de su garganta.

Entornó los párpados, entreabría la boca, sonriendo feliz a la nostalgia del instante, al presentimiento de los días futuros, y ya tan próximos...

Se adormecía deliciosamente. Voluptuosa laxitud iba sustituyendo a aquel malestar acre, áspero, de hacía un momento, cuando tenía sed y las sienes la dolorían todo el cráneo con un golpeteo. Quiso oirse su voz en aquel silencio, entre aquellos dos ambientes distintos en cuyo límite permanecía inmóvil—el puro y fresco del jardín, el denso y cálido del estudio—, y murmuró:

—Juan Bautista... *Fill meu.*

Él la había enseñado a nombrarle así, como una ratificación del apelativo filial que la daba exacerbada su ternura hasta la fusión de la amada con el cariño a la madre muerta. Y ella lo decía jubilosa, estremecidas las entrañas, temblándole de deleite la voz; porque le quería de tal modo que unía en él la pasión

núbil y la reminiscencia infantil de las muñecas, a quienes se nombra hijas.

—«Ahora estará llegando a su casa.»

Juan Bautista vivía no muy lejos del estudio, en la calle de Alberto Aguilera, en un último piso con azotea, adonde subió Heliana acompañada de Clotilde Pacheco varias veces. El artista tenía cubiertas de bellas telas las paredes. Viejos damascos de patricia entonación, arbitrarias cretonas modernas, antiguos mantones alfombrados. Sobre los muebles, cacharros con flores y con frutas, en una ansiedad sensual de levantino. Jamás, ni aun en los días infelices de los comienzos, cuando las estadas inseguras en los hostales de Jacometrezo, Tudescos o Montera, dejó Nebot de alegrar su cuarto con flores.

Heliana salía con las manos llenas de ellas a cada visita. Incluso Clotilde Pacheco llevaba algunas a su melancólico retiro de la calle Almansa.

—Te dejamos sin aroma la casa—dijo Heliana un día.

Y él, galante, contestó:

—¿Y el tuyo? ¿No queda aquí?

«Ahora se estará acostando»... volvió a pensar Heliana. Y la imaginación se la encalenturó, a pesar suyo, con un deseo carnal por el buen mozo. Conocía la alcoba de él: aquella cama tan estrecha, cubierta con un poncho ecuatoriano de colores vivos; con el tocador isabelino, evocante de una dama del siglo XIX, de una de esas siluetas femeninas con faldas pomposas, bandós románticos y manos afiladas que salen de los vuelillos de encaje y juguetean con las cadenas del

reloj en las fotografías pequeñas y empalidecidas, guardadas en los álbumes familiares, forrados de terciopelo. Reveía Heliana los cuadros colgados de los muros: sobre el lecho, una copia, hecha cuando niño por Juan Bautista, de la Virgen de los Desamparados, de Valencia; en la pared de la izquierda, sobre la mesita de toaleta, donde brillaban las niqueladas herramientas, los frascos de líquidos verdes y dorados, había un retrato de la madre, vestida de labradora valenciana, grave, majestuosa la expresión, que hacía recordar el busto ibérico de la Dama de Elche. En la otra pared, una obra de Javier Tasara, un desnudo abocetado, que no llegó a totalizar nunca. Y sobre la mesa de noche, en un marco de cuero repujado, una fotografía de Heliana, sonriéndole.

—Cuando apago la luz, es lo último que veo—la dijo él—. Cuando abro los ojos, va hacia ti la primera mirada...

«O tal vez no se haya acostado aún... Quizás se haya asomado un rato a la azotea para mirar al cielo, como yo ahora...»

Buscó el parpadeo alto de Venus, la estrella amiga de los amantes, de los pastores. Sonrió al recuerdo de un atardecer pretérito, que les sorprendió la noche en la terracita de su novio. Venus empezó a fulgurar sobre ellos, que tenían los brazos enlazados y las caras juntas. Y Juan Bautista, bajito al principio, animándose luego, a toda voz por último, empezó a cantar el júbilo de Tanhauser en la gruta venusta.

«¡Para ti, para ti sola, resonarán mis cánticos! ¡Que siempre sean el himno esplendoroso de tu divinidad!

Tu encantadora gracia, fuente es de toda belleza, y tus obras las más suaves maravillas. ¡Surja y fulgure para ti sola el fuego qne en mi corazón encendiste y sea yo para siempre tu adalid contra todos!...»

Sobre ellos nada más que la comba azulada y el polvo luminoso de los astros. Y desde lo hondo el hervor de la ciudad. Clotilde Pacheco, las manos juntas, oía a Juan Bautista como a un dios. Y Heliana, asida por él, abrazada por él, alentada por él, esclava de él, dejaba correr silenciosas lágrimas de felicidad sobre su rostro. ¡Hora inolvidable!

❖

—¡Buenas noches, Heliana!

Lanzó un grito de espanto. Tardó en reconocer aquella figura de hombre y aquella voz viril que la interrumpía de su soñación.

—No se asuste usted. Perdóneme. Debí anunciarme antes...

Era Isidro Martorell. De pie en medio del estudio, a la claridad lechosa de la luna, parecía más brutal su silueta de plantígrado. Tenía la voz más ronca por el alcohol o por aquella sensual codicia que siempre le inspiró Heliana.

—¡Usted! ¿Y a qué viene usted? ¿Por dónde ha entrado?

Se había puesto de pie. Instintivamente se refugiaba detrás del sillón.

—¿Por dónde iba a entrar? Por la puerta. Le he dicho a Manolo que se me había olvidado una cosa urgente.

—Bien. Recoja lo que sea y váyase. Yo me voy a acostar y...

—No. Si eso del olvido era un pretexto.

—¿Un pretexto? No comprendo.

Mentía. Temía comprender. Volvían a dolerle las sienes, a secarse sus fauces. Isidro Martorell adelantó algunos pasos.

—Sí. Necesitaba hablar con usted seriamente.

—Usted no tiene que hablar conmigo nada que no puedan oir los demás. Váyase, Martorell, se lo ruego.

—Un poquito de calma, mujer. Ya me iré. Aún es temprano.

Avanzó un poco más; con pasos torpes, agarrándose a la mesa, a las sillas. Heliana retrocedió tan brusca, que contra su espalda sintió el choque violento de la barandilla del ventanal. De este modo, ella quedaba toda en sombra. Su cabellera le ponía un halo rojizo en torno de la cabeza. El escultor recibía en cambio el blancor lívido de la luna. Tenía un gesto feroz y ávido, con la mandíbula inferior saliente, los ojos inyectados, la nariz venteadora, las barbas temblonas. Su mano velluda tropezó casualmente con una botella. La cogió y la miró al trasluz:

—¡Hombre! Champáñ... Tengo una sed. ¿Usted me permite, Heliana?

Tardó en llenar una copa, inseguro el pulso. Bebió de un trago y eructó.

—Usted perdone... Bueno. A lo nuestro.

—No dé usted un paso más.

—Bien. Me sentaré.

Se dejó caer pesadamente sobre una silla.

—Ha sido una noche estupenda, ¿eh? Javier sabe hacer bien las cosas.

Heliana miró vagamente hacia afuera, midiendo la altura del ventanal sobre el jardín. «¡En último caso!»

—Bueno. ¿Qué quiere usted?

—¡A usted!

—¿A mí? ¡Imbécil!

—Sí, señora; imbécil, imbecilísimo, bestia, idiota, todo lo que usted quiera. Pero usted tiene la culpa. Vamos a ver, Heliana; usted está convencida de que yo no soy uno de esos hombres con los cuales se juega.

—Yo no he jugado jamás con usted. Ni ganas.

—Usted se burla de mí, usted no me quiere.

Se le aflautaba la voz de un modo grotesco, como si fuese a llorar.

—¡Heliana! Usted es para mí todo en este mundo. ¡Yo quiero casarme con usted!

Ella se echó a reir.

—¿Pero está usted loco?

—No lo sé. Lo que sé es que... Bueno, vamos por partes... ¿Usted quiere servirme de modelo para una cosa que voy a hacer? No hay que asustarse. Es para una Virgen de... de... Bueno, ya le diré qué Virgen es, ¿eh? ¡Qué calor!

Volvió a eructar. Sudaba copiosamente. Se había levantado de nuevo. Heliana empezaba a tranquilizarse. Martorell había bebido mucho durante la cena. Borracho sería tal vez menos peligroso. Se tambaleaba, sin fuerzas.

—Vaya, Martorell, déjese de tonterías y salga del

estudio. Mañana hablaremos... ¡si me da la gana! Porque entre usted y yo no hay nada que hablar.

—¡Ah! ¿No?

—No. Pero por si acaso le queda alguna duda, voy a desvanecerla de una vez para siempre. Usted sabe que soy la novia de Juan Bautista, que nos vamos a casar muy pronto...

—Bueno, ¿y qué?

—Usted sabe que le he escupido una vez a la cara.

—¡Y que no me volverá a escupir más!

Quiso adelantar hacia ella y por poco se cae. Heliana, cada vez más dueña de sí misma, dejó el refugio del sillón.

—Ya no es usted solamente un oso. Es usted un cerdo también.

Él bajo la cabeza. Resoplaba.

—¿Qué más?

—Que me da usted asco, odio, desprecio. Que es usted un miserable, y que de ahora en adelante ni siquiera volveremos a cambiar la palabra.

—Bueno. Entonces... ¿Lo de la Virgen?

Balbuceaba, se le caía la cabeza sobre el pecho. Tenía un estertor de fiera agonizante. Heliana, segura de que bastaría un empujón para tirarle al suelo, fué a pasar por su lado, y entonces Martorell la cogió por un brazo, la puso la mano en la boca.

—¡Idiota, más que idiota! Me has creído borracho, ¿verdad? Pues no lo estoy. ¡Mírame! ¡Así, cara a cara!

Se había transfigurado por completo. Era el hombre temible por sus fuerzas hercúleas. Sus palabras tartajosas, sus miradas mortecinas, sus ideas incohe-

rentes, sus traspiés, habían desaparecido. Heliana veía junto a su rostro los ojos brasas, la nariz venteadora, el belfo húmedo y amenazador. La mano derecha agarrotaba su brazo desnudo. Entre los labios sentía la presión bárbara de la mano izquierda, una mano áspera, encallecida, que olía a tabaco y a yeso.

—Anda. Escupe ahora. Insulta ahora. Aunque te soltara, aunque te dejase libre, no podrías salir de esta habitación. He cerrado por dentro. Aunque pudieras gritar, no te oiría nadie. Bueno, ¿y ahora?

Ella le miraba con los ojos espantados. La violencia de la mano amordazante inclinaba hacia atrás la cabeza, doloriéndola la nuca. Por la piel, como momentos antes, la resbalaba el sudor, pero mucho más frío...

—Ya no me importa que me quieras. No me preocupa que me quieras o no. Me tiene sin cuidado que te cases con ese memo. Ahora, ¿eh?, vamos tú y yo a...

Mordió la palabra innoble, y al mismo tiempo empezó a besarla con besos glotones, a morder el pelo fulvo de su cabellera. Quitó la mano del brazo para asirla por la cintura, y entonces Heliana, separándole el cuerpo con sus brazos libres, le pateó certera entre los muslos. Fué tan vivo, tan cruento el dolor, que Martorell soltó a Heliana para llevarse las manos a la parte dolorida. Heliana aprovechó el momento para saltar hacia atrás y guarecerse con la mesa en medio de los dos. Había cogido un candelabro de plata y lo blandía amenazadora, con unas fuerzas nuevas; las velas de cristal chocaron contra el respaldo de un sillón y saltaron en pedazos.

—Canalla, canalla, canalla, canalla...

No pensaba en huir. No se le ocurría pedir auxilio. Solamente repetía el insulto con voz sorda, con una inflexibilidad monótona de rabia y de reto.

Martorell adelantó el busto y la mandíbula; separaba sus puños crispados del cuerpo.

—¡No te escaparás! ¡No te escaparás!

Durante unos minutos los dos repetían las mismas palabras, incapaces de hallar otras, desafiándose con el gesto, e inmóviles de actitud.

Entre ellos la mesa del banquete, con sus flores marchitas, sus fruteros medio vacíos, las copas donde temblaban un poco los liquidos rojos, áureos, y el agua transparente.

Por el ventanal entraban las ráfagas sutiles y las primeras opalescencias del orto. Heliana y Martorell, al cambio de la luz lunar por la indecisa todavía del sol, parecían más lívidos y más demacrados.

Sacudió ella la cabeza. Sus cabellos rojos resplandecieron.

—¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí, o te abro la cabeza con esto!

Blandía el candelabro. Como se le cansara el brazo derecho, le cogió con las dos manos y lo levantó sobre la cabeza como una maza. Con el movimiento brusco acabó de desabrocharse la blusa. Su seno moreno, uno de los pechos menudos, macizos, quedaron libres a las miradas ardientes de Martorell.

El no se movió. Parecía hipnotizado por aquel pecho juvenil que acicataba más aún su lujuria. Heliana siguió con la mirada suya la de él, se vió el pecho al

aire y ni siquiera se cuidó de taparle. Se encogió de hombros.

—¡Míralo! ¿Qué más da? No será nunca tuyo.

Y de un grito, que casi le congestionó el rostro, llamó:

—¡Manolo!

—¡Calla, imbécil! ¿Para qué le llamas? Se enterará de todo. Lo sabrá tu novio y yo tendré que matarme con él. ¿Es eso lo que quieres?

Ella volvió a llamar al criado, pero mucho más débil, temiendo casi el ser oída. Entonces pensó en el ventanal abierto. Era grande el salto, pero no importaba...

Martorell, que notó la mirada rápida de ella, quiso aprovechar la breve distracción. Fué a saltar sobre la mesa, pero le resbalaron las manos, se agarró al mantel y sobre sus pies, en el suelo, con un estrépito horrísono, cayeron las copas, las botellas, los platos, las fuentes, los fruteros de porcelana y de plata.

Volvieron a quedar jadeantes frente a frente. Heliana blandiendo el candelabro, y con la boca borbollando de risa nerviosa. A Martorell le sangraba una mano.

Y en aquel súbito silencio, se oyó al criado forcejear en la puerta, golpear en ella.

—¡Señorita Heliana! ¡Señorita Heliana! ¡Don Isidro!

—¡Abra usted, canalla!—ordenó ella.

—¡No quiero! Acuérdese de lo que le he dicho.

—¡Abra!

—¡No!

Manolo dejó de golpear la puerta y de pronto apa-

reció en la que daba al taller. Heliana lanzó un grito de alegría.

—¡Ah! ¡Gracias a Dios!

Manolo miraba asombrado al escultor y a la ahijada de Tasara; miraba la vajilla rota en el suelo, el mantel medio caído. Heliana dejó el candelabro y, lentamente, sin que Martorell se moviera, se acercó al criado.

—Bueno. Mire bien a ese hombre, Manolo. Me acaba de causar el daño más grande de mi vida.

Martorell tuvo una frase cínica:

—¡Ojalá!

El criado, que veía a Heliana con el seno desnudo, la cabellera revuelta, un jirón en la falda, se engañó del alcance de aquellas palabras. Ella supo adivinar el pensamiento de Manolo. Se abrochó tranquila.

—*Eso* que piensas, no. ¡Qué más quisiera ese miserable! No estaría vivo, además. Pero le ha bastado intentarlo para que yo no lo olvide ni se lo perdone nunca.

Martorell empezaba a dominarse. Se arreglaba la corbata, se abrochaba y desabrochaba la americana, procurando adoptar una actitud de despreocupación.

—¡Pero don Isidro!—empezó a reprochar el criado.

—¡Qué es eso de don Isidro! Yo hago lo que me da la gana.

—No todo...—se le burló Heliana—. Pero en fin, no perdamos tiempo, que puede venir el padrino. Tú, Manolo, no has visto nada, ¿oyes? Este individuo no ha entrado aquí esta noche; yo me he acostado temprano. El secreto debe quedar entre los tres. No por él,

que no se lo merece, sino por los demás. ¿Te has enterado?

—¿Y si yo no quiero callar?—dijo el escultor.

—Callará usted. Estoy segura.

—O no. Usted tiene que acordarse de esta noche.

Heliana, que ya iba a salir del estudio, se volvió para mirar al escultor con una expresión de odio.

—De eso puede usted estar seguro. Ya lo sabes, Manolo.

Quedaron los dos hombres solos. Silenciosamente, erguida la cabeza, salió primero Isidro Martorell. Después, el criado. En la antesala, el escultor abrió la cartera y quiso dar un billete a Manolo.

—¡Oh! ¡Eso no, don Isidro!

—Sin embargo...

—No. ¡He dicho que no!

—Bien, hombre. ¿Harás lo que te ha dicho la señorita?

—Lo haré.

—Tiene razón. Es mejor para todos.

—Así lo creo. Buenos días.

Próximas las cinco de la mañana, cuando salió el escultor a la calle Ferraz la encontró bañada en esa perlina luz del sol recién tornado.

VII



L día siguiente Heliana, que deseaba no fuera Juan Bautista al estudio, temerosa de no saber disimular la impresión causada en ella por la escena con Martorell, quedó complacida. Y, en el fondo, un poco triste de su complacencia.

Pero tampoco fué Juan Bautista al otro día ni ya volvió a casa de su maestro en los sucesivos.

Javier Tasara acabó por darse cuenta y le preguntó a Heliana:

—¿Y Juan Bautista? Hace días que no le veo. ¿Estáis de *monos?*

—¿Nosotros?... ¡Qué tontería!

—¿Pero viene al estudio o no?

—No... Andará ocupado.

—Más vale así. Pensé también que estuviera enfermo.

Heliana, entonces, le escribió. Nunca habían tenido necesidad de escribirse. Se veían diariamente. Ni una sola vez quedó entre ellos ese fugitivo malestar de un acto mal interpretado, de una palabra ambigua que exigiera la aclaración de una carta. Heliana tampoco había pensado nunca en la posibilidad de tener que decirle la firmeza y creciente seguridad de su amor de distinto modo que en voz baja, juntos los rostros y en una mutua lealtad de miradas.

Pero aquel día, sí. Con una extraña angustia en el pecho, con una súbita vergüenza de su letra tosca, de su ortografía torpe. No recordaba haber escrito tampoco a nadie, en ninguna ocasión. No tenía esos plieguecillos femeninos donde las mujeres van dejando las unas su corazón y las otras no más que su perfume favorito; no se había sentado jamás en uno de esos burós frívolos y propicios a la coquetería como tocadores, para, con el alma suspensa, la mirada distraída en el espejo y mordiscando la punta de la pluma, seleccionar mentalmente las palabras más apasionadas.

Se encerró en el estudio alto de Tasara, donde había una mesita con la carpeta de brocatel verde galoneado de oro viejo, con el talavereño tintero empenachado por las plumas de ave teñidas de vivos colores, con la papelera también forrada del mismo bro-

catel verde con galones áureos y repleta de unos pliegos anchos, fuertes, barbados, algo presuntuosos, con el emblema del pintor estampado en letras de un bermellón brillante como esmalte: *Quiere amor en su fatiga—que se sienta y no se diga.*

Quedó suspensa Heliana. Tanto en estas palabras que habían de prologar, irónicas y burlescas, su amorosa fatiga, cuanto por la duda en el comienzo de la carta. Examinó la pluma, vió si había suficiente tinta, buscó el papel secante dentro de la carpeta, y todo ello despacio, muy despacio, pensando cómo debía nombrar al amado. Con el secante salieron dos hojas de papel, con sendos encabezamientos de la letra recta, espaciada de Tasara.

«Cielo bonito, esta tarde...»—decía la una—. «Regolfona de mi sangre: antes de nada, un beso. Después te diré...» —la otra—. Cartas que no llegaron a escribirse o cuyo principio rectificó.

Heliana empezó a escribir: «Juan: Cielo bonito...» Pero en seguida rompió el pliego, furiosa, avergonzada de la superchería sentimental. No; ella no podía escribir al amado como Javier Tasara a sus queridas.

Y al fin, después de romper varios pliegos, quedó satisfecha de la misma vulgaridad del comienzo: «Querido Juan...»

La vacilación vergonzosa, el miedo a su letra burda y sus barbarismos ortográficos, la angustia misma que la impulsaba a escribir, desaparecieron apenas llena la primera carilla. Luego Heliana iba dejando ir la pluma al impulso de su corazón. Las palabras acudían dóciles, y sin darse cuenta iba escribiendo ya el ter-

cer pliego. Releyó lo escrito. Era una carta vibrante e ingenua. Parecía en ciertos párrafos que brotara de una experta en los más sutiles matices de la sensualidad, y era en otros como si saliera de la mano temblorosa y menuda de una niña. Pero en toda ella, un ritmo de abnegación maternal, de éxtasis, de canción cunal, que rubricaba antes de la firma con el dulce apelativo grato al valenciano. «Adiós. Un beso en tus ojos que me supieron ver, *fill meu...*»

Cerró el sobre con dificultad. ¡Abultaban tanto aquellos tres pliegos repletos de cariño! Bajó de tres en tres las escaleras y le entregó a Manolo la carta.

—Corra usted. Llévela en seguida al señorito Juan Bautista. Dígale que espero la contestación.

Y esperando quedó realmente, asomada a una de las ventanas de la calle Ferraz, oprimiéndose el corazón, calenturienta la carne, reseca la boca.

El criado volvió pronto. Le vió doblar la esquina de Marqués de Urquijo, y mucho antes de que él llegara ya abrió la puerta y salió a la calle.

—¿Qué?

El criado sacó del bolsillo un sobre. Tan voluminoso como el de ella. Heliana sonrió. «¡Oh, qué pronto! ¡El no debía vacilar en las palabras!»

—¿Qué? ¿Está bueno?

Manolo se encogió de hombros.

—Sí.

—Lo dice usted así..., de un modo...

—¿Cómo quiere que lo diga, señorita? Está bueno, perfectamente bien. Si no viene es porque...

—¿Por qué?

Pero al tiempo de preguntarlo rasgaba el sobre y veía su propia carta, sus tres plieguecillos prietos de letra. Miró a Manolo, confusa, espantada, temiendo comprender.

—¿Qué es esto, Manolo?

—Eso, ya lo ve usted. Una porquería del señorito Juan Bautista... Vamos, señorita, entremos en casa... Pase usted.

Entró aturdida, sin ver dónde ponía los pies, dejándose conducir por el criado como una niña, como una inválida.

—Pero... ¿la ha leído?

—Sí, señorita Heliana; la ha leído, y luego me la dió para que se la devolviera a usted. A mí, la verdad, me dió vergüenza y le contesté: «¿Pero así? Métala siquiera en un sobre.» Entonces buscó un sobre grande, le escribió muy nervioso y me la dió. Yo todavía vacilaba: «Pero, señorito Juan Bautista...» «¿Qué?» «¿Y qué digo yo?» «Usted no tiene que decir nada, y si le preguntan algo, diga que no volveré jamás por esa casa, ¿lo oye?, ¡jamás!»

Heliana miraba de un modo estúpido los pliegos de papel grueso ahuesado, releía el emblema rojo y brillante: *Quiere amor en su fatiga—que se sienta y no se diga.*

Súbitamente echó a correr escaleras arriba, entró en su cuarto, se puso el sombrero y bajó corriendo también.

—Hasta ahora, Manolo.

—¿Quiere la señorita que la acompañe?

—No. Sola. Voy yo sola.

—¿Va usted a...?

—Sí. A ver qué me dice a mí...

⊠

El mismo Juan Bautista abrió la puerta. Quedó inmóvil, pálido, con una palidez que hacía resaltar su pijama de seda negra, como un pierrot trágico.

—¿Tú?

—Sí, yo. ¿Qué te pasa, *fill meu?*

Le tendía los brazos. Él, suave, pero enérgico, la rechazó.

—Déjame, Heliana...

Ella, hinchada de sollozos la garganta, turbia la mirada, preguntó:

—¿Pero qué es? ¿Qué te he hecho yo, Juan Bautista?

Se tuvo que apoyar en la jamba de la puerta.

—¿No me dejas entrar?

—¡Oh! Sí. ¿Por qué no? ¿Vienes sola?

—Sola.

Él tuvo una sonrisa de ironía que Heliana no vió, que si hubiera visto no la habría comprendido.

—Pasa.

Cerró la puerta detrás de él. Heliana iba delante, apoyándose en las paredes, doliéndole el corazón, tableteándola las sienes. Heliana miró alrededor. Dentro de los jarros, de los floreros, había ramos secos, malolientes. Se dejó caer en el diván y así levantó hacia el amado sus pupilas llorosas.

Él permanecía de pie, la cabeza baja, fruncidos los

labios, atrozmente pálido. Dentro de los bolsillos las uñas de sus dedos debían clavarse en la palma con una violenta crispación.

—¡Oh, Juan Bautista! Es posible que tú hayas hecho eso...

Él se irguió. Recibía de lleno en el rostro la luz cruda de aquella mañana de julio. Heliana le notó demacrado, con grandes ojeras, con una expresión de dolor infinito.

—¿Qué he hecho yo?

—Devolver mi carta, no ir, decir cosas infames...

Él se encogió de hombros. Heliana se quitó el sombrero de un tirón, sacudió su cabellera roja. Volvió a querer abrazarle.

—Estate quieta, Heliana, te lo ruego.

Y luego, con una voz amarguísima, con un acento desgarrado, añadió:

—¡Ay! Si esa carta la hubiese yo recibido en otro tiempo... ¡Qué felicidad!

—¿Y ahora, no? Explícate, Juan Bautista. Explícate o voy a volverme loca.

—¿Pero no lo comprendes? ¿No te da vergüenza de estar delante de mí?... ¡Di!

La oprimió la muñeca de un modo bárbaro. La acercaba el rostro, un rostro nuevo para Heliana, con los ojos despiadados y los dientes chirriadores.

—¿Vergüenza? ¡¡Suéltame!! ¡A ver! Ahora yo te ruego, te exijo que hables.

—¿Lo quieres?

—¡Claro!

Juan Bautista fué a hablar; pero no pudo. Se ocultó

la cara entre las manos. Heliana le oyó balbucear.

—¡No... puedo! ¡No puedo...!

Ella golpeó el suelo con el pie.

—¡Vamos! ¡Di! ¿De qué me tengo yo que avergonzar?

—Lo sabía todo el mundo...—murmuró él—, todo el mundo...

—¿Pero el qué? ¡¡¿El qué, Dios mío?!!

—Que eres la querida del maestro, de ese...

—¡¡¡Jesús!!!

Como un mazazo en el cráneo, las palabras de su novio la tumbaron contra el diván. Se sintió morir en un súbito abandono de todas sus energías. Hubo un silencio ancho, cóncavo, entre ellos. Luego ella empezó a sollozar.

—¡Qué infamia! ¡Qué infamia!

Juan Bautista, inclinado sobre ella, ebrio de su dolor, la decía:

—¡Y yo iba a casarme contigo! ¡Y yo no veía las risas, las burlas que en torno mío había seguramente! ¡Y yo, estúpido de mí, no comprendía nada, no sospechaba nada!

Heliana se alzó en un ímpetu bravo:

—¿Pero has creído eso?

Todo en ella desmentía la calumnia. Los ojos leales, cuajados en una mirada de horror; la boca contraída por el asco, la frente limpia, el acento altivo, la actitud de orgulloso desprecio.

Juan Bautista retrocedía. Con la voz cobarde iba devolviendo el cieno de que colmaron su alma.

—El maestro no respeta nada; no le importa nada...

Yo sé de él las historias más ruines en cuestión de mujeres. Luego, cuando me lo dijeron, empecé a recordar detalles, momentos. Tú le besas a todas horas, delante de todo el mundo; él te acaricia la cara; tú le defendías siempre que yo atacaba su vida o su pintura. El otro día en la Academia, cuando él hablaba, tú le mirabas embobada, y cuando se desmayó Clotilde Pacheco, tú, que la quieres tanto, la dejaste marchar porque no querías perder nada de los elogios de Valderrama a ese hombre...

—¿Y tú lo has creído?

Más dolorosa, menos altanera la pregunta. El horror de la mirada se cambiaba en una expresión de suprema tristeza, el asco de la boca en un esguince de desaliento; la frente pareció nublarse. Y buscó el apoyo de una silla para no caer.

—Lo he creído y lo creo. ¡Tú no sabes qué días tan horribles he pasado! No salgo de casa, no duermo, apenas como. Me he golpeado la cabeza contra las paredes. Me he roto los puños; mira, aún me sangran. Pensé ir y matarle a él. Después he pensado que ni uno ni otro lo merecéis.

—¡Y tú lo has creído...!

Ya esta vez la pregunta no fué más que un lamento. En los ojos no se veía expresión alguna, porque la borraban las lágrimas; en la boca, ni asco ni desaliento, sino la necesidad de quejarse. Y dobláronse las piernas y cayó de bruces sobre el diván.

Él, implacable, continuaba:

—Sí, lo he creído, porque es verdad. ¡Si era un secreto a voces! Todos, la duquesa, Martorell...

Al nombre del escultor, Heliana volvió a erguirse. Roja de llanto y de vergüenza, se acercó a su novio.

—¿Ha sido Martorell quien te lo ha dicho?

Él quiso eludir la respuesta.

—Martorell u otro, ¿qué más da?

—No. No es lo mismo. ¿Martorell, no es cierto?

—Y si ha sido él, ¿qué?

Ella fué a decirlo todo, a devolver dolor por dolor, a destruir tal vez la calumnia; pero seguía sintiendo el mismo amor de siempre por Juan Bautista e imaginó a los dos hombres frente a frente.

—Tienes razón. Es igual él que otro.

—¡Ah! ¿Confiesas?

—¡Qué voy a confesar! Te juro por mi madre...

—¡Tu madre! ¡Otra que tal!...

Heliana quiso indignarse, repeler el insulto, y no pudo. En el fondo de su alma recta y clara, fué aquella insinuación contra su madre lo único irrefutable de cuanto había dicho Juan Bautista.

—Es cierto. Ni jurar puedo. ¡Hay tanta infamia en torno de mi vida, que a nada puedo invocar! Vamos a ver, Juan Bautista. Procuremos serenarnos un poco. Ten en cuenta que en este momento vamos a decidir nuestra felicidad.

—¡Nuestra felicidad! ¿Dónde está ya nuestra felicidad?

—¡Aquí, en nosotros mismos! En la fe que debemos tener yo en ti y tú en mí...

Juan Bautista fué a hablar; pero ella le contuvo.

—No. Calla. Te lo suplico. Mira, Juan Bautista. Yo

soy una pobre mujer que no tiene a nadie en el mundo más que a ti.

—Y al padrino.

—Al padrino también, ¿por qué no? Pero antes a ti que a nadie. Y si tú quieres, nadie más que tú, ¡nadie! ¿Lo oyes? Pues bien. Yo te juro, como si estuviera en la hora de mi muerte, que eso tan sucio, tan vil, tan rufianesco que te ha dicho Martorell es mentira. Jamás, jamás, ¡jamás! el padrino ha tenido para mí una palabra de doble sentido, una caricia torpe, una mirada de deseo. Jamás, jamás, ¡jamás! he sentido yo turbarse mi alma cuando le besaba como besé a mi padre. ¡Si hasta que te he besado a ti, no he comprendido por qué los hombres y las mujeres se buscan con tanta ansia! Si todavía—fíjate bien—, todavía, cuando he vivido años y años en medio de tanta gente que no calla nada ni oculta nada de sus miserias, yo no sé... ¡oh!, me da vergüenza decírtelo; yo no sé cómo tú habrías de hacerme gozar después de una brutal porquería dolorosa. ¿Me crees, Juan Bautista?

—Sigue...

—Todo esto gira en torno de una calumnia de Martorell. Yo podría deshacer ahora mismo esa calumnia; demostrarte que ese hombre...

Juan Bautista se echó a reir.

—¡Viejo sistema! El galán rechazado que se venga. Soy un poco más listo que todo eso, mujer...

—No. Si nunca pensé emplear ese *viejo sistema*, como tú dices. No sería digno de mí, aunque tú y él os lo merecierais. A mí me debes creer por mí misma. Y yo, por última vez, te repito que entre Javier Tasa-

ra y yo no hubo nunca, nunca, ni en él, tan vicioso, ni en mí, tan pura, ni la sombra de un mal pensamiento. ¿Lo crees?

Juan Bautista sentía flaquear sus fuerzas. Sentía la necesidad de creer; estaba seguro del amor de Heliana; le dolía verla convulsa, defendiendo ante él su derecho a ser feliz, y sin embargo...

—No sé... quisiera creerte... Déjame que lo piense, que yo me cerciore...

Ella sacudió la testa fulva con aquel ademán tan característico.

—¡No! ¡Basta de humillaciones, Juan Bautista! Ha de ser ahora mismo. Has de contestar categóricamente, Sí o no. Después yo te ayudaré en ese empeño tuyo que representará la vida de ambos, por llenar de luz y de respeto a los dos. No me casaré contigo hasta que nadie pueda dudar de quién soy yo y lo que significo en la casa del padrino. No retrocederé ante nada; saldré de esa casa para no volver más; me someteré a lo que otra mujer no querría someter su dignidad, a ¡qué sé yo!, no se me alcanza bien en estos momentos. A un reconocimiento médico. ¡A lo que sea! Pero todo teniendo la seguridad de que tú me has creído por mí misma, de que no has perdido la fe en tu Heliana. Si no, ¡no! A ver, contesta. ¿Me crees?

—¡Oh, Heliana! Estamos destrozándonos... Dejemos esta escena... Mañana podemos vernos otra vez.

—¡Contesta! ¿Si o no?

—Fíjate bien. Tal vez un momento después te arrepientas de esa actitud. Me arrepienta yo de lo que diga.

—¡Contesta! ¿Me crees?

—¡Qué sé yo, Heliana!... Ten lástima de mí... Te quiero con toda mi alma...

—No se trata de lástima ni de querer. Es algo más alto que todo eso. ¿Me crees?

Juan Bautista sintió rebrotar la altivez pretérita, aquella cólera que le inspiraba Heliana en los primeros días de conocerla, cuando presentía su vanidad de buen mozo el peligro de un dominio femenino.

—No.

—Está bien.

Silenciosamente, fríamente, sin lágrimas, sin sollozos, sin más que un ligero temblor en las manos y en los labios, Heliana se puso el sombrero y echó a andar hacia el pasillo. Nebot la llamó:

—Heliana...

—¿Qué?...

—No... nada... ¡Vete!

—Es para siempre, Juan Bautista. Por nada, por nadie, volveré a hablar contigo. En este momento tú y yo empezamos a ser dos extraños...

—¿Y si yo...?

—¿Si tú qué?...

—¿Si yo compruebo que tú dices la verdad?

—Yo no te podría perdonar esa comprobación. Adiós.

Él, humilde, se acercó a ella:

—¿No me das la mano?

—¿Por qué no? Ten.

Él la estrechó sin que ella moviera un solo dedo.

—Yo te querré siempre, Heliana...

Ella retiró la mano bruscamente, como a un contacto repulsivo. Le miró de un modo que no le había mirado nunca.

—¡Farsante!

Y salió, cerrando la puerta de golpe.

⊠

Otra vez las calles anchas bajo el sol implacable, la carrera ciega, con las manos en el pecho y la frente abrasada. Pero entre la ida inquieta, acuciada por el temor de lo desconocido, y la vuelta inquieta, empujada por la certeza de lo irremediable, Heliana parecía otra mujer, la mujer que ya había de ser en lo futuro.

En la astesala aguardaba Manolo.

—¿Qué? ¿Se arreglaron ustedes?

—No. ¿Y el padrino?

—Está ahí en el estudio.

—¿Solo?

—Sí. La esperaba a usted.

Entró procurando sonreir, insegura aún de algo que empezaba a obsesionarla. Javier Tasara adelantó hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Gracias a Dios, muchacha! ¿Has visto a ése?... Me ha dicho Manolo...

Ella le apartó.

—No. Déjame. No me beses.

Por primera vez sentía turbación de los besos de de su padrino. Él la miró asombrado y triste.

—¡Bien! ¡Cómo vienes, pobrecilla! No necesito preguntarte nada. Habéis reñido.

—Para siempre.

Tasara sonrió:

—¡Oh! Para siempre... para siempre... Si se pudiera reñir con las mujeres de una vez para siempre, sería el colmo de la dicha humana.

—Yo no sé cómo reñiréis tú y tus mujeres. Yo sé que he reñido para toda la vida.

—Pero, ¿tan grave es?

Heliana se quitaba el sombrero despaciosamente. Le tiró sobre el diván, como unas horas antes en el otro diván del otro estudio. Aquí la luz era discreta y suave.

Se dejó caer en un sillón.

—¿Tienes tiempo de que hablemos un rato, padrino?

—Mujer... claro... si no es mucho tiempo...—consultó el reloj—. Es que... sabes... hoy no comía en casa...

—Bien. Avisa por teléfono.

—¡Mujér! Tú comprenderás que...

—Te lo suplico. Es indispensable que hablemos. Concédeme ese rato que ibas a otorgar a cualquiera. Hazlo, padrino. Es demasiado serio lo que tenemos que decir.

—¿Referente a Juan Bautista?

—Juan Bautista no significa ya nada en mi vida. Referente a nosotros dos, nada más.

—Bien. Me hace muy poca gracia, ¿sabes? Era una chiquita deliciosa...

—No me cuentes nada, padrino.

Se tapó incluso los oídos para no oir la conversa-

ción por teléfono. Y mientras, la idea fija crecía, se ensanchaba, concluía por llenar plenamente su cerebro.

—¡Ea! Tú dirás. Conste que me has quitado una aventura deliciosa.

Le miró despreciativamente. «Tú me has quitado el amor de toda mi vida» —pensó.

—Bueno. Habla, mujer. ¡Chica, estás febril!

Ella retiró las manos. Su calor propio, o el calor de él, la abrasó.

—Escucha, padrino. Acabo de reñir con Juan Bautista. ¿Y sabes por qué? Porque Martorell le ha dicho, y según parece lo cree todo el mundo, que yo soy tu querida...

Javier Tasara se echó a reir; una risa jocunda, jovial, de hombre a quien acusan de algo infantil a fuerza de inverosímil.

—¿Que yo...? ¡Que... tú! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Estupendo!

Heliana le miraba muy seria, ofendida casi de aquellas carcajadas.

—¿Te hace gracia?

—Muchísima, Helia. ¿Cómo quieres que eso se tome en serio? Tu novio es un papanatas, tú una tonta...

—Y Martorell un canalla.

—¡Ah! Claro. Pero a Martorell no hay que hacerle caso... Pero mira que... ¡Ja! ¡Ja!

—¡No te rías, padrino! La cosa, según parece, es más verosímil de lo que tú y yo podamos creer.

—Vamos, Heliana. No digas tonterías.

—No son tonterías, padrino. Es una infamia tan

terrible que ya no me la quitaré de encima nunca.

—Eso no. Yo haré que...

—¿Tú? ¿Qué vas a hacer tú que ya no hayas hecho? ¿Tú no has pensado, pobre padrino, que trayéndome a vivir contigo, alternando con tus queridas, haciéndome confidente de tus amoríos, rodeándome de viejos verdes y hombres de dudosa conducta, era lógico que algún día ocurriese esto que ocurre a lo otro que suponen ha ocurrido?

—No. ¿Y por qué había de pensarlo, Helia? Yo tenía confianza en ti. En cuanto a mí, te aseguro que ni remotamente me pasó nunca por la imaginación que eras una mujer más.

—Lo sé. Pero los demás, no.

—¿Y qué nos importan los demás?

—A ti, no. A Juan Bautista, sí.

—¿No decías que Juan Bautista no tenía nada que ver en esto?

—Ya no, padrino. Pero ¡antes! Antes yo iba a casarme con él. ¿Comprendes? Y Juan Bautista no podía casarse con la querida de su maestro. ¿Ves cómo ahora ya no te ríes?

—¡Cogollos! Es que maldita la gracia... ¡Pues, señor, bien! No gana uno para disgustos. Haga usted una obra de caridad, recoja usted la hija de un amigo muerto, edúquela usted...

—No. Tú no me has educado, padrino.

—¡Ah! ¿No?

—No. De chiquilla me llamabas animalejo y como un animalejo me dejaste crecer. Yo no sé nada más que chismes de taller, historias vergonzosas y pasar-

me las horas muertas con un libro delante de los ojos... Yo no sé nada de cuanto una mujer pueda conocer para ganarse la vida o para ser la dueña de una casa, simplemente; no he tenido jamás una aguja en la mano.

—¡Vaya! No pretenderías que yo te enseñara a hacer vainicas y dobladillos.

—Tú, no; pero pudiste hacerme entrar en un colegio.

—No te dió la gana.

—¿Y qué sabía entonces mi voluntad de chiquilla mal nacida y peor criada lo que era conveniente aceptar?

—Bueno. Sólo falta que ahora me eches la culpa de... ¿Y a pintar? ¿No quise enseñarte?

—Y no seguí, porque yo no he nacido para pintar.

—Entonces, ¿para qué has nacido?

—Ya lo ves: para sufrir, con las manos atadas y con el orgullo demasiado libre.

—Bueno. Con frases bonitas no se arreglan las cosas.

—No son frases bonitas, padrino. Pero, en fin, ya que tú no supiste, no pudiste o no te dejaron tus placeres arreglar tampoco las cosas, yo ahora sí quiero arreglarlas. Esta misma tarde me voy de esta casa.

—¡Ajajá! ¡Las mujeres lo resolvéis todo de un modo! Eso no puede ser. ¿Adónde ibas a ir?

—No sé. A casa de Clotilde, por de pronto. Luego, ya veremos.

—A casa de Clotilde no es posible. La pobre debe andar mal... Yo, figúrate; como estoy un poco delica-

do, trabajo poco... tengo muchos gastos, he tenido que reducirle la pensión mucho...

—¡Pobre Clotilde!

—Hija, no es posible que toda la vida esté uno sosteniendo una mujer que ya... vamos. ¡Es demasiado! ¡Bueno! Hablemos de ti. Tú no sales de esta casa.

—Sí, padrino. Créeme...

Callaron. Javier Tasara paseaba de arriba abajo e estudio. De pronto se paró delante de Heliana:

—¡Ya está!

—¿El qué?

—Resuelto el conflicto. Yo me caso contigo.

Heliana movió tristemente la cabeza.

—¡Qué buena locura, padrino! ¡Dios te pague la intención!

—¡Mujer! ¡Así se acabaron los chismes!

—¡O empezarían con más fuerza! Pero no son los chismes lo que me preocupa, padrino. Es algo más importante, y, sobre todo, más noble que todo cuanto ia chusma esa que te rodea pueda pensar de mí. Tú, padrino, eres capaz de todo menos de ser un buen marido, y aunque lo pudieras ser, ni tú me quieres, ni yo te quiero de ese modo que hace falta para casarse...

Javier Tasara sonrió. Fué a cogerle la barbilla. Medio en broma, medio en serio, dijo:

—Pues mira, no creas... Yo acabaría enamorándome de ti.

También él, a pesar suyo, se daba cuenta de que no resultaba tan absurda la suposición ajena.

—¡Oh! Padrino. Es demasiado grave esto para que lo tomes a broma.

—Si no es broma, mujer. Tienes unos ojos lindísimos.

—¡En serio, menos te puedo escuchar! ¡Y menos aún seguir en esta casa!

—Pues en esta casa has vivido cerca de quince años y nadie te ha faltado al respeto.

—Tu amigo Martorell..., hace unos días. La noche de la comida última.

—¡Martorell! ¿Qué ha hecho Martorell...?

—Lo que tú, lo que todos tantas veces y con tantas mujeres. Lo que los hombres haréis siempre... Acosar a una mujer indefensa que os odia o que os desprecia, valeros de que ella es pobre, o está sola, o tiene hambre...

—Pero, bueno; oye, oye, ¿es que Martorell...?

—Martorell no pudo conmigo. Además de canalla, es cobarde. Pero se ha vengado diciéndole a Juan Bautista que yo era tu querida... ¿Qué? ¿No te ríes ahora?

—¡Caramba! La cosa se complica... Pero, bueno; con decirle todo esto a Juan Bautista...

—Yo no he querido decírselo.

—Se lo diré yo.

—Tú, menos. Te lo prohibo. Basta ya de inmundicias sobre mi cuerpo. Dejadme respirar sola, lejos de todos vosotros.

Javier Tasara parecía profundamente triste.

—¡Martorell! ¡Un amigo de toda la vida! ¡Claro! ¡Por eso no venía estos días...! Y después de todo..., un momento de ofuscación, la borrachera, porque, eso sí, aquella noche estaba borracho... El hombre te

pedirá perdón... Es buen muchacho en el fondo... ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Porque me resultas tan repugnante como Martorell, tan débil como Juan Bautista. Tan débil como ellos dos. Iguales, iguales los tres, iguales todos los hombres, con una incurable necesidad de ser ruines y esclavos de vuestros vicios... ¡Ay! ¿Cómo no he sabido verte antes? No ha sido por disimulo ni por hipocresía tuya... Ha sido por torpeza mía. Te mostrabas a mis ojos tal como eres.

—¡Eh! Niña, poquito a poco. Que tus padres tampoco eran ningunos santos.

—Mi madre, no. Mi madre era eso que todos los hombres quisierais que fueran todas las mujeres, ya lo sé. Mi padre tampoco era un santo; pero era mejor que tú.

—¿Mejor que Juan Bautista?—preguntó irónico Tasara.

—Mejor que Juan Bautista. Le dió todo a la mujer que quería: su dinero, su vida...

—Su vergüenza...

—Su honor, que no es lo mismo. Hasta eso que vosotros los hombres ponéis por encima de todo cuando es vuestro o creéis que lo es, hasta eso le dió el pobre a mi madre. Para ella todo, por ella cuanto quisiera hasta quedar agotado y envilecido. Es así, padrino, como debe quererse, como yo hubiera querido a Juan Bautista... ¡Como no te han querido a ti nunca!

—¡Tú qué sabes, mocosa!

—Demasiado.

Volvieron a callar. Heliana lloraba. Javier Tasara había vuelto a pasear por el estudio a grandes zancadas. De pronto consultó el reloj.

—¡Atiza! ¡Las cuatro! Así tenía yo el estómago. Vamos a comer.

—Ve tú, padrino. Yo no tengo ganas.

—Tú no tienes ganas de nada. No tienes ganas de casarte, de quedarte aquí, de comer...

Intentaba bromear. La abrazó y la besó en el rostro húmedo de lágrimas. Ella se quiso desasir tan brusca, que le hirió con una sortija en los labios.

—¡Qué atrocidad! Mira: me has hecho sangre.

—Perdóname, padrino. Es que ya te he dicho: no quiero que me beses...

—Ahora que empezaba a gustarme a mí.

Bajo la mirada fulgurante de Heliana, dejó de sonreir.

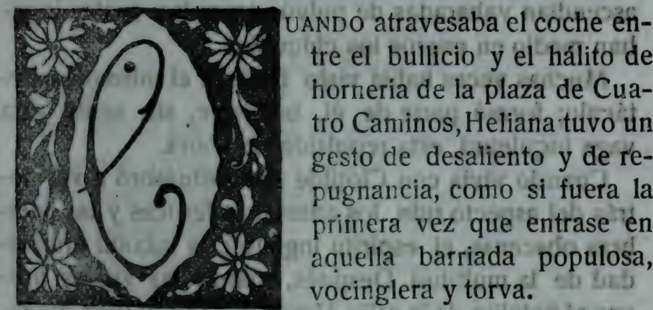
—¿Entonces?

—Ya lo sabes. Esta tarde me voy de tu casa.

—¡Como quieras!

TERCERA PARTE

I



CUANDO atravesaba el coche entre el bullicio y el hálito de hornería de la plaza de Cuatro Caminos, Heliana tuvo un gesto de desaliento y de repugnancia, como si fuera la primera vez que entrase en aquella barriada populosa, vocinglera y torva.

Finalizaba Julio con aquel crepúsculo y, próxima ya la fiesta de la Virgen de los Angeles, alzaban en la plaza, en los desmontes próximos, en el paseo de Ronda, con su hospital semejante a una fortaleza, las barracas, los columpios verbeneros. En el aire dormido parecían cuajarse las humaredas picantes, nauseabun-

das, de las frituras de gallinejas y churros. La gente sentada a la puerta de las tabernas, de los bares, de donde salía el ruido de pianos eléctricos y gramófonos, ante las mesas redondas de color de sangre, bebían gaseosas, cerveza y vino, comían rajas de melón y de sandía, cuyas cáscaras tiraban luego a lo alto y por detrás de su hombro, cayeran donde cayeran. Los grupos de obreros, de traperos, de hombres y mujeres inclasificables obstruían el paso a lo largo de las aceras, en medio de la calle e insultaban con palabras soeces y miradas homicidas a los conductores de tranvías y a los cocheros. Las tiendas empezaban a encender sus luces interiores que formaban el contorno de puertas y escaparates con halos densos y lívidos. Del suelo, olvidado por la lluvia y por el Ayuntamiento, ascendían vaharadas de polvo, entre las cuales jugaban medio en cueros los chiquillos.

Muchas veces había visto Heliana el mismo espectáculo; formó parte de él, inclusive, sin sentir esta vaga inquietud, esta repulsión de ahora.

Cuando vivía con Clotilde se acostumbró a ver detrás del aspecto ruin, los ademanes feroces y las palabras obscenas, el espíritu ingenuo, la infantil efusividad de la multitud. Después, cuando las visitas breves al hotelito de la calle Almansa, cuando iban acompañadas las dos mujeres de Juan Bautista, la absorbía demasiado su amor para darse cuenta de dónde estaba.

Pero en la tarde ardiente, caldeada, polvorienta, cuando acudía como a un último refugio a la casa de Clotilde, agudizada su sensibilidad por el dolor y por

desfallecimiento, después de todo un día sin comer y ulcerado el corazón, Heliana veía amenazas en todos los rostros, abyección en todas las cosas...

El coche logró al fin dejar la calle Bravo Murillo y entrar en la de Almansa, más estrecha, menos alumbrada y tan rebosante de gentío. Las mujeres, sentadas en el borde de la acera entre sacos y tenderetes de verduras y frutas fermentadas por el calor, se levantaban de mala gana para que las ruedas no les pasaran sobre los pies. A la puerta de las tabernas se asomaban los hombres, con el vaso de vino en la mano y la sonrisa idiota de la embriaguez en los labios, para blasfemar del cochero y de la señorita del güito que iba dentro. A uno de los lados, en un solar, había una kermesse con sus gallardetes y grímpolas, con sus cadenetas y farolillos de papel, desteñidos por el sol urente del verano. Y a la entrada un grupo de chulillos jaleó a Heliana.

En una de las paradas, delante de una tienda de ultramarinos, tuvieron que arrimarse a la pared una señora y una señorita. Heliana las reconoció: eran doña Rosa y su hija Mercedes, vecinas de Clotilde, antiguas amigas de ella. Y como un consuelo, como una esperanza de defensa y de cariño, las saludó. Ellas la miraron fijamente, duramente y volvieron la cabeza.

Quedó aturdida, avergonzada. Se la llenaron los ojos de lágrimas y otra vez en el corazón aquel estrujamiento de angustia, de miedo a la fatalidad.

—¡Más de prisa, hombre!—gritó al cochero.

—¡Si no pué ser! ¿No ve usted que la gente tiene ganas de amolar a uno? ¿A ver qué hace uno? ¡Ohééé,

chico!... ¡Maldita sea la roía mujer que te echó al mando, ladrón!... ¡Cabaaaayo!

Quisiera entonces Heliana que el caballo se desbocara y avanzase ciegamente, arrollando los chiquillos y las mujeres, que ella sintiera palpitar sus cuerpos, pedir clemencia sus bocas debajo de los cascos, debajo de las ruedas, y ella azuzar, enloquecer más aún al caballo, lanzarle en una bárbara fuga a través de la ciudad, del campo, de la vida misma, sobre centenares de moribundos que levantasen hacia ella sus rostros sangrientos, sus manos convulsas, en un ademán de piedad. Pero no sentiría piedad por nadie, no otorgaría a nadie misericordia. ¿La tuvieron acaso con ella?

—¡Uff!! ¿Aquí, verdad? ¡Camará! Cuando vuelva por entre estos cafres, tendrán canas mis nietos—exclamó el cochero al detenerse delante del hotel de Clotilde.

Dentro había luz encendida. Un resplandor mortecino que llegaba de lejos. «De la cocina»—pensó Heliana.

La calle se llenaba de sombra rápidamente. Unos cuantos metros más allá había unos desmontes y parecía taparse el camino con un tapial negro. Y, en lo hondo, en lo invisible, ladridos de perros, rumor de organillos.

Empujó Heliana la verja, acostumbrada a que siempre estuviera abierta. Pero esta vez no cedió. Estaba cerrada con llave. Tuvo que oprimir varias veces el timbre antes de que saliera Clotilde. Por las tapias bajas de los hoteles contiguos se asomaron rostros conocidos. Doña María, el señor Romero, un solterón

que vivía amancebado con su criada; Carmelita, la maestra de niñas de la escuela municipal que había en la misma calle.

Heliana, recordando lo ocurrido con doña Rosa y su hija, no saludó. Las cabezas, al reconocerla, desaparecieron rápidamente.

—¿Pero eres tú? ¿Y a estas horas? ¿Qué ocurre?

—Nada... Ya le contaré... Vamos dentro.

Clotilde, flaca, mal vestida, la echó un brazo por la cintura, la cogió con la otra mano el neceser de viaje que llevaba Heliana.

Entraron al comedorcito. Heliana notó en seguida la falta del aparador y del trinchero. Sobre una mesa de pino, la mesa de la cocina, Clotilde había puesto la vajilla y los cubiertos.

—¿Y el aparador?

Clotilde se ruborizó. Por un momento sus mejillas exangües se colorearon levemente de rosa.

—Es verdad que tú hacía tiempo que no entrabas. Se los han llevado, los he vendido. En realidad, se puede una pasar sin ellos, ¿verdad? Pero, dime, dime, ¿qué es esto? ¿Es que te vas de viaje?

—No. Que vuelvo con usted... si usted me quiere tener.

—¿Yo? ¡Qué cosas dices, hija! Cómo no he de querer. ¿Pero qué pasa? Habla... No, espera un momento, voy a cerrar las contraventanas.

Heliana recordó una tarde pretérita de diciembre en que también ella las cerró para que no fueran vistos desde la calle el padrino y Clotilde medio abrazados. Como en la tarde invernal el padrino, venía ella

ahora, sufriente, a buscar el cobijo de la miseranda, de la abandonada. La estrechó las manos, la buscó los labios en un beso filial.

—¡Pobre Clotilde!

—¿Yo? Pobre tú, nena mía, que debe pasarte algo horrible. Dime. ¿Juan Bautista?

—¡Ah! ¡Juan Bautista!... Verá usted.

Y en una voz que ella quería hacer clara y serena, pero que fué enronqueciéndose, quebrándose, aguándose sn lágrimas, le contó a Clotilde todo. Las tres figuras viriles de Martorell, de Juan Bautista y de Tasara surgieron en su realidad implacable. Heliana no había olvidado un solo gesto de ellos, una sola palabra. No disimuló tampoco ante Clotilde las turbulencias y aquel estado actual de resignación, de desaliento, de su propia alma.

La antigua amante de Tasara oía a Heliana, llorando. Sobre su rostro, demacrado por el hambre y por la pena, caía el llanto más copioso que nunca. Le dolía más la ajena desgracia que la suya misma. Heliana, en cambio, había dejado de llorar. Se puso de pie bruscamente, se retorció las manos hasta crujirle los huesos; en un ademán enérgico sacudió la cabeza y el sombrero la cayó hacia atrás, rozándole los tacones.

—¿Comprende usted ahora?

Clotilde tardó en contestar. Le faltaba aliento para ello.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Quieres que vaya a ver a Juan Bautista?

—¡¡Jamás!! De mí no se duda más que una vez. Me

ha hecho sufrir como nadie ha sufrido en este mundo.

Clotilde tuvo una sonrisa de humilde, de mansa, de acobardada ironía...

—¡Como nadie! Mírame, Heliana... ¿No te dice nada mi vida, esta miseria en que me ves?... Porque tú no lo sabes todo...

Y, más fuerte que su voluntad, el deseo de aliviar con un ejemplario de amarguras la desesperación de Heliana, la hizo hablar a su vez. No con el orgullo de una mártir, con esa vanidad triste de los enfermos y de los desgraciadas que placean sus lacerías por más extraordinarias y más graves; no tampoco solicitando el pansamento de la conmiseración ajena.

Desde hacía seis o siete meses Javier Tasara la había suprimido la pensión. Se disculpó por medio de Manolo con excusas melancólicas, que ella se apresuró a aceptar sonriendo, disculpándole a su vez, evocando en descargo de aquel abandono, ya definitivo, la esplendidez de los años anteriores, cuando él era joven y ganaba mucho dinero y no precisaba hacer economías... Pero cuando quedó sola Clotilde se dió cuenta de la infinitud de su desamparo.

—... Yo no te había dicho nada, hija mía; pero la gente de aquí había cambiado por completo. No solamente dejaron de visitarme las amigas, las vecinas, sino que terminaron por negarme el saludo. Hasta en la parroquia he tenido que dejar las Juntas de que formaba parte: las unas, porque el cura me lo indicó; las otras, antes de que me lo dijeran... En las tiendas, en la calle notaba menos respeto del que antes me tenían, y no se recataban como en otro tiempo los hombres de

blasfemar y para decir esas palabras que nunca pude oir sin terror y vergüenza... Mi historia era conocida y aumentada. Corría de boca en boca entre risas groseras y alusiones que muchas veces alardeaban de decir cuando me veían pasar. Ya no era yo la doña Clotilde virtuosa, la viuda a quien se podían dejar los niños en las tardes de la Doctrina cristiana... Era... ¡no, no! ¡Es demasiado fuerte!

—¿El qué? Dígalo.

—Lo oí una noche que volvíamos de paseo las dos con Juan Bautista. Como la acera es estrecha, vosotros ibaís delante de mí... muy juntas las caras, cogidos del brazo, sin daros cuenta de las miradas infames, de las brutalidades que a nuestro paso suscitabais... Y dos mujeres que se cruzaron con vosotros dijeron en voz alta, tan alta, que temí pudierais oirlas y como deseosas de que yo las oyera: «¿Ha visto usté, señá Andrea? ¡Qué asquito!» «¡Y la alcahueta detrás!»—respondió la otra.

—¡Oh, Clotilde! Pobre amiga mía, si yo hubiera podido sospechar...

—¡Bah! Eso no es nada. Luego, cometí la torpeza de pedir trabajo en algunas tiendas de ropa de la calle Bravo Murillo; hube de dejar a deber al carnicero, a la lechera, al carbonero... Y, entonces, la vida mía se iba infernando cada vez más, hundiendo más... La doña Clotilde de hace años no era siquiera la pindonga de después, la querida de un pintor y tu celestina... Era, sencillamente, una obrera más que tenía vergüenza de vestir como las obreras, que remendaba sus ropas raídas e iba reduciendo sus compras. Me

empezaron a dar los trozos de carne de desecho, las frutas y las hortalizas medio podridas. Me retrasé en el pago de la casa... ¡Y si todavía tuviera buena salud! Pero estoy cada vez peor, mi pobre Heliana. Yo creo que tendrán de operarme. Tengo unos desates de sangre que me dejan medio muerta; siento unos dolores horribles... Porque, mira, ven, acércate más. Voy a decirte lo más hondo de mi vida, el mayor secreto, el que no creí que jamás saliera de mis labios. Pero esta noche, no sé..., me parece que debo decírtelo todo, que eres la mujer capaz de oirlo todo...

Hizo una pausa. Tenía el rostro reluciente de llanto, los labios pálidos, la respiración estertorosa, los ojos muy brillantes.

—Cuando Javier me dejó, yo estaba embarazada. Él no lo sabía, no lo ha sabido nunca. Él no quería tener hijos. Me lo aseguró muchas veces. Yo tenía aún la esperanza de recobrarle y temí que mi embarazo le alejara del todo... Entonces, sola, siempre sola, fuí a consultar a una comadrona. Yo, ¡figúrate! Estaba de cuatro meses ya. Era peligroso. Tuve que prometerla y aun firmarla lo que ella quiso. Me puso una sonda que llevé tres, cuatro días, ¡y nada!... Luego otra sonda mayor, más ancha, que tiraba de mis entrañas hacia abajo como si fuera a vaciarme... y ¡nada!... Por último, la tercera sonda, más terrible todavía, cuando ya no podía más con mis fuerzas... Y entonces una noche, a la madrugada, aborté. ¡Oh! ¡Qué momento más horrible! ¡Viviera cien años y no lo olvidaría nunca!...

Heliana le acariciaba las manos, sus manos ásperas, deformadas por los trabajos caseros, unas manos

que sentía heladas en las suyas cálidas y cuidadas.

—¡Pobre Clotilde! ¿Y por qué no se lo dijo a él?

—¿Para qué? Había pasado ya... Lo que yo deseaba era volver a quedar bien y serle agradable... Pero no lo conseguía.

Calló un instante. Luego suspiró.

—¿Ves cómo no eres tú sola la que ha sufrido en este mundo? Y tantos miles de mujeres, más infelices que yo todavía... Muchas veces he pensado en aquel hijo que pude tener junto a mí, que hoy sería un hombrecito y que tal vez se avergonzara de mí. ¿Quién sabe? Quizás me supiera comprender, ¿verdad? Bueno, dejemos esto. Hay más aún. Encontré colocación en una tienda de Madrid, de la Carrera de San Jerónimo, uno de esos grandes almacenes donde se venden equipos de novia por veinte, por treinta, por cincuenta mil pesetas; uno de esos sitios que sólo frecuentan las mujeres ricas todos los días y las mujeres pobres a última hora de los sábados, entrando por una puerta excusada... Yo sé bordar un poco y me dijeron que allí podía ganarme la vida. ¡Ganarme la vida! Trabajaba desde el amanecer hasta las once de la noche, y cuando iba a cobrar a fin de semana, me pagaban siete, ocho pesetas... ¿Comprendes? Empecé a vender los muebles poco a poco. Primero, los que no eran muy necesarios, después los demás, hasta tu camita de hierro..., ¿te acuerdas?

Tuvo una risa pálida.

—¡Así tendrán que trabajar menos dentro de unos días, cuando me pongan los trastos en la calle!

—¿Qué dice usted?

—Sí, hija mía, sí. Desahuciada también. Debo tres meses de casa.

—¡Bah! No hay que apurarse: traigo dinero.

—Menos mal, Heliana.

—Sí. Tenga.

Abrió el neceser y sacó unos billetes. Los tiró desdeñosamente sobre la mesa. Clotilde ni siquiera los miró.

—¿Te los ha dado él?

Heliana se encogió de hombros.

—Sí. Los tomé por usted. Los últimos. Ahora nosotras debemos valernos solas.

Reveía la escena de la tarde, después que Javier Tasara había comido y entró de nuevo al estudio. Ella permanecía en el diván con la cabeza entre las manos, metidos los dedos en la lumbre mortecina de su cabellera.

Javier Tasara volvió a instar a su ahijada que no abandonara la casa. Pero ni siquiera obtenía verbales negativas de ella, que se limitaba a denegar con enérgicos movimientos de cabeza. Sus mechones rojizos la azotaban la frente. Sus niñetas color caoba tenían una mirada resuelta y desdeñosa. Y cerraba la boca en un gesto de tozudez.

Inútiles las súplicas, las amenazas, las crudas alusiones al futuro difícil, a los posibles desalientos. Ni siquiera la emocionó ver llorar al padrino una vez más, pero con indudable sinceridad, porque presentía la vejez ya próxima, los achaques corporales y la decadencia espiritual.

Heliana le veía sufrir en su egoísmo, con aquella

impresionabilidad de hombre del Sur, propicio siempre a las exageraciones sensibleras. Y se asombraba de verle como a un desconocido o a un actor. La subía a los labios la misma palabra última que pronunció en casa de Juan Bautista al dejarle para siempre.

¡Oh, qué fatal sino el suyo, de ir dejando tras de sí las puertas inevitablemente cerradas, los corazones implacablemente llagados por su desprecio!

Le tendió la mano, avergonzada por él de aquella flaqueza del pintor.

—Adiós, padrino.

Javier Tasara comprendió que perdía el tiempo insistiendo:

—No. Espera.

Abrió uno de los vargueños y sacó unos cuantos billetes. Los contó, separó cuatro; luego quitó uno de los cuatro; volvió a contarlos, separó otra vez dos. De reojo, y a través de las lágrimas aún detenidas en sus párpados, miró a Heliana. Ella le miraba también.

—Toma.

—¿Qué es esto?

—Quinientas pesetas. No puedo más. Parto contigo todo lo que tengo. Luego, ya veremos...

Ella estuvo a punto de rechazar los billetes, pero pensó en Clotilde, en la miseranda a cuya casa iba a pedir asilo y donde no debía presentarse con las manos vacías.

—Te lo agradezco, padrino; pero esta vez nada más.

—¿Por qué? Yo debo...

—Es inútil. Sábelo bien. Yo no soy una querida

jubilada, como Clotilde. No quiero parecerlo tampoco a los ojos de los demás...

Clotilde levantó la cabeza.

—¡Ojalá podamos, Heliana! ¡Ojalá puedas tú! Yo, si vieras... tengo unas ganas de morirme, de descansar al fin!

Heliana, de pie junto a ella, la acarició la cabeza. Ella, que fué sangrante el corazón, deseosa de que acunaran y velaran su dolor como a un niño enfermo, sentía lástima de la infeliz, de sus cabellos grises, de su cuerpo enflaquecido, sus ropas raídas, su cuarto, que la miseria fué vaciando poco a poco...

—¡Ea! Por de pronto, pagaremos lo que usted deba. Luego nos mudaremos a otro sitio. Este hotel es demasiado triste, y yo no tengo la paciencia que usted para soportar desprecios de nadie... y menos de esta gentuza de aquí... Mire. ¿Tendremos bastante con esto?

Volvía a enseñarle los billetes. Clotilde sonrió.

—Ya ves, el pobre... No es tan malo como parece...

—¿Que no? ¡Él y todos los hombres, Clotilde! Todos...

—Todos, no... Oye...

Volvía a atraerla hacia sí nuevamente, como en la confidencia de su maternidad, evitada brutalmente.

—Un día... hace tres o cuatro meses, en abril, yo estaba regando el jardín y de pronto sentí una mirada en mi nuca, una de esas miradas imperiosas que obligan a volver la cabeza. La volví y vi un hombre que me sonreía... Al principio no le reconocí. ¡Estaba tan

viejo, con las barbas casi blancas! El me llamó: «Clotilde.» Y entonces, sí, le reconocí: era el otro, mi marido... No nos habíamos vuelto a ver desde que me escapé con Javier, hace... ¡oh, tanto, tanto tiempo!

—¿Y hablaron ustedes?

—No. Eché a correr hacia dentro de casa. Cerré la puerta, cerré las ventanas, y, acurrucada en ese sofá, a obscuras, permanecí no sé cuánto tiempo. Tenía miedo de él, lástima de él, vergüenza de él... ¡Qué sé yo!

—¿Y no ha vuelto?

—No ha vuelto más. A veces creo que fué una alucinación; pero no, yo le oí llamarme, era su voz, la voz que siempre fué para mí leal y buena y apasionada... ¡Perdóname, Heliana, hija mía; en vez de consolarte, de animarte en tu situación, soy una estúpida contándote estas cosas!... ¡Ea! A no pensar en ellos, a ser, como tú decías antes, nosotras solas... ¡Trae, voy a salir a comprar algo para la cena!...

—No. Lo que usted tenga para usted.

—¿Para mí? ¡Te ibas a lucir! Yo hace tiempo que he suprimido la cena. Dicen que es más higiénico. Espérame, vuelvo en seguida.

Y sin arreglarse, sin quitarse el delantal, ni cambiar sus alpargatas grises, como la mujer humilde, como la obrera que ya sería hasta el final de su vida, salió a la calle, estrujando el billete en la mano...

Pagaron las deudas de Clotilde, y durante unas semanas se dedicaron a buscar trabajo en Madrid y casa por los alrededores. Llegaban hasta Tetuán de las Victorias, a Fuencarral. A Heliana no le gustaban

aquellos sitios. Encontraba, conforme iban subiendo más allá de los Cuatro Caminos, la gente más hostil, más ineducada, agravada su zafiedad habitual por esa rústica desconfianza de los lugareños. La carretera por donde iban y venían los tranvías eléctricos, los tranvías de vapor y que los domingos llenaba una multitud de carruajes y peatones camino de la plaza de toros de Tetuán—esa plaza donde los espectadores del tendido ven desollar a sus pies los caballos, los toros recién muertos, atravesaba campos adustos y casi baldíos, con casas pequeñas, aisladas, sórdidas, que el sol calcinaba y azotaba la lluvia. De noche aquellos sitios debían tener una siniestra soledad propicia al crimen, con sus farolillos escasos, medio caído el poste y rotos los cristales, con sus callejuelas donde se pudrían amontonadas las inmundicias y pasaban canes flacos, costrosos y aulladores.

—No. Aquí, no. Me moriría de pena y de asco.

—¿Y si viviéramos en la Ciudad Lineal?—propuso Clotilde.

La idea les hizo sonreir al principio, imaginándose unas burguesas, unas comerciantas retiradas de los negocios, que van a engordar ellas y engordar gallinas en los hoteles presuntuosos a lo largo de la calle de Arturo Soria.

Fueron, no obstante, y al cabo de algunos días encontraron una casita apartada y extraña, una casa a la cual se entraba por un portillo de trazas medioevales, subiendo una escalera pegada al muro de cemento almenado, y luego, ya en lo alto, el edificio, exiguo con tres habitaciones y la cocina y una cerca de alambre.

Estaba a la derecha del sitio que llaman Cambio de Lomas, y desde aquella altura se dominaba Madrid a distancia, en una lejanía que le hacía codiciadero y amable.

La tarde anterior al día que se mudaron, Heliana estaba preparando el escaso ajuar que iría en uncarro desde el hotel de Almansa al *Castillo*, como nombraban ya entre sí las dos mujeres a su futura residencia, cuando llamaron al timbre de la verja. Era un ordenanza del Círculo de Bellas Artes. Heliana se inquietó. Nadie había vuelto a acordarse de ella. Ni el padrino, ni el novio, ni los amigos, enterados, sin duda, de su cambio de vida. Sólo habían visto a Manolo al día siguiente de su vuelta al hotel de Clotilde, que vino por la mañana con un carro para traer el baúl, la maleta y algunas otras cosas que Heliana dejó dispuestas antes de abandonar la casa de Javier Tasara.

Llamó a Clotilde.

—Salga usted. A ver qué quiere ese hombre.

A través de los cristales la vió hablar, la vió hacer un gesto de asombro y correr hacia la casa con una carta en la mano, transfigurado el rostro de alegría.

—Ten, ten... de Juan Bautista y espera contestación. A ver... A ver...

Heliana rechazó la carta.

—No. Devuélvala usted.

—Pero mujer...

—He dicho que la devuelva. Ese hombre terminó para mí.

—Pero...

—Hágame caso, Clotilde.

—Bien. Yo creía que...

—Pues creía usted mal.

Ya Clotilde, lentamente, volvía hacia el jardín, cuando Heliana pensó agravar el desdén de su repulsa.

—Oiga. Espere un momento.

Buscó un sobre, uno de esos sobres pajizos, transparentes, que venden sueltos en los estancos, sobres humildes que sólo emplean los que no escriben sino muy de tarde en tarde.

—Traiga.

Abrió la carta. Eran dos plieguecillos prietos de escritura. La abrasaban los dedos. Su voluntad no era tan fuerte que la impidiera mirar de reojo atisbando alguna palabra. Y entonces volvió la cabeza para no verla.

—¿No la lees?

—No.

Metió los dos pliegos en el sobre y luego empezó a buscar inútilmente una pluma, un poco de tinta.

—No hay... No tenemos a nadie a quien escribir...—se excusó avergonzada Clotilde—. Pero, aguarda, el chico tal vez tenga un lápiz.

—No. Mejor así. Traiga. Sin que lleve su nombre siquiera. Ahora estamos en paz.

Clotilde llevó la carta al ordenanza del Círculo. Cuando volvió encontró a Heliana llorando.

—¡Ahora sí que terminó todo, Clotilde de mi alma!

❖

Instaladas en su *Castillo*, Clotilde y Heliana vieron durante un año tranquilamente. Trabajaban todo

el día. Clotilde cosía y bordaba; Heliana iluminaba postales, soldados de plomo para una casa de la calle del Arenal. Las dos mujeres cobraban unos jornales exiguos, pero que ellas, resignadas, consideraban suficientes para comer, vestirse y pagar el alquiler de su casa. Los sábados, Clotilde iba a Madrid para entregar la obra hecha durante la semana. Heliana quedaba sola; y si era en los días vernales de mayo, o en lastardes lentas del verano, se sentaba delante de la casa y miraba hacia Madrid con nostálgica pena.

Al principio, el cambio de vida la distrajo. Después quiso embrutecerse en el trabajo. Y por último, ya no pudo disimular ante Clotilde. Tenía súbitos arrebatos de cólera que le hacían romper las postales y contraer una deuda terrible para las dos mujeres, que mermaría su jornal durante varias semanas.

—¿Te cansas de vivir conmigo?—la preguntaba Clotilde.

—De vivir con usted, no. De vivir así. ¡Es idiota, es estúpido! Comprendo que haya mujeres que se hagan golfas, no por vicio, no por codicia, no por hambre, sino por esto, por huir de unos días tan iguales, tan monótonos...

—¡Oh! Heliana, no digas eso.

—¿Por qué? Es lo que siento...

Y huía a encerrarse en su cuarto, o a vagar por los altozanos desnudos que rodeaban la casa, hasta que se sentía más sosegada y se arrepentía de haber hecho sufrir a Clotilde.

—Perdóneme... Hace un momento que no sabía lo que me decía...

¡Pero lo volvía a decir cada vez con más frecuencia!

⊠

Un sábado por la noche, al volver Clotilde con los jornales, no encontró a Heliana en la casa. Se llevó la mano al corazón, que latía fuertemente en sus presentimientos. Buscó sobre la mesa, entre los montoncitos de postales y los frasquitos de colores, algo escrito, esa carta que en los folletines y en las películas melodramáticas confiesa la huída de alguien. No encontrándola, bajó al campo, salió a la calle central, y en uno de los bancos vió a Heliana sentada junto a un hombrecillo.

Era Pablo Cimbras, el discípulo de Javier Tasara. Clotilde no le conocía. Heliana se lo presentó.

Se habían encontrado por casualidad. Ella había salido a pasear un rato. Él, que estuvo pintando toda la tarde en un cerrillo próximo, iba a tomar el tranvía.

—Me ha contado muchas cosas. Nebot está en la India. El padrino ha tenido una enfermedad grave, un ataque de... ¿de qué, Cimbra?

—No sabemos... Una congestión, una hemiplejía... No sé... Los médicos le han dicho que debe cuidarse—contestó el jorobado con su voz chillona.

Clotilde se estremeció.

—¿Y está mejor?

—¡Bah! Ya está bien. El maestro es fuerte. Ahora debe andar por París. Dice que iba a reponerse. Y para reponerse se ha llevado una individua que... ¡Bueno! ¡Una pochez de señora!

Heliana sonrió.

—¡Incorregible, el padrino! Y dígame, dígame más cosas.

La antigua vida de los estudios, el mundo vario y divertido que conoció desde niña, la interesaba ahora que tan lejos estaba de él. Pablo Cimbra, como un gnomo maligno y tentador, iba despertando en ella el recuerdo amortiguado.

Cuando se separaron, Heliana volvió pensativa hacia su casa. Clotilde la miraba en silencio.

La cena fué triste. Entre las dos mujeres había algo que las empezaba a separar, que las obligaba a ocultar sus pensamientos.

Y por la mañana, apenas se levantaron, Heliana le dijo a Clotilde, sin atreverse a mirarle a los ojos:

—¿Sabe usted lo que he decidido?

—No. ¿Cómo lo voy a saber?

—Ser modelo.

Clotilde la miró espantada:

—¡Heliana!

—¡Oh! De vestido solamente, mujer. Pero es una gran idea. Aprovecharé las amistades contraídas en casa del padrino. Es un oficio muy cómodo, muy entretenido... A mí me respetarán todos... Además, lo único que pudiera preocuparme, que era el encontrarme con el padrino o con Juan Bautista, no hay cuidado de ello. El uno en la India, el otro en Francia... ¿Eh? ¿Verdad que es una gran idea? ¡Ay! ¡Me parece mentira no iluminar más tarjetas estúpidas, no pintar más centenares de soldados de plomo.

El primer estudio que visitó fué el de Gregorio Valderrama.

Siempre tuvo cordial simpatía por el pintor aragonés. Valderrama era un hombre afable, dotado de contagiosa efusividad. Heliana no había olvidado las charlas de ambos en casa de Javier Tasara, la juvenil camaradería que les unió desde el momento de conocerse. Jamás había visto en sus ojos, oído en sus labios, sentido en el contacto de su mano ancha y fuerte, aquel doble sentido salaz, aquella tortuosa intención que en Villabrille o en Martorell. Era transigente con todos, entusiasta de los triunfos ajenos. Nunca le faltó una frase de atenuación, de disculpa, para las faltas de los otros que excitaban la hipocresía o la envidia de los demás.

Camino del estudio, recordaba Heliana una Nochebuena de años antes, que el padrino quiso colmar de regocijo desvergonzado, de holgorio demasiado libertino, cuando todavía ella no era novia de Juan Bautista y se hallaba indefensa y deslumbrada. No aguardó a los postres Valderrama y la arrebató de la francachela donde las mujeres medio desnudas y totalmente borrachas empezaban a ser complacientes con la rijosidad exacerbada de los hombres. Tasara apenas se dió cuenta de la marcha de Heliana y de Valderrama.

La llevó a recorrer las calles, a ver los nacimientos y tendaleras de la plaza de Santa Cruz y de la plaza Mayor, deseoso de despertar en ella los cándidos ensueños infantiles. Heliana, colgada de su brazo, reía y le asediaba a preguntas, se detenía delante de los

puestos y le hacía comprar las cosas inútiles, dotadas de un pasajero encanto bajo la luz acre del acetileno y en el estruendo de la multitud.

Ahora, mientras oprimía el timbre de la puerta del estudio, Heliana recordó las palabras últimas que le dijo el maestro al dejarla de nuevo en la casa de su padrino, con las manos y los bolsillos llenos de muñecos de barro, de dulces, de piñones y peladillas, de una estrella mágica de latón dorado que temblaba al extremo de un alambre y que durante mucho tiempo vió al despertarse clavada en la cabecera de la cama.

—¡Ay, chiquita! ¿Por qué no te habrán dejado ser niña alguna vez siquiera?...

Abrió el mismo Valderrama. Salía con un libro en la mano.

—¡Oh, Heliana! ¡Qué alegría! Pasa, mujer, pasa...

Entraron al estudio, un estudio chiquito, alegre, bien cuidado.

—¿Trabajaba usted?

—Sí. Con esto.

Le mostró el libro.

—Cada vez amo más la lectura. Conforme nuestra vida es más larga, el contacto de los hombres nos parece menos interesante y más atrayentes los libros. Yo, el mejor día, abandono Madrid, me refugio en un pueblo, con una buena biblioteca, una buena cocinera y una buena escopeta... Pero, dime, ¿qué es de tu vida, mujer? No tienes buena cara, estás flacucha... ¿Qué locura te dió para dejar al padrino? ¿No lo has sabido? Estuvo muy grave.

Heliana le miró fijamente.

—No hablemos de nada de eso ¿verdad? Sólo de ahora. Mire usted, don Gregorio. Yo he venido a usted porque quiero ser modelo.

—¡¡Tú?? ¡Bah!

—Yo. ¿Por qué no?

—Porque no. Vamos a ver. ¿Qué necesidad tienes de ello?

—Porque la tengo lo solicito.

Valderrama entonces trató de disuadirla. La enumeró los inconvenientes, los desagradables episodios posibles de aquella profesión, los contactos inevitables con mujeres de toda laya, las groserías de algunos artistas. Luego la ofreció dinero. No su casa, porque podría parecer un reproche a Javier Tasara; su cartera estaría siempre abierta para ella. ¿Qué necesitaba?

Heliana se encogió de hombros.

—Es inútil, don Gregorio. Yo no tomaré, ni de usted siquiera, un dinero que no me gane. Si usted no me quiere de modelo iré a otros estudios.

—Eso no. Será como deseas. Te haré un retrato.

—No. Hará usted un cuadro conmigo.

—Es lo mismo.

—Usted bien sabe que no. ¿Cuándo empezamos?

—¿Mañana?

—Mañana.

—Bueno. Pero ¿usted sabe, señorita, que eso se paga muy mal? Diez pesetas por sesión.

Ella se echo a reir. Valderrama mentía generosamente.

—No mienta usted. Diez reales y gracias. El doble de

lo que yo saco de jornal trabajando catorce horas diarias.

—Bueno, muñeca. En eso no transijo. Yo pago a mis modelos como me da la gana. ¡No faltaba más! Y si no, ¡a la calle!

Se abrazaron sonriendo. Y desde el día siguiente Heliana empezó a ir todas las mañanas durante un mes. Pudo reponer algo sus ropas, mejorar la comida en el *Castillo*, pasar largas horas sin hacer nada, sintiendo satisfecha su pereza, heredada de la madre itatiana, del padre enfermo, a quien la prematura muerte desalentó para el trabajo.

Pero la inactividad avivó en ella la nostalgia de aquel ambiente algarero y divertido del estudio de Javier Tasara, las discusiones ingeniosas, las fiestas improvisadas, las murmuraciones usuales. Gregorio Valderrama exageró más aún la paz y la seriedad habituales de su estudio, en consideración a Heliana. Procuraba entretenerla como en otros tiempos en las tertulias semanales; pero aquellas charlas, que entonces la seducían porque era un descanso en la vida cotidiana de holgorio y frivolidad, ahora la aburrían o — lo que era peor — acuciaban más el deseo de intervenir directamente en lo que luego eran temas anecdóticos y aventuras picarescas. Otras veces Valderrama pintaba en silencio, acechando los pensamientos en el rostro oliváceo de su modelo. Comprendía que se le escapaba de entre las manos, que era inútil cuanto hiciera por retenerla más tiempo.

Así, cuando ella le dijo que iba a trabajar también en el estudio de Fernando Coeses, tuvo un gesto de resignación.

—Allá tú, mujer.

—¿No le parece a usted bien?

—Allá tú...

—Es que no sé... le aseguro que tengo miedo de mí misma, de estas murrias que me acometen ahora y que no me dejan dormir ni sosegar...

—Bien. Sí. Lo comprendo, lo comprendo...

La despidió con pena. Ella lanzó en la escalera un ¡uff! de alivio, de libertad lograda.

Pero tampoco en el estudio de Fernando Coeses estuvo más de quince días. El pintor refinado, aristocrático, era tacaño y malintencionado. Fingiendo tener consideración a la ahijada de su compañero, pero satisfecho en el fondo de humillarla y vengarse de las burlas pretéritas, la pagaba cuatro pesetas por sesión y la reprochaba lo modesto de la indumentaria, los zapatos de bajo precio, los sombreros hechos en el *Castillo* por las manos torpes de Clotilde o adquiridos en una liquidación de fin de temporada.

Frecuentaban, además, aquel estudio mujeres elegantes, grandes damas y grandes cocotas con toaletas lujosas, que ni siquiera se molestaban en saludar a Heliana. La duquesa del Piélago, una vez; las hijas de Villabrille en otra ocasión, fueron—avisadas sin duda por el pintor—para ver las últimas obras de Coeses, y fingieron no reconocer a aquella figura inmóvil que posaba sobre la tarima de los modelos.

Entonces empezó a solicitar trabajo en otros estudios, en el Círculo de Bellas Artes, en la Escuela de San Fernando. En unos la exigían y no aceptaba, naturalmente, que posara desnuda; en otros, por amis-

tad a Tasara, se excusaban cortésmente; en muchos tenía que salir de un modo violento después de abofetear o de tirar de un empujón contra el lienzo fresco y recién empezado al pintor.

Se cansaba cada vez más y sentía con mayor relieve modelarse en su alma aquel alma de Leonora indolente, orgullosa y sensual.

❖

Una tarde encontró en un estudio a don Jesús Villabrille. Salieron juntos. El senador le hablaba acercando a su oído el hálito acre de su estómago enfermo. Le temblaban la voz y las manos. Disimulaba sus deseos, avivados por el tiempo y alentados por la nneva situación de Heliana, con palabras bondadosas y altruístas.

—Usted no debe seguir esta vida, hijita... No es para usted... No me parece decente. Javier Tasara volverá de un momento a otro y ¿qué dirá? No. Los amigos de Javier, los amigos de usted, no podemos abandonarla, no podemos consentir que continúe por esta senda resbaladiza...

Y aprovechó la frase para coger el brazo de ella y atraerla hacia sí. Heliana olía a juventud pulcra y sana. Y su cuerpo en sazón rozaba el cuerpo viejo de Villabrille.

—... Yo, ¿comprende, hijita?, estoy dispuesto a no consentirlo. Usted vendrá a mi casa. Mís hijas necesitan que las acompañen; yo no puedo. Tengo tantas

ocupaciones. Estoy de tal modo solicitado por tantos sitios... En mi casa será usted una hija más...

Heliana andaba silenciosa, fruncido el ceño, mordiéndose los labios. Villabrille la miraba de reojo. Iban por lo alto de la calle de Alcalá, cerca de Pardiñas, inadvertidos entre la gente.

—¿Eh? ¿Qué contesta usted? ¿Le parece bien?

Heliana se separó brusca:

—Seamos francos, don Jesús. Usted quiere llevarnos a su casa, no para que acompañe a sus hijas precisamente.

El senador se desconcertó. Empezó a balbucear:

—¿Yo?... ¡Hombre!... ¿Por qué dice usted eso?

—Sus hijas me repugnan. Son insoportables, cursis; parecen dos mulillas de los toros.

—¡Heliana!

—Ellas me odian y yo las desprecio, ¿sabe usted? Pero aunque así no fuera, aunque yo me resignase a ser acompañante de esas dos fenómenos de feria, usted no es eso lo que quiere. Usted lo que quiere es hacerme su querida, violarme como a una criada, a la que luego se da un puntapié.

—¡Caramba! ¡Qué palabras, mujer! Yo... mi caballerosidad...

—Usted es un cochino, como todos. Ni más ni menos. Pero, en fin. ¿A qué vamos a perder usted el tiempo y yo las ventajas? Sea. Seré su querida. Uno u otro, lo mismo me da; pero no así, de un modo bajo y necio. No. Usted es un hombre de negocios. Y como un negocio lo trataremos. Yo me vendo a usted; pero me venderé caro, en todo lo que valgo.

Villabrille la fué a coger las manos; estaba como atontado de alegría; los labios le relucían de saliva.

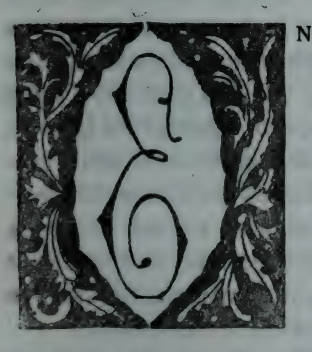
—Eres deliciosa... ¡Deliciosa e inteligente, chiquilla!

—¡Eh! Las manos quietas. Piropos, no. Entre usted y yo—se lo acabo de decir—es como si hiciéramos un contrato que a los dos dará luego un poquito vergüenza.

—¡Mujer! Estas cosas no se tratan así... entre hombres y mujeres.

—Entre un hombre como usted y una mujer como yo, sí.

II



N el automóvil de Heliana iban ella y Ramón Yanguas. El luto de ella, la indumentaria de él, más sucia y harapienta que nunca, desentonaban en aquel amplio estuche guatado de azul celeste, con sus lunas biseladas, con sus floreros de oro, sus espejitos laterales, su lámpara eléctrica que por las noches ofrecía la tentación de la mujer morena y del pelo rojo a la codicia de los transeuntes, y todo ello impregnado de un perfume intenso, penetrante, que al pintor le dolería la cabeza y le producía vértigos.

Heliana lloraba. Yanguas miraba resbalar la lluvia

sobre los cristales. Veía abocetarse en la dilatada indecisión del aire mojado el paisaje melancólico.

Delante del automóvil iba la carroza mortuoria, ostentosa, arrastrada por ocho caballos, chapoteando en el barro los palafreneros, y dentro de la urna de cristal, la caja de caoba con bisagras y tiradores de bronce, donde el cuerpo de Clotilde Pacheco había empezado a pudrirse.

Detrás del automóvil, nadie. Ni un coche, ni una persona.

La lluvia y el frío de aquella tarde de invierno tenían solitaria la avenida de la Ciudad Lineal y la carretera de Aragón. Desde el hotel donde vivió Clotilde los tres años últimos, gracias a la esplendidez de Heliana, despidieron el entierro las criadas, el jardinero. En el hotel contiguo, asomados a la terraza y tapándose con los paraguas, los vecinos comentaban sonrientes aquel funerario lujo, aquella vanidad postrera e inútil del coche de duelo, sin séquito alguno. En la calle, sobre la hierba que las lluvias febrerinas hicieron crecer, unos obreros, con las manos metidas en los bolsillos y las caras medio hundidas en sus bufandas, veían subir la caja reluciente y pesada, se reían de la cólera de los palafreneros, que se manchaban de lodo y se les desrizaban con la humedad las pelucas.

Luego, a lo largo de las filas de hoteles, borrosas figuras detrás de los cristales y la curiosidad fúlgida de un tranvía repleto de gente. Ya en la carretera, camino del humilde cementerio de Canillas, cruzaron algún carro, alguna silueta astrosa de mendigo, una pareja de guardias civiles caída la mancha ne-

gra de sus eapotes sobre las ancas grises de los caballos.

Heliana, a través de su vida, rememoraba aquel otro entierro de hacía veinte años, en Villahonda de los Pinos, cuando iba de la mano de Javier Tasara detrás del féretro de su padre. Reoía el tin-tin siniestro de la campanilla, los ronquidos asmáticos del fagot, y, dentro del automóvil cerrado, le pareció sentir aquel fuego solar de la tarde estival.

En un cementerio pueblerino, como aquel donde dejaron a su padre dentro de una caja forrada de tela parda, iba a dejar ahora a su amiga, encerrada en un arca valiosa. Y los dos muertos se llevaban al misterio ultratelúrico: su niñez, el padre; su juventud, Clotilde. Una niñez agria y mísera. Una juventud enriquecida y agria.

—¿Quiere usted que abra un poco?—suplicó Yanguas —. Me asfixio.

—Sí. Abra usted.

Bajó el cristal. Entraron el viento, la lluvia. Heliana se estremeció.

—¡Oh! Levante. Un poco nada más. Así...

Sólo una ancha ranura para renovar el aire.

—¡Mal día le ha hecho a la pobre!—dijo el pintor—. Hasta en su muerte ha tenido mala suerte... No del todo, sin embargo.

Y sonrió a Heliana, aludiendo a la carroza suntuosa de ministro o de banquero.

—Todo lo que tengo hubiese dado por salvarla. Pero la operación se hizo tarde, en malas condiciones... Yo estaba en Alemania, donde *ése* quiso ir para hacer ne-

gocio con los cambios. Llegué hace tres días, cuando ya la pobre estaba a punto de morir.

Ese era el último, un enriquecido de la guerra. Antes de él otros varios *eses*, desde aquel don Jesús, que tuvo las primicias, y cuya fortuna quedó maltrecha. Heliana cambiaba de amantes en una impasible indiferencia por los hombres, en una certera seguridad de los capitales. Había viajado por Europa y América, como una millonaria desdeñosa y pródiga.

—¡La pobre!... Me pidió que les avisara a ustedes..., que avisara al marido después de muerta. Antes, no. Ya ve; él no ha venido.

—Habrá muerto también—respondió lúgubre Ramón Yanguas—. Todos nos morimos. Los unos de pronto, los otros poco a poco... La que no se muere es la Mula.

—¡Pobre Ivonne!

—¡No la compadezca, Heliana! Es una mala bestia, que ha infernado mi vida, ha llenado de mugre mi pintura, me ha hecho esto que soy ahora: un guiñapo, un viejo idiota.

—¿Pero no trabaja usted?

—¿Para qué? Aunque pudiera comprar colores y lienzos, aunque pudiera pintar como yo pintaba hace diez, quince años, mis cuadros no los querría nadie...

—O sí. Mire: yo voy a tener ahora un hotel en la Castellana. Usted podrá decorarme alguna habitación,

—Sí. El retrete. Mi pintura ya no merece más que ese sitio. Pintaremos la taza y el bidet de porcelana, ¿eh?

Se echó a reir de un modo feroz. La risa le hizo toser.

—¡Qué cosas dice usted, Ramón! Cierre ahí. Le entra frío.

—¡Qué más da! Si no fuera porque la lluvia le estropearía estas paredes tan coquetonas, abriría de par en par la ventana. Me asfixio. Tengo los pulmones hechos cisco, la cabeza me arde, y, además, en el estómago, yo creo que tengo un cáncer. Bueno, pues a pesar de todo, no reviento. Y tengo unos deseos de descansar, de no ver a la Mula, de no oirla, de que no me cocee en el alma...

—¿Entonces, de qué viven ustedes?

—No lo sé. Yo pinto de todo: puertas, muestras de tiendas, hasta muñecos de trapo a dos reales la docena en una fábrica de la calle de Barrionuevo. Además, creo que Ivonne anda por ahí... Todavía por lo visto, hay tontos capaces de...

—¡Oh, Ramón, eso no es verdad!

—Sí lo es, Heliana. Pero no me importa. Ella se compra cada vez trajes más espantosos, de verdadera salvaje o de nueva rica. No la falta dinero nunca...

—¿Y por qué no le deja a usted?

—Eso digo yo. ¿Por qué no me deja? Pero no; es que necesita hacerme sufrir. Yo creo que cuando me muera habrá de estrenar el traje más apoteósico: verde, con lunares rojos y unos lazos amarillos como los de los kirikis y se pondrá a bailar, enseñando unas medias escocesas, sobre mi tumba...

—¿Y usted, por qué no la deja?

—Eso digo yo. ¿Por qué no la dejo?... Será porque

necesito insultar a alguien, vomitar sobre alguien esta sangre mía del cáncer y de los pulmones hechos papilla... ¡Y pensar, amiga mía, que yo tuve talento, que yo imaginé posible vencer a todos esos hijos de zorra encaramados en las cátedras, en las Academias, en las medallas! ¡Aquel Martorell! ¿Se acuerda usted de Martorell?

Heliana tuvo un gesto de infinita tristeza.

—¡Que si me acuerdo de Martorell! Mucho. Siempre.

—Pues bien. Le han dado la medalla de honor. ¡De honor! ¡A él! Un picapedrero que debía estar en el camino del Este, con sus angelotes y sus Vírgenes y sus San Josés de tarta. En cambio, Javier, que tenía sentido común, que no pintaba mal—a mí no me gustó nunca su pintura, pero reconozco que estaba bien para él...—pues bueno. Ahí le tiene usted: sin dos pesetas y amenazado de una parálisis.

—¡Pobre padrino!

—A usted bien la hizo la pascua...

—¡Bah! No fué él... Acaso en mí vida otros me hayan hecho más daño...

El automóvil se detuvo. Habían llegado al cementerio. Aguardaban en la puerta, bajo paraguas, el cura, el sacristán, los sepultureros. Algunos chiquillos se habían acercado a la carroza.

—Usted debía quedarse en el coche—propuso el pintor.

—No, no. Vamos abajo.

Él la tapaba con el paraguas. Al mirar Heliana dónde ponía los pies vió los de él calzados con unas botas rotas, que mostraban los dedos sin calcetines; so-

bre ellas se desflecaban los pantalones, de una telilla ligera y descolorida.

Al atravesar la verja vieron a un hombre dentro del cementerio. Un viejo encorvado, con la cabeza calva, la barba blanca. Se había descubierto y la lluvia le caía encima.

Yanguas le dió con el codo a Heliana.

—Ahí le tiene usted. Ese es el marido.

El viejo se apartó huraño, molesto por las miradas de Heliana y de Yanguas.

—No le mire usted. Como si no supiéramos quién es...

Dejaron la caja en el suelo, al borde de la huesa recién abierta, en el final del cementerio, junto a las tapias.

—¿Abrimos?—preguntó un sepulturero.

—No; ¿para qué—contestó Yanguas.

Pero Heliana comprendió la mirada de súplica del marido, fija en ella.

—Sí. Quiero verla por última vez...

Abrieron. Bajo el cristal, el rostro de Clotilde apareció céreo. Un surco de sangre negruzca salía de su nariz y resbalaba por los labios hacia la garganta.

El viejo se había acercado. Miraba ávidamente, conteniendo el llanto. Luego se volvió hacia Heliana:

—Muchas gracias, señora...

Y tambaleándose, sin volver la vista atrás, salió del cementerio.

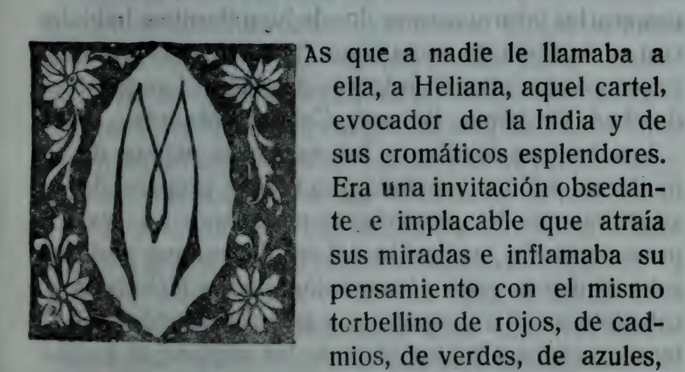
Iban a bajar la caja, cuando Yanguas vió una corona en el fondo de la huesa:

—¿Esa corona?

—La trajo ese señor. Dijo que quería quedase así, debajo de todo...

La tierra, húmeda, caía en terrones compactos sobre el arca de madera, como piedras.

III



ÁS que a nadie le llamaba a ella, a Heliana, aquel cartel, evocador de la India y de sus cromáticos esplendores. Era una invitación obsedante e implacable que atraía sus miradas e inflamaba su pensamiento con el mismo torbellino de rojos, de cadmios, de verdes, de azules, que inflamaba los muros de la ciudad.

En las paredes de los edificios, en las vallas de los solares, hasta en los telones de los teatros, aquella danzarina de Madura la Santa—azafranado el rostro, con los labios bermejos relucientes de betel, sobre los cuales pendía de la nariz una perla enorme, la falda

roja desplegada como la pomposa cola del pavón de la diosa Saraswathi, el corpiño de un naranja violento; centelleadores de joyas el cuello, los brazos, las manos, los tobillos, los pies; rútila la cabeza con el casco áureo, y sobre ella el dios Ganesa, el de la testa elefantíaca, de un verde brillante y pulido de malaquita—parecía invitar solamente a Heliana, invadir Madrid, sin otro propósito que inquietar su espíritu con la certeza de que todos los días en un salón céntrico Juan Bautista Nebot la esperaba rodeado por la magnificencia de su arte.

Y aun se ampliaba, llegaba hasta ella misma, en su propia casa, esta apelación triunfal del retornado, con los artículos y los retratos publicados en los periódicos, con las informaciones donde Juan Bautista hablaba con su exuberante levantismo, de los lugares remotos, cuyos nombres tienen fulgores de gemas: Langar, Hyderabad, Ondaipur, Benarés, Calcuta, Madrás...

Los criticos aludían a las sucesivas etapas de la moderna pintura española que fueron preparando el advenimiento del orientalismo nebotiano. La, ya un poco olvidada, revelación del sorollismo que abrió al sol y al mar la yerta claustración de los historistas y caballetistas; el zuloaguismo y su reintegración a los temas raciales y la atmósfera de los museos; el angladismo y su dilatada audacia luminosa. Y, como la culminación de estas renovadoras tendencias, el desbordamiento vibrador, orquestal, de los cuadros indostánicos de Juan Bautista, aquellas feéricas fiestas del color que hacían palidecer las obras y las facies de otros pintores.

Heliana leía los artículos encomiásticos, contemplaba los retratos del hombre, ya maduro, cuya adolescencia fué granándose en juventud al lado de su adolescencia. El noviazgo, inútil y lontano, se reabría en su corazón como una llaga mal curada. Recordaba, a través del tiempo, las horas pretéritas en su pristina virtualidad emocional. Los paseos lentos por las afueras de Madrid, bajo la mirada humilde, resignada, de Clotilde Pacheco; las funciones teatrales, los conciertos, las charlas en las tardes del estudio de Javier Tasara, las sesiones optimistas y febriles de su retrato que había de fijar la primera victoria decisiva en la carrera de Juan Bautista.

Algunas veces Heliana iba al Museo de Arte Moderno, donde se conservaba aquel retrato. Elegía las horas primeras de la mañana, cuando apenas había visitantes, y permanecía abstraída en la contemplación de la Heliana feliz, de la que imaginaba salir incólume entre las lumbres fulgurantes del mundo y de su propio fuego interior. Llamaradas en sus vestiduras, en sus cabellos, en su alma, toda encendida por el amado... Estas visitas a sí misma, a la mujer retadora de hogueras—y hoguera ella también—de los días desaparecidos empolvados ya por los años, eran cada vez menos frecuentes. La deprimían, la desalentaban para mucho tiempo. Y sus amantes, accidentales o temporales, sufrían las consecuencias con la agudización de las violencias despreciativas, con la exigente implacabilidad de codicias que no saciaban las joyas y el dinero entregados más allá de los propios recursos, más allá, muchas veces, del propio honor, caído como un dón

más a los pies de la ultriz sonriente y desdeñosa.

En los retratos de periódicos y revistas, en las caricaturas esquemáticas, Heliana reconocía vagamente a Juan Bautista. Siempre el cabello rizoso enmarcándole el rostro apolíneo; pero, mientras en lo alto de la frente conservaba su negrura, en los aladares se aclaraba de canas. La sonrisa franca, moceril, había desaparecido. Tenía, en cambio, un gesto duro, despiadado. Los ojos tampoco parecían conservar la dulce y romántica mirada de ayer. Retaban con una mirada orgullosa.

En medio de tantos retratos actuales, un periódico dió una antigua fotografía, hecha en el estudio de Tasara, en la época de la primera medalla de Juan Bautista, donde el pintor y la novia-modelo aparecían juntos. Heliana volvía a encontrar el rostro claramente animado por un regocijo íntimo, la simpática expresión y aquel aire de colegial aturdido y malicioso, de «niño bonito», que tenía Juan Bautista cuando se conocieron.

Este retrato la animó más que los carteles exóticos y el renombre apologético de la Prensa; la acució más hondo el deseo de verle a él que amortiguaban y empavorecían los, un poco pedantes, del momento actual. Era como una promesa de que pudiera renacer el amor, no extinto aún. Quizá ni eso se atrevía a esperar: la bastaría el placer, algo ácido, de inquietar en el alma de él algún adormecido remordimiento; mostrarse ante el triunfador triunfadora a su vez de la otra Heliana sacrificada, por lo que ahora la consentía imponer sacrificios a los demás.

Y una tarde entró en el local de la Exposición. Había elegido su toaleta escrupulosamente, imaginando, sabia, la estéril competencia del indumento europeo con aquella candente visión asiática que Juan Bautista trajo a Madrid.

Vestía un traje gris ceniciento, que la modelaba el cuerpo matronil, donde la silueta de Leonora reencarnaba. Se envolvía, además, en un manto de martas, sobre el cual sus manos—en la izquierda un solo brillante, en la derecha una sola perla de cálido oriente—se movían pandas o se posaban armoniosas. Más perlas—un collar de negras—sobre su escote moreno, y cubriendo la flama fulva de su cabellera, una toca gris con un airón blanco.

Iba despaciosamente, con una felina indolencia, con un leve gesto de cansancio y desdén en el rostro. Los hombres se apartaban y repetían su nombre en voz baja. Se detenía ante los cuadros y consultaba el catálogo; pero apenas veía nada. Las danzarinas de Tanjora y Pondichery; las multitudes policromas de una procesión en Langar; el hormigueo humano en las aguas sagradas del Ganges; los *gopourams* enormes y blancos contra el cielo azul, con su quimérica frondosidad de dioses, bestias y hombres esculpidos; los cortejos suntuosos con los elefantes, y sobre ellos las torres cubiertas de gayas telas; los hombres de color de arcilla y vestiduras blancas trotando delante de camellos y cebúes gibosos; unas plañideras sobre el lago de Udaipur, que ponían una nota melancólica entre tanta exaltación sensual de las formas y de los colores.

Heliana sentía el deseo de volver bruscamente la cabeza, de afrontar el hallazgo de Juan Bautista en el fondo de la sala, rodeado de mujeres elegantes, tal como le vió de un modo vago al entrar.

Y, sin embargo, seguía andando lentamente, fingiendo abstraerse en la contemplación de las obras, cuando todo en ella quisiera ir hacia el pintor: sus miradas, sus pies, sus manos, sus labios, que los besos ajenos no habían insensibilizado...

Sentía, además, que en torno suyo la comentaban. Acaso el mismo Juan Bautista la mirara furtivamente. Había advertido algunos rostros conocidos de otro tiempo, condiscípulos de Juan Bautista, pintores contemporáneos de Javier Tasara, gentes que por voluntaria hipocresía u obligados por el altivo desdén de ella, dejaron de saludarla. Por ello exageraba más su impertinencia majestuosa, el ritmo indolente de su paso, fingiendo abstraerse en la contemplación de las obras. Y poco a poco, más fuerte que su preocupación de rencoroso orgullo, más poderoso que el deseo de llegar donde estaba Juan Bautista, la fué ganando el encanto de la pintura. Frente a frente de una muchacha desnuda, que sostenía sobre la cabeza un cesto de frutas, volvía a sentir el deleite profundo que siempre tuvo para ella el arte de Juan Bautista. Recordaba las explicaciones de él, sus palabras, tan plásticas como sus pinceladas, que vibraban en una lírica fogosidad.

¡Oh, cuán bello aquel desnudo de impúbera ambigüedad, con su gracia ondulante y su carnación capitosa! Los senos iniciaban, tímidos, su convexidad;

el vientre, todavía liso y lampiño, las piernas rectas, sin la comba mollar de la pantorrilla; sus brazos levantaban el cestillo de frutos fúlgidos como esmaltes sobre la cabecita crespa y roja. Una cabellera que tal vez no tenía el grácil modelo índico, una cabellera que el pintor no había olvidado ante los cabellos lacios, negrísimos y oleosos.

Heliana consultó el catálogo: *El animalejo de Hyderhabad.* Sonrió melancólica. Así fué ella. Un animalejo moreno y ardiente que portó sobre la cabeza roja, como frutos brillantes, sus pensamientos.

Volvió a consultar el catálogo, para ver el precio: doce mil pesetas. Volvió a sonreir. Caro se hacía pagar el maestro aquel cuadrito de tan parcas dimensiones. No era así antes, cuando precisaba retardar la boda hasta reunir algún dinero. Pero si Juan Bautista podía ostentar, legítimos, aquellos precios, Heliana podía pagarles.

Buscó con la mirada al encargado del Salón, y la mirada halló antes a Juan Bautista. Venía hacia Heliana sonriendo. ¡Oh!, ¡cuán diferente la sonrisa no exenta de petulancia, no libre de azoramiento también, de la otra sonrisa juvenil!

Había engrosado. Su jaquette negro modelaba el vientre. Sobre el cuello de la camisa desbordaba la carne azulina de la barba.

—Buenas tardes, Heliana.

—Buenas tardes, Juan Bautista.

—Muchas gracias.

—¿Por qué?

—Por haber venido.

—¡Oh! Era natural que viniese.

Se hablaban con las miradas fugentes, asustadizas. No se habían dado la mano.

—Mi enhorabuena. Esto es maravilloso.

—¿Te gusta?

—Mucho. Sé, además, que has tenido un éxito enorme...

—Que tú acabas de coronar.

Ella frunció el ceño. Y le volvió la espalda para mirar nuevamente *El animalejo de Hyderhabad.*

—¡Qué lindo este cuadro! Me quedo con él. Buscaba, al venir tú, al encargado para decírselo.

—Es tuyo.

—Pero comprado. Claro está.

El tuvo un gesto de tristeza.

—¡Oh! Heliana. No digas eso.

—No, no. Si no es así, no lo quiero.

—Habrá de ser así. Te lo suplico. Ese animalejo es tan mío, tan mío, que sólo a ti lo daría.

—Lo venderías.

—No.

—Entonces, ¿por qué le pusiste precio?

El se encogió de hombros.

—Nadie más que tú podría preguntar por él.

—¿Por qué?

—Por eso.

Y señaló la cabellera roja.

—¿La tenía así el original o la...?

El fué sincero. Sacrificó la oportunidad del halago.

—¡La tenía! Y eso mismo que tú piensas pensé yo.

En tu niñez. «Así debió ser Heliana», me decía. Se llamaba Marvati.

—¿Ya será una mujer?

—No. Murió. Una muerte trágica. En un día de fiesta, cuando desfilaban las tropas del Nizam, a lo largo de las murallas pintadas de un amarillo limón, entre el rumor de las flautas, los crótalos y los tambores, sin que la multitud que llenaba las calles apenas se diera cuenta. Un elefante de trompa dorada la puso el pie encima. Marvati, con otras chiquillas, iba cogiendo las flores que caían al suelo de la carroza del dios Baal, arrastrado por los bueyes blancos con sus tiaras de pedrerías. Sobre su cuerpecito caracolearon los jinetes árabes de turbantes verdes y levitas amarillas.

—¡Ay! ¡Hubiese muerto yo así cuando era como ella!...

Juan Bautista la miró fijamente.

—¿No eres feliz, Heliana?

Ella tardó en contestar. Sostenía la mirada de él, sin sonreir; sin mostrar pena tampoco, en la misma estatuaria impasibilidad que adoptara al entrar en el Salón.

—¿No eres feliz, Heliana?—volvió a preguntar Juan Bautista.

—¿Lo eres tú?

—¿Yo? Antes no lo sabia. Ahora sé que no lo soy.

—Sin embargo, Juan Bautista, este triunfo, tus éxitos en Inglaterra, en América...

—¿Te enterabas tú? ¿Te interesaban?

—¿Cómo no interesarme? Me interesaron siempre... Desde aquel primero que...

El pintor, con esa vanidad monstruosa de los artistas, la interrumpió:

—¡Bah! Aquel cuadro queda demasiado debajo de éstos, ¿no crees? Lo he visto el otro día al cabo de tantos años, y me parece una obra débil, torpe, demasiado preocupada. Además, se ha ennegrecido. En cambio ahora, ¿ves? Creo que he llegado adonde no llegó nadie en la brillantez, en la limpieza del color, en la fluidez de los tonos... ¡Oh! No hay cuidado que esto se ennegrezca el día de mañana; estoy seguro, además, que siempre habrá de causarme la misma satisfacción que ahora me causa verles... Algunos de estos cuadros están pintados hace siete u ocho años, y no obstante no sabría distinguirles de los recientes, de los que pinté hace dos años... Desde entonces no he vuelto a pintar ¡y tengo unos deseos de ello! Pero no aquí. España continúa siendo una nación sórdida y hostil al arte. Madrid mismo, con sus grandes hoteles, sus calles nuevas y presuntuosas, conserva sus mendigos astrosos, sus guardias groseros, sus alquilones indecentes y sus políticos brutos y ladrones... En cuanto a los artistas... ¡Qué pena, Heliana, me ha dado encontrarles como les dejé! Discutiendo en el Círculo, soñando con la medalla, mordiéndose los unos a los otros, tumbados en los divanes de los cafés y pensando en ganar una plaza de profesor de dibujo en una provincia de último orden, haciendo retratos a mil pesetas y exponiendo muy ufanos apuntitos sin importancia, de la Moncloa o, todo lo más, de Aranjuez... Y mientras tanto, fuera de esta charca, la gente trabaja, se esfuerza en nuevas conquistas, en renovarse, en

adquirir más de lo que tiene con una ambición fecunda, que no comprenderán estos logreros del cocido, la cátedra y la medalla.

Se había exaltado. Hablaba casi en voz alta. La gente aprovechó la oportunidad para estrechar el cerco en torno de ellos. Heliana hizo un mohín de disgusto.

—¿Entonces... te marcharás pronto?

—¿De España? Claro.

Volvió a mirarla fijamente, procurando adivinar en el rostro de Heliana la impresión que le causaran estas palabras. Ella, como antes, sostuvo altiva su mirada.

—¿Pronto?

—Depende de ti.

Y antes de que ella, turbada al fin, empalidecido el rostro moreno y asustadizas otra vez sus pupilas, pudiera responder, Juan Bautista se acercó para hablarla al oído:

—Yo no he venido a Madrid para aplastar a mis compañeros de otro tiempo ni para recortar articulitos encomiásticos que me tienen sin cuidado. Yo sólo pensaba en tornar a ti como un aventurero de cuento transformado en príncipe de Golconda, uno de esos marajaes constelados de joyas, con su levita color de rosa bordada en oro y perlas, su turbante nobiliario y en él un esprit como ese tuyo, donde tiembla rocío de diamantes, uno de esos príncipes que he retratado tantas veces y que tendiera a tus pies los tesoros de su tierra maravillosa.

Rieron los dos del tono enfático, un poco burlón,

de Juan Bautista, donde Heliana volvía a hallar aquella verbosidad pintoresca del levantino de otro tiempo. Miró en torno suyo el pintor. El grupo de damas se había aclarado. Se iban marchando molestas por el olvido en que las dejara. Heliana adivinó la mirada y le tendió la mano:

—Adiós, Juan Bautista... Volveré por aquí... Ese cuadro de la nena es mío, ¿verdad? Te daré una tarjeta.

Él, sin soltar la mano, insistió; pero ya sin hiperbólicas palabras, con un acento apasionado y cálido:

—Venía por ti nada más. Hice que llenaran Madrid de carteles para que mi nombre te saliera al paso en cada calle, en cada sitio donde pudieras ir. Y si a pesar de todo no hubieses venido, yo te hubiera suplicado que me dejaras verte.

—¿Tanto te interesaba que viera tus cuadros?

—¡Y qué me importan los cuadros! Me importas tú. Quiero importarte yo, nada más que yo.

—¿Pero tú, así, triunfal, satisfecho tu orgullo?

—No te burles, Heliana. En el fondo soy un pobre diablo. Tú lo sabes bien... Mira, ¿quieres que salga contigo? Tenemos mucho que hablar.

—Bien. Pero ¿tú sabes...?

—¿El qué?

—No. Nada. Compréndelo sin decírtelo.

La cogió las dos manos. En sus ojos hubo una inmensa piedad.

—¡Lo sé, Heliana de mi alma! Pero ¿tienes tú la culpa? Además, para eso he vuelto yo... Espera... O si no, sal tú delante. Yo te sigo. Fuera está mi automóvil. Uno grande, amarillo.

—Yo también tengo el mío.

—¡Ah! Entonces espérame en el tuyo.

Heliana sonrió melancólica. Estaba acostumbrada ya a ir delante de los hombres en una hipócrita actitud de respeto a las conveniencias, de temor en ellos—ilustres políticos, graves hombres de ciencia, conocidos financieros—porque les vieran comprometidos en galanías.

Se arrebujó en su manto de martas y despaciosamente echó a andar hacia la puerta. Antes de salir sintió la mano de Juan Bautista buscando su brazo. Otra vez la sonrisa melancólica. No era el pintor de los que exigían la reserva, sino de los que imponían la vanidosa ostentación.

«Menos mal»—pensó.

Delante del automóvil vacilaron. Era en noviembre. Una niebla densa borraba los contornos de las casas, de los árboles, de los carruajes, y amortiguaba las luces y enfangaba el suelo.

—¿Dónde vamos?

—Por ahí...

—¿Cenaremos juntos?—propuso él—. En el Casino, en el Ritz.

Ella le miró un poco ofendida. «Sí. Realmente, Juan Bautista sabía quién era ella ahora.» Recordaba, en cambio, los respetos de antes, cuando no quería salieran solos nunca, sino acompañados de Clotilde Pacheco.

—Bueno. Ya hablaremos. Daremos una vuelta... por ahí, por la Castellana.

Subió ella. Detrás él. Apagó la lamparita eléctrica.

Durante unos momentos ninguno de los dos hablaba. Heliana fingía mirar a través de los cristales el fondo borroso de la niebla; pero veía de reojo el rostro de él, ávidamente vuelto hacia ella.

—Heliana...

—¿Qué?

—¿Tú me quieres aún?

—¿Y para qué lo preguntas?

—Contéstame. ¿Me quieres aún? ¡Yo no he dejado de quererte!

—Sí. Te quiero. Pero ¿qué más te da... ahora? Yo no soy la Heliana que pudiste tener para ti solo.

—Puedo recobrarla para mí solo.

Heliana le buscó las manos con las suyas, frías de emoción.

—¡Ay, chiquillo! ¡Qué bonito sueño sería ese!

El la quiso atraer hacia sí; le buscó los labios con los suyos. Heliana se apartó, brusca. El tono de su voz cambió hasta una dureza agresiva.

—¡Eh! ¡Cuidado! Todavía un beso tuyo sería una ofensa. Un beso mío, una costumbre. No. ¡Aguarda!

—¡Mujer! ¡Qué cosas dices!

—¿A qué engañarnos? Nuestra situación no es todavía lo que yo quisiera que fuese.

—Y yo también.

—Bueno. Y tú. Por lo menos, a ti te ocurre una cosa muy natural. Encuentras accesible, por oficio, a la mujer que no quisiste aceptar, cuando esa entrega a ti no despertaría recuerdos de otros contactos.

—¡Heliana!

—Déjame seguir. En esto no he cambiado. Sigo di-

ciendo con toda claridad lo que siento. Vosotros, los hombres, tenéis un concepto tan raro de la dignidad femenina, que nosotras, las mujeres, no acabamos de comprender, pero que siempre terminamos por despreciar. No te ofendas por lo que digo. Te he dicho que te quiero, te quiero con toda mi alma. Eres tú el único hombre a quien he querido. Así, pues, nada de lo que yo diga puede ofenderte.

—Pues calla, por si acaso.

—No. Eso tampoco. Es preciso.

Juan Bautista se encogió de hombros, malhumorado. El auto se deslizaba por un suelo de asfalto con chasquidos leves de la resbaladiza capa de barro. A través de la niebla huían hacia atrás los espectrales árboles desnudos.

—Pude ser tuya cuando nada en nosotros ni en los demás podía impedirlo ni envilecerlo.

—Lo sé...

—¡Bah! ¿Lo sabes? ¿Y por qué no lo supiste?

—Lo supe. Te escribí y no quisiste leer mi carta...

Heliana se pasó la mano por las sienes, por las mejillas, resbalándolas tan apretadas, que la dolieron los huesos.

—¿Y por qué no me buscaste?

—¿Yo? ¿Cómo iba, después de...?

—¿Ves? La dignidad del hombre que no quiere respetar la dignidad de la mujer. Y hoy, esa misma dignidad no vacila en suplicar mi indignidad. Vamos a ver, Juan Bautista. ¿Te casarías tú conmigo?

—No.

—¡Vaya! Menos mal. Yo creí que eras como todos.

Aun conservas, o crees conservar, el respeto a tí mismo.

—No me casaría porque no puede ser. Si fuera posible me casaría. Haría eso que tú llamas suplicar dignamente que me hicieras indigno. Pero no, no es eso.

—Entonces... ¿qué?

—Es que estoy casado, Heliana.

—¡¡Tú??

Se quiso apartar de él en un súbito estremecimiento de asco y de angustia. No pudo. Era demasiado estrecha aquella caja guatada de azul celeste, perfumada y propicia como un lecho.

—Escúchame a mí ahora, Heliana.

—¡Tú casado! Entonces, ¿a qué mentías? ¿A qué decir que sólo pensabas en mí, a qué buscarme, a qué hacer esto de ir juntos...? ¡¡Oh!! ¡Qué canallada! Los demás hombres tienen derecho a llegar hasta mí sin compromiso de su corazón o de su tiempo. Basta que tengan el dinero que a mí me da la gana exigirles. Pero ¡¡tú!!

—¡Calla! Escúchame primero.

Ella se encogió de hombros. Medio le volvió la espalda. Sentía que su altivez se iba a deshacer en lágrimas y no quería que Juan Bautista la oyese llorar.

—¿Me escuchas?

Inclinó la cabeza.

—Bien. Oye, Heliana. Me casé hace seis años, cuando mi vida era más difícil, en un terrible momento de crisis espiritual y material. Tenía el convencimiento de que entre tú y yo no podría haber nada. ¿Qué quieres? La vida sólo se nos muestra tal como es sino de-

masiado tarde, cuando ya nuestros arrebatos de la juventud no tienen remedio. Bueno. Oye... Yo estaba solo, desesperado, en medio de una ciudad india, olvidado de mi patria, sin un céntimo para comprar colores ni pagar el hospedaje... Llegó un instante en que pensé matarme... Entonces conocí a Jenny. Era una inglesa viuda, que se aburría y escribía versos muy malos. Jenny me alentó; tuvo fe en mi arte...

—¿Te pagó la fonda?—exclamó, irónica, Heliana.

Juan Bautista, humilde, protestó:

—No. Me compró unos cuadros, que me consintieron pagar la fonda, cubrir mis carnes resecas de fiebre y de hambre, cubiertas de harapos, como las de un brahmín. Después, sí. Empecé a tomar dinero de ella. Era mi protectora. En España no se concibe esto. Pero nada tiene de particular. Ella amaba mi pintura...

—Y tú acabaste amándola a ella.

—No. Te estoy hablando con toda sinceridad, Heliana. Yo no puedo amar a Jenny. Es más vieja que yo, mucho más vieja. Acaso tenga sesenta años. Es fea, áspera y dominante.

—¿Entonces, por qué te casaste?

—Porque fué buena conmigo, porque tenía una gran fortuna que me consentiría pintar lo que quisiera, como quisiera, sin prisas, sin abdicaciones, sin malvender las obras. Pero a cambio de esto, Heliana, ¡qué repugnantes humillaciones de mi carne juvenil, de mis ansias eternas de belleza, de mis deseos que soñaban contigo!... Tú, pobre mía, me comprenderás. Mucho de esas humillaciones habrá en tu vida.

Heliana le miró despreciativa. Sus lágrimas no llegaron a desbordar de los párpados.

—De ésas, no. Parecidas, sí. En el fondo tú te has prostituído más que yo... Y entre esa mujer y los hombres que me han tenido por suya, hay una enorme diferencia.

—¿Pero tú sabes, Heliana, lo que es fingir todos los días, a todas las horas, un amor que no se siente?

Ella, dura, implacable, contestó:

—No. No lo sé. Jamás he sentido amor a nadie. Los hombres me han tomado como yo soy. Ni uno siquiera tuvo derecho a exigir más de lo que significaba nuestro acto de bestias, la satisfacción suya de una necesidad fisiológica y la indiferente sumisión mía.

—¡Eres cruel, Heliana!

—¿Contigo o con ellos?

—¡Conmigo! ¡Qué me importan ellos!

—No. La crueldad, la ignominia es tuya contigo mismo. Esa mujer te quiere, tiene fe en tu arte, te pone en condiciones de que triunfes, y tú, en cambio de todo eso, la escarneces ahora hablando de ella conmigo, confesando que te produce repugnancia. Yo lo único que hago es rechazar la comparación de tu proceder con el mío. Nada más.

Juan Bautista se rebullía inquieto en el asiento.

—No es eso... Yo lo que quiero decirte es que no la quiero, que no la puedo querer como mujer, como amante... Es otro afecto distinto el que me inspira: gratitud. Algo como si fuese mi madre...

Heliana sintió una punzada en el corazón.

—La llamarás *mare*... como a mí..., como a la otra Heliana de otro tiempo.

El, ingenuo, fué a decir que sí; pero se contuvo.

—¿Por qué me preguntas eso? Yo la querré como una madre; pero no se lo digo... La enfurecería. Tú no sabes lo que es mi vida. Un suplicio de todos los instantes... Me compadecerías, Heliana, si lo supieras todo... Soy digno de lástima.

—Sí que lo eres, Juan Bautista. Pero bueno. Acabemos de una vez. ¿Para qué me cuentas todo eso? A cada nueva confidencia me parece que se alejan más nuestras almas.

—No. Yo he venido por ti, Heliana.

—¿Y tu mujer?

—No importa. Verás. Yo he pensado que nos reunamos en Nueva York...

—¿Los tres?

—¡Mujer! No. Jenny ha de ignorar todo, como comprenderás. Nosotros...

Heliana empezaba a sentirse mal.

—No sigas, Juan Bautista. A pesar de todo, yo creía que eras otro hombre, conservaba tu recuerdo—no como tú decías conservar el mío, mío de verdad, hondo, generoso—de un modo que me obligaba a ti a pesar de haberme ofendido. Porque en la misma ofensa había algo que te elogiaba caballeresca. Una caballerosidad egoísta, de hombre que no quiere envilecerse cogiendo lo que otros han tenido antes, pero caballerosidad al fin. Te he visto volver como ese príncipe de Golconda que decías antes y creí que esos carteles de las calles, que esta aureola

de tu renombre, me buscaban. Fuí a ti dispuesta a todo; tal vez ni necesité pensarlo. Era una atracción más fuerte que yo misma. Sería tu querida con el mismo orgullo que hubiera sido tu mujer...

Juan Bautista la cogió las manos. Ella ni siquiera se molestó en retirarlas. Yertas, inmóviles, las dejó entre las cálidas de él.

—Pero me engañaba. Tú mismo me has desengañado. Es lo único que tendré que agradecerte. Ni me has querido nunca, ni quieres a esa mujer, ni querrás a nadie. Para ti no existe más que tu vanidad.

—¡Oh! Heliana. ¿Cómo puedes decir eso?

Había subido hasta sus labios las manos de ella. Las besaba sin que Heliana las retirase, con la indiferencia que recibía las caricias de los hombres. Él, engañado por la pasividad de su antigua novia, acuciado por su instinto sexual que despertaba, la pasó una mano por la cintura y la atrajo contra su cuerpo. Iba ya a besarla, cuando Heliana le miró fijamente.

—¿No me ves? ¿No me sientes? ¿Es así como querías besarme? ¿Como un hombre más?

El se apartó.

—No. Tienes razón. ¿Qué quieres de mí?

—Nada. Nada podría darte en cambio.

—¿Ni un poco de cariño?

—De ti depende...

—Explícate.

Hablaban con frases escuetas, desafiantes las miradas, trémulos los labios.

—¿Me juras que no quieres a tu mujer?

—Te lo juro.

—¿Y a mí? De verdad, Juan Bautista.

—De erdad. Te quiero más que a todo en el mundo.

—¿Más que a tu arte?

—No sé... No me quiero engañar. Tú y él. ¿Te molesta?

—No. Entonces yo también voy a serte franca .Los dos estamos manchados de comerciar con el cuerpo. Los dos nos hemos vendido... por lo que sea. Somos ya dignos el uno del otro. Pero es preciso que no seamos indignos luego. ¿Comprendes?

—Sigue...

—Tú vas a dejar a esa mujer. Total, absolutamente. Como si no existiera para ti. Ella, su fortuna, todo, ¿no es eso?

—Sigue...

—Yo dejaré también cuanto tengo. Abandonaré hasta lo que me parecía un deber sagrado servir.

—¿El qué?

—No te importa ahora. Lo sabrás luego. Y así, limpios del pasado, libertados de nuestras dos abyecciones, tú para mí y yo para ti, recobraremos la felicidad. ¿Qué te parece?

Juan Bautista sonreía, azorado.

—Mira, chiquita, no estamos en un capítulo de novela; no se trata de ser personajes ibsenianos, se trata de ajustarse a la realidad...

—La realidad es esa que te he expuesto.

—Una realidad bonita como un sueño. Pero como no se puede lograr, procuremos acercarnos a ello en lo posible.

—No te entiendo.

—Verás. Yo no puedo dejar a Jenny. ¿De qué íbamos a vivir?

—De tu arte. ¿Te parece poco? Tienes una reputación gloriosa. Tus obras se venden a grandes precios.

—No nos hagamos ilusiones, Heliana. Mis cuadros no se venden a esos precios. Si quisiera venderlos tendría que hacerlo a otros irrisorios. Tú y yo nos hemos acostumbrado a vivir en unas condiciones de las cuales no podemos prescindir. Yo te necesito a ti; pero necesito el dinero de Jenny. Más franco no puedo ser.

—Demasiado... ¡En fin!

Y oprimió la pelota de goma forrada de seda que avisaba al chofer. Luego, por la bocina, le ordenó:

—A casa.

Juan Bautista la miraba ávido.

—¿Qué dices?

—¿De qué?

—De esto... Tú comprenderás...

—¡Ay, Juan Bautista! Nunca hemos estado tan lejos el uno del otro. No hablemos más de esto; no te rebajes más. No me hagas sufrir de vergüenza por ti.

Tenía su voz un acento de tristeza infinita, de fatal resignación.

—Toda mi vida aguardando este instante... y ya ves.

Juan Bautista tenía lágrimas en los ojos.

—Compréndeme, Heliana. Yo soy un hombre incapaz de empezar mi vida... No sabría... Tengo miedo a caer de nuevo en la miseria... No por mí, por ti...

—Gracias. Eres muy bueno. Hablemos de otra cosa...

—No. Tú y yo no podemos hablar más que de nuestro amor.

—¡Nuestro amor! ¡Esas palabras en tus labios después de las otras, es demasiado. Cállate. Vale más. Y tranquilízate. ¿Ves? Yo estoy tranquila.

Corría el auto a través de la noche. Heliana consultó el relojito de oro que tenía ante los ojos y que, sin embargo, no había visto una sola vez.

—¡Las once! ¡Qué horror! Y mi pobre enfermo esperando...

—¿Tu enfermo? ¿Quién?

—Es verdad. No te lo había dicho. Era lo que habría dejado por ti. No lo que yo te pedía abandonaras: una mujer millonaria; era algo más doloroso de abandonar. Un hombre paralítico, medio idiota, que ya no tiene a nadie más que yo en el mundo.

—¿Pero quién?

—Javier Tasara. Tu maestro. Del que ni siquiera te has acordado en tu retorno triunfal.

—¿Pero vives con él? ¿Después que...?

—¡Qué quieres, Juan Bautista! Tú decías hace un momento que la vida se nos muestra tal como es demasiado tarde, cuando ya nuestros arrebatos de la juventud no tienen remedio. Yo quise mucho al padrino; después le odié; ahora vuelvo a quererle. Es el único que ha sido leal conmigo, el único que he visto siempre generoso y romántico frente a las mujeres. Pudo hacer como tú un matrimonio de ventaja, y no quiso; pudo falsear su arte, buscando los triunfos apoteósicos de otros artistas, y no se cuidó de ello; pudo saciar su lujuria en mujeres que se le vendieran des-

preciándole, y jamás lo hizo. Dió su amor y el dinero ganado por su arte a las mujeres que le amaron y que le desearon... Ahora, viejo, pobre, cambiado en una cosa inerte y sucia, me parece mil veces más digno de cariño que tú, joven, fuerte, lleno de gloria y con una fortuna de millonario...

Juan Bautista callaba, incapaz de rebelarse contra la voz dolorida de Heliana, una voz que encontraba en su alma sonoridades repetidas de eco.

El automóvil se detuvo bruscamente. Ella miró a través de los cristales.

—¡Ah! ¡Ya estamos en casa! Adiós, Juan Bautista. El auto te llevará adonde vayas.

—No. No... Quiero pasear...

—¿Por qué? Está una noche horrible.

—No importa. Déjame...

—Como quieras.

Bajaron delante del hotel de Heliana, en la Castellana.

—¿Quieres subir?

—No.

—Pero ven algún día, antes de marcharte. Seamos amigos, al menos. Verás al padrino.

—Sí... sí... Vendré. No podemos destruir así por segunda vez nuestra...

Heliana se irguió:

—¡Eso no! Si piensas venir para hablar de eso, no vengas. Adiós, Juan Bautista.

Él la besó en la mano. Luego se hundió en la noche dentro de la niebla, como una sombra errante.

IV



ELIANA le esperó tres días inútilmente. En la mañana del cuarto, una mañana soleada y amable, que pobló de gente sin ocupación y de trenes lujosos los andenes y la calzada asfaltada de la Castellana, Juan Bautista detuvo su enorme automóvil amarillo, algo detonante, delante del hotel de Heliana.

Ella estaba en una terracita baja, acodada en la baranda de mármol, y al verle se apresuró a bajar al jardín para hacerse la encontradiza, como de un modo casual, y evitar así recibirle a solas.

Le tendió la mano sonriendo.

—Buenos días, Juan Bautista. Al fin te has decidido a visitar a nuestro pobre enfermo.

Él, sin contestar, la besó la mano, demasiado tiempo, demasiado prietamente. Heliana la retiró, brusca.

—Precisamente iba yo, ahora, como todas las mañanas, a estar un rato con él. ¿Vamos?

Y señaló un pabellón de dos pisos que se alzaba al otro lado del hotel dentro del jardín, como aquel estudio de los discípulos de Tasara en la calle Ferraz, frente a la casa del maestro.

—No. Aguarda... He venido a hablar contigo.

—Ya te dije que si era para eso...

—¿Me echas?

—No. Te ruego que no insistas. Nada más. ¿Vamos?

Y volvió a señalar hacia el pabellón.

—Te suplico, Heliana, que me oigas.

—Pero ¿para qué? ¿no lo hablamos todo?

Juan Bautista la miró tristemente. Todo, en su voz, en su expresión, hasta en su actitud, ofrecía una humildad esclavizada. Heliana se encogió de hombros.

—Bien. Es inútil. Pero si te empeñas... Ven. Por aquí.

Le guió hacia una plazoleta que había delante de la escalinata del hotel, más lejos del portero, muy correcto, pero muy curioso, junto a la verja de entrada.

Se sentaron en unos sillones de hierro. A distancia.

—Tú dirás.

—Heliana, he pensado mucho en nuestra conversación última.

—Yo también.

—Y me he convencido de que tenías razón.

—Y yo de que la tenías tú.

Juan Bautista la miró asombrado.

—¿Qué quieres decir?

—Eso. Que tú tenías razón.

—¿En qué sentido?

Heliana suspiró.

—Luego te lo diré. Habla tú primero. ¿Qué es lo que has pensado?

—Que no podría vivir sin ti, que te necesito por completo, y que estoy dispuesto a hacer lo que tú quieras. Abandonaré a Jenny y a su fortuna. Llegaré a ti sin más bienes que mis cuadros, pero absolutamente libre de compromiso alguno. Ahora tú dirás.

Heliana había inclinado la cabeza sobre el pecho. Su mano izquierda daba vueltas a una sortija de su mano derecha. Tardaba en contestar. Juan Bautista insistió:

—Tú dirás...

Ella, lentamente, levantó la cabeza. Los ojos la relucían de lágrimas.

—Es tarde ya, Juan Bautista. Yo también he reflexionado en estos tres días que he tenido indefenso y libre mi pensamiento. Tú estabas en lo cierto la otra noche. Ahora te agradezco el inconsciente engaño que me ofreces, pero no puedo aceptarlo.

—Pero ¿por qué?

—Porque no puede ser. Nosotros nos uniríamos ahora. Los primeros meses, tal vez el primer año, bien. Después, tú, yo misma, sentiríamos la nostalgia de esta vida triste, pero cómoda, que nos hemos logrado formar a costa de los demás. Vendría el hartazgo tuyo

tanto más pronto cuanto que yo seré pronto una vieja...

Juan Bautista se echó a reir.

—¡Tú! ¡Una vieja tú!

—Sí, Juan Bautista. Mi edad en ti es la madurez robusta, la plenitud de todas las energías; pero en mí... ¡En fin! No hablemos de ello. Es mejor...

Nebot se acercó a Heliana.

—Sí, hablemos, hablemos siempre. Porque no te lo he dicho todo. Yo estoy dispuesto a divorciarme de Jenny, a casarme contigo...

Ella le miró de un modo tan cruel, tan agresivo, que Juan Bautista recordó unas palabras de la noche anterior.

—... Sí. Hasta eso que estás pensando. Me acobardó entonces la simple sospecha. La certeza indudable de ahora no me importa. Pero entonces, Heliana, era el chiquillo quien se rebelaba con ese concepto bárbaro y estúpido del honor. Hoy es el...

—El chiquillo, también, Juan Bautista—interrumpió Heliana—. Créeme. Estamos torturándonos inútilmente. Yo no quiero aceptar nada de ti; no quiero oir de tus labios nunca un reproche, y si ahora me fuese contigo—casarme, no; eso de ningún modo—si yo me fuera contigo, más tarde o más temprano, tú me reprocharías el haberlo hecho. Dejemos las cosas como están...

Juan Bautista se levantó violentamente.

—Eres siempre la misma. La mujer indómita, la orgullosa insoportable, la...

Se contuvo con un esfuerzo que le hizo rechinar los dientes y crispar los puños.

—Por última vez, Heliana. ¿Sí o no?

Ella se puso de pie.

—Hace muchos años, en tu estudio, yo te pregunté lo mismo, con esa misma ansia de oirte decir lo que yo consideraba me haría feliz. Tú contestaste entonces para siempre...

—Pero vamos a ver, Heliana, yo me voy a volver loco. ¿Por qué la otra noche me pedías menos de lo que yo ahora te ofrezco, y, sin embargo, ahora no quieres aceptarlo?

—No sé, no me tortures más, Juan Bautista. Sólo puedo decirte que ahora, en este momento, es cuando estoy absolutamente segura de no cambiar de opinión... Y te ruego que no hagas gestos, que sujetes tus nervios. Nos ven mis criados, nos ven desde el paseo...

—Pueden vernos algunos de tus amantes.

Ella se encogió de hombros.

—¿Ves cómo no sería posible?... Bueno, ¿quieres ver a tu maestro?

El, sin contestar, echó a andar hacia el pabellón. Se había puesto el sombrero de un puñetazo; dentro de los bolsillos del gabán sus manos se crispaban. Ella tuvo que llamarle la atención.

—Juan Bautista... ¡Juan Bautista!

—¿Qué?

—Espera, hombre. Vamos juntos...

—Sí, sí... Perdona...

Se quitó el sombrero. Ella, muy pálida, esforzándose en dominar su angustia, le dijo:

—Te causará una impresión terrible.

—A mí ya nada me causa impresión. Después de...

—¡Cuidado, Juan Bautista!

Entraban en el pabelloncito. En la antesala, como en otros tiempos, estaba Manolo.

—¿Usted, señor Nebot?—exclamó asombrado.

El pintor le tendió la mano.

—Sí. Yo. ¿Por qué le extraña a usted? ¡Estamos un poco más viejos, Manolo!

—Yo, sí. Usted, no. ¿Y...?

Miraba el criado a Heliana y a Juan Bautista, pensando en una posible reconciliación. Heliana se apresuró a disipar la sospecha.

—Juan Bautista ha venido a despedirse de su maestro. Se marcha a América. Dios sabe para cuánto tiempo.

Aun insistió el criado:

—Pero... ¿Solo?

—No, con su mujer. Juan Bautista se ha casado hace seis o siete años.

El pintor le interrumpió:

—Bueno. ¿Subimos o no? ¿Es por aquí?

Y se lanzó escaleras arriba. Heliana iba detrás...

✠

Javier Tasara estaba sentado en un sillón de ruedas, cerca de los cristales de un gran ventanal que daba sobre el paseo. A su lado Gregorio Valderrama leía un periódico.

—¡Oh, Nebot! ¡Qué alegría!...

Avanzaba Valderrama con los brazos abiertos. Los años no habían vencido su gallardía hercúlea. Sola-

mente las barbas, blancas del todo y un poco más largas, de un modo sereno y augusto.

Heliana se había acercado a Javier Tasara. El paralítico volvió hacia ella sus ojos mortecinos. De la boca le salía la lengua, una lengua tumefacta, fofa, reluciente de saliva, y dos surcos de saliva le resbalaban por la barba. Sobre los brazos del sillón descansaban los brazos muertos, las manos engarabitadas...

—Mira, padrino. Aquí tienes a Juan Bautista. ¿Te acuerdas?

De la boca hedionda salió un gañido inarticulado. Los ojos, marchitos, siguieron la dirección de la mano de Heliana. Era lo único que parecía vivir en él: la mirada, la baba incesante.

Juan Bautista, sinceramente apenado, se acercó a Tasara:

—Maestro, maestro... ¿Me oye?

Otra vez el gañido del idiota.

—No sabemos si oye—dijo Heliana—. Los médicos aseguran que sí. Yo a veces lo creo; pero no sé... no sé...

Hacía calor en aquella habitación cerrada, con sus dos paredes de cristal, con el radiador de la calefacción puesto a una tensión alta. Heliana limpió el sudor, limpió la baba pegajosa de Tasara.

—¿Y la enfermera, Valderrama?

—Salió hace un instante. Como me quedaba yo...

Heliana miró cariñosamente a Valderrama.

—Ahí tienes, Juan Bautista. El único amigo que le queda al pobre padrino. De tantos, de tantas, sólo él.

—¡Bah! ¿Y tú, mujer? Tú antes que yo...

—Hasta hace un año venía también Ramón Yanguas, con sus ropas viejas, su mal humor y sus achaques...

—¿Y no viene ahora?

—Se mató. Se pegó un tiro. Y antes prendió fuego a todas sus telas.

Juan Bautista se encogió de hombros:

—Estaría loco.

Valderrama le miró fijamente:

—¿Usted cree que estuviera loco?

—Naturalmente. Nadie se mata así como así...

Heliana intervino:

—Tal vez. No quería admitir dinero de nadie; no quería vender sus obras. Su única alegría era venir aquí para hacer compañía al padrino y pasarse las horas muertas sin hablar, mirándose los dos... Yo tenía dicho que le sirvieran todas las tardes de merendar. Y un día le dijo a Valderrama que esa merienda era lo único que comía en todo el día...

—¿Y su mujer?—preguntó Nebot.

—Le había dejado al fin.

Hablaban lentamente, sin mirarse los unos a los otros. Heliana se sentó junto a Tasara. Le besó la mano reseca, renegrida y crispada. El idiota lanzaba su gañido con un leve estremecimiento de la lengua monstruosa, negruzca, barnizada de saliva.

Juan Bautista le preguntó a Valderrama:

—¿Y no tiene cura?

—No. La muerte nada más. Y ésa sabe Dios cuándo. Lo mismo puede ser dentro de un año que de diez...

El pintor miró fijamente a Heliana:

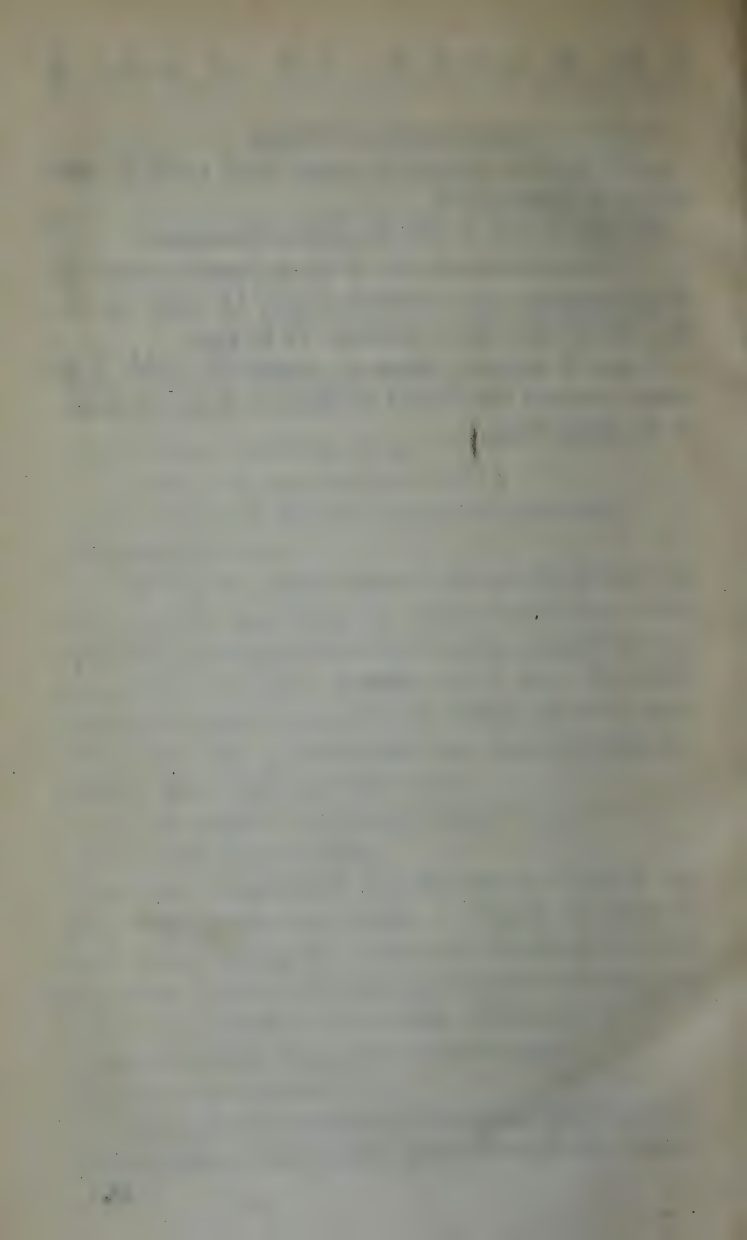
—¿Y tú vas a resignarte a eso... a ser como la mujer de un hombre así?

Heliana movió la cabeza melancólicamente:

—Ni de un hombre así, ni de un hombre como tú; ni de los otros que me creen suya... La mujer de nadie... Es mi sino, Juan Bautista. Ya lo ves...

Y con el pañuelo húmedo, pesado de sudor y de babas, espantó una mosca pertinaz en torno de la calva de Javier Tasara.

FIN





University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

LS.
F8157mu

180757

Author Francés, José
Title La Mujer de Nadie, novela.

